
JUAN
MADRID
Cuando llegue
la mañana
Alianza editorial

Juan Madrid

Cuando llegue la mañana

ALIANZA EDITORIAL

Para Alejandro Madrid
y Guillermo Madrid,
mis hijos.

«Soy una de las pocas personas con cierta preparación literaria que llevan en serio las historias de detectives... Algún día alguien hará verdadera literatura de esto...»

Dashiell Hammett,
en una carta a Blanche Knopf, 1928

«Dudo que Hammett tuviese algún objetivo artístico deliberado; él tenía que ganarse la vida escribiendo sobre lo que sabía.»

Raymond Chandler,
artículo en *Atlantic Monthly,* 1944

1

Mercedes Jimeno, recién nombrada supervisora del Servicio de Neonatos de la Clínica de Maternidad Asistida Nuestra Señora de la Buena Nueva, se tomaba una taza de café en el mostrador de la cafetería de la clínica, cuando una muchacha se acercó y le preguntó si era doña Mercedes Jimeno.

—Sí, soy yo.

La chica le dijo que acababa de llegar a Madrid. Después, le preguntó:

—¿Se acuerda de mí?

La supervisora se fijó en ella. No caía.

—Yo siempre he pensado en usted —continuó la muchacha —, ¿sabe? No la he podido olvidar. Soy Paulina Sánchez. ¿No se acuerda de mí, señorita?

La supervisora la observó otra vez mientras terminaba el café. Era una chica muy joven, quemada por el sol, de unos diecisiete o dieciocho años, quizás menos. ¿Qué hacía esa muchacha diciendo que la conocía?

Pero insistió:

—¿No se acuerda de mí, señorita?

Mercedes dejó la tacita de café sobre el mostrador.

—Perdona…, ¿me conoces de algo?

—Sí, señorita. ¿No se acuerda? Fue al final del verano, hace dos años, en septiembre…, cuando se les estropeó el coche a la entrada de mi pueblo, La Alberca de la Encina, a la salida de Baza, en Granada. Usted estaba muy enferma de vino.

—¿Yo, borracha? ¿Cuándo pasó eso?

—Al final del verano de hace dos años, señorita, en septiembre. Era sábado por la noche. Vinieron en un coche azul muy bonito de Madrid. Yo lo vi al otro día por la mañana. Eran tres…, usted, señorita, y una pareja que no recuerdo cómo se llamaban, pero que durmieron en la cama de mi madre, que se fue al sillón… Bueno, el coche no funcionaba,

tuvieron que llamar a una grúa para llevarlo por la mañana a Baza. Allí hay garajes y un hospital.

—¿Un sábado del verano de 2016?

—Sí, hace… tres años, señorita. Usted pasó la noche en mi casa y durmió conmigo, en mi cama. ¿No se acuerda?

—¿De qué me tengo que acordar?

—Usted se tuvo que poner a dormir de lo enferma de vino que estaba. ¿Ya no se acuerda? Yo soy Paulina, la niña que estaba en la cama. Usted me besó y me… me dijo que yo era muy guapa.

—¿Que yo estuve contigo en la cama?

—Sí, señorita, se acostó en mi cama y me contó una historia en voz baja… Bueno, un cuento o algo así. Todavía me acuerdo… Usted es doña Mercedes Jimeno, ¿verdad? Mi pobre madre me dijo su nombre y dónde encontrarla.

La aludida miró el reloj.

—Bueno, bueno…, y a tu madre ¿qué le ha ocurrido?

—Que se murió la semana pasada, por la noche. Y me dio una carta para que usted la leyera.

La supervisora continuó observándola.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, para servirla. Cuando usted vino al pueblo y se vino a mi cama, yo tenía trece años para catorce. Y mi madre lo sabía. ¿Se acuerda usted, señorita?

—¿Lo sabía? ¿El qué?

—Está escrito en la carta de mi madre. ¿Quiere usted leerla? Usted me metió la lengua en la boca, así…, muy suave. Y luego me tocó también los pechos, muy suave, y lo de abajo también y me dijo que le metiera la lengua en la boca, dentro…, y la moviera.

Mercedes tardó un momento en contestar. Tartamudeó un poco:

—¿Y qué… qué quiere tu madre?

—Que trabaje con usted, la cosa del trabajo está muy mal en mi pueblo. ¿No quiere leer la carta? Yo me enamoré de usted, señorita, no es culpa mía. Llevo un montón de tiempo pensando en alguien como usted, pero no podía dejar solita a mi madre, ¿comprende? Solo quiero decirle eso, que estoy

enamorada de usted…, bueno, y que no se lo voy a decir a nadie, pierda usted cuidado. En realidad, señorita, ¿no habría trabajo para mí en este hospital?

Mercedes se la quedó mirando. Paulina respiraba con esfuerzo. La muchacha continuó:

—¿Sabe usted que he soñado que la iba a conocer?

—Perdona, Paulina, tengo mucho que hacer. Ya nos veremos. ¿Quién te ha dicho que vinieras aquí a verme?

—Mi madre, ya se lo he dicho, murió la semana pasada y antes me dijo que hablara con usted, que me podía ayudar. Y que viniera a verla. Ya está enterrada y todo. Ella sabía que me había enamorado de usted.

—Paulina, ¿te lo estás inventando?

—No, señorita, no me lo invento, fue hace tiempo, cuando estuvo usted en mi cama hace tres años justos. Yo tenía casi catorce y usted era bien mayor…, bueno, me lo parecía a mí. Usted tenía un bosque de pelos ahí debajo y me dijo si quería… ¿Tiene prisa, señorita? ¿No se acuerda usted de mí?

—Ahora tengo que ir a trabajar. Paulina, que sigas bien.

—Espere, por favor. Se quedaron a dormir usted y la otra señorita y su novio. Ustedes se fueron por la mañana cuando llegó la grúa. Yo los acompañé al coche. ¿Se ha curado esa señorita?

La muchacha se aproximó. Mercedes retrocedió instintivamente.

—Sí, pero esa señorita ya no está en el hospital. Trabaja en otra cosa. Hace tiempo que no nos vemos. ¿Tú… te acuerdas de mí?

—Sí, me acuerdo mucho de usted, señorita. Usted me estuvo tocando toda la noche… y me decía cosas al oído. Yo también tuve que tocarle el pelo que tenía, me dijo que la tocara. Fui muy feliz, de verdad. Nunca he sido tan feliz. Pero lea la carta, por favor.

—Te lo estás inventando, ¿verdad? No seas embusterilla, Paulina. Eso está muy feo. Anda, vete a lo tuyo de una vez. Veo que tienes mucha fantasía.

—¿Sí? ¿Usted cree? ¿No le gustaría leer la carta que le escribió mi pobre madre?

—¿Sigues insistiendo, Paulina?

—Es que no hago otra cosa que pensar en usted, señorita. Es por tocarla, ¿sabe? Desde que la toqué aquella noche es que…, es que… me gustaría volver a tocarla y a besarla si usted quiere.

Esa noche comenzó la historia entre Paulina y Mercedes. Paulina se metió en la cama con Mercedes con los ojos muy abiertos. Mercedes le acarició la cabeza y la besó con cuidado.

—Que no nos oigan, por favor. Aquí somos la mayoría mujeres y no hacen más que cotillear.

—Qué ganas tenía de besarla, ¿sabe usted? Yo no he besado a nadie desde…, bueno, ni se lo creería…, desde que usted y yo estuvimos juntas en mi cama y nos besamos tanto… Y ese pelo tan hermoso que tiene usted debajo. Yo ya estaba loquita de pensar en usted y en lo que… tenía debajo de las faldas…

—¿Tanto hace que no besas a una chica? Bueno, a una mujer. Y no lo pienses tanto. ¿No has besado a una amiguita por jugar?

—Bueno, por jugar. Pero casi todas las chicas fuman en mi pueblo y sus bocas saben a muy sucio, y luego no tienen pechos tan grandes como usted. Y su boca me gusta más, es muy limpia.

—Si saben que estamos juntas nos harían un consejo de disciplina y nos echarían a las dos de la clínica por inmoralidad. Y ahora vete, por favor. Yo te avisaré cuando podamos vernos.

2

Paulina Sánchez consiguió trabajo en la clínica, ahora era auxiliar de limpieza. Una mañana fue a la sala de incubadoras de la Clínica de Maternidad Asistida Nuestra Señora de la Buena Nueva, hasta el rincón donde la supervisora de Neonatos, su jefa inmediata, Mercedes Jimeno, descansaba de la guardia de esa noche.

Paulina se sentó a su lado y le dijo en voz muy baja:

—Tengo que contarte algo, ayer he hablado de… de algo que nos interesa mucho.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Lo hablamos en casa. ¿Nos vamos?

Su casa estaba muy cerca. En cuanto llegaron, Mercedes fue a ducharse mientras Paulina le contaba lo que le había pasado la tarde anterior y esa misma mañana.

—Esta tarde ha venido a verme una chica que quiere vender a su hija, fíjate tú.

—¡Qué! ¿Quién quiere vender a su hija? ¿Tú estás loca, Paulina? Eso está penado, cariño, no se pueden vender niños. ¿Qué tontería me estás diciendo?

—Termina de ducharte, voy a prepararte el desayuno. No tardes mucho.

—¡Espera, Paulina!

—Te digo la verdad. Ha venido a verme y me ha dicho que vende a su hija por cinco mil euros, antes de darla a su padre. ¿Qué hago? ¿Se la compro?

—¿De qué estás hablando?

—Lo que te he contado. La madre de la niña es Margarita Sacedón y la llaman Marga, y me ha dicho que es capaz de vender a su hija antes de dársela a su padre, acaba salir de la incubadora. ¿Y si la compramos?

Mercedes salió de la bañera y se puso una bata. Se sentó a la

mesa. Paulina había puesto la radio bajita. Y le estaba poniendo el café en su taza.

—¿Quién es esa niña?

—Está en un apartamento de protocolo. Va a salir enseguida, según me ha dicho la madre. La madre dice que la va a llamar Manuela.

—Es una VIP, depende de dirección. No hay nada que hacer.

—¿De verdad?

—Lo que yo te diga. Ve desayunando, anda. La madre se llama Margarita Sacedón y se droga. Es una VIP… y su hijita, también. Las dos están a disposición de Dirección.

—A mí me ha dicho que quiere vender a su hija.

—Comprar niñas o niños está prohibido, corazón. Búscate un hombre y le pides que te fecunde y ya está.

—Los hombres me dan asco, y tú lo sabes.

—No le des más vueltas a ese tema. Te lo he dicho muchas veces, bonita. Yo no quiero comprar a nuestro hijo. Que quede claro. ¿Vale?

—Es que los tíos me dan asco, Mercedes.

—A mí también, pero eso de comprar niños es un poco fuerte, cariño. ¿No te parece? Tienes que olvidarte. Desayuna de una vez.

—Pero ¿por qué?

—A ver si te lo aprendes, no se puede comprar niños y punto. Que se te quite eso de la cabeza, corazón.

Paulina siguió en silencio un rato.

—Yo quiero tener un hijito, Mercedes.

—Paulina, ¿has pensado en la inseminación artificial?

—Sí, pero no sé si yo voy a poder…

—A mí ya se me ha pasado el arroz para que me inseminen, pero tú podrías intentarlo. Pero no mientras estemos en esta clínica. Tenemos que olvidar eso.

—Podemos aprovechar que hay una mujer que quiere vender a su hijita, y que le da igual a quién. Es una niñita bonita. Si quieres, puedes verla en una de las incubadoras. Está entera, no le falta nada. Pero ve y… la miramos. Está en la 103 B.

—Paulina, tengo que dormir; he tenido hoy mucho trabajo.

—Es la madre quien lo dice, es esa Marga, los otros días se puso a gritar que quería vender a su hijita. Gritaba que si no la vendía la tiraba a la basura o la mataba. Que a su padre no se la daba.

—No hagas demasiado caso de lo que digan algunas recién paridas. Anda, vete ya a tus clases, por favor, bonita, y espérame. Déjame que descanse un poco.

—Esa mujer está un poco trastornada, desde luego, pero es normal. Y quiere vender a su hijita. Nosotras podríamos comprarla y ya está.

—En esta clínica ni siquiera podemos decir que estamos juntas. No lo aceptarían. ¿Cómo quieres que te lo diga? Una pareja de mujeres es peor que pactar con el diablo.

—Marga me dijo que está a punto de llevarse a su hijita de la clínica, nadie se enteraría si la compramos. Dice que podemos hacer la venta en su casa de Madrid. Y eso es mejor que…, bueno, que se deshaga de ella o la tire por ahí.

—Conozco casos de una especie de locura posparto… Las recién paridas creen que tienen que proteger a su hijo de múltiples acechanzas… Se puede adoptar a un hijo, pero legalmente, con certificados, según la ley. No voy a poner mi futuro en el aire, así como así. Lo siento, no hay más que hablar. Vete ya a clase, por favor.

Mercedes se levantó de su sitio y se dirigió al dormitorio a intentar dormir. Paulina fue detrás sin dejar de hablar.

—La madre me ha dicho que la mata si no encuentra a nadie que la compre, la mata y luego se suicida. No quiere que su hija se vaya con el padre, dice que es un canalla y que antes la vende.

—A mí eso me da escalofríos, Paulina. Deja eso, por favor. ¿Qué le diríamos a la gente? ¿Que hemos tenido una hija por generación espontánea? Aquí vienen mujeres con mucho dinero, gente rica. No podemos tener una niña recién nacida en nuestra casa, se enterarían. Y tampoco pueden saber que vivimos juntas. Son ultracatólicos, nos echarían a la calle.

—¿No podemos decirle que la hemos adoptado legalmente?

—Sí, claro. Se lo podemos decir, por supuesto, pero no lo aceptarían. Tampoco aceptarían que estemos juntas. Lo nuestro

es un pecado terrible. Para ellas somos como bestias del campo.

—Que digan lo que quieran, ¿no?

Mercedes se tumbó en la cama y se tapó. Paulina se quedó en la puerta. Mercedes le dijo:

—No he pagado todavía esta casa. Me queda mucho por pagar, bonita mía. ¿Es que no lo sabes?

—Esa chica ha debido de sufrir mucho. Me confesó que tenía miedo de lo que pudiera pasarle a su hija.

—Tú no te metas en eso de comprar una niña, por favor. Es un lío muy grande. ¿Se lo has dicho a alguien?

Paulina negó con movimientos de cabeza.

—Yo te ayudaré en lo que pueda, pero vete a clase. Te espero aquí. Vete, por favor, voy a dormir un poco.

— ¿Me lo juras que me vas a ayudar a tener un hijo?

—Claro que sí, no te preocupes, cielo. Un día tendremos un bebé. Te lo prometo.

—¿Por qué no vas a verla? Ya ha salido de prematuros.

—No hay nada que hacer, bonita mía. Esa niña no se puede tocar… Y punto. Es una VIP.

—¿Una VIP? ¿Y eso qué es?

—Que no podemos tocarla. Está a disposición de la directora.

3

Muy temprano, María Sacedón llamó por teléfono a Marga, su hermana mayor, para decirle que estaba en Madrid y que podía ir a verla esa misma tarde.

—¿Marga? Hola, soy yo. ¿Estás bien? Quiero hablar contigo. Perdona que te llame a estas horas. Pero estoy en Madrid. ¿Puedo ir a verte? ¿Cómo está tu niñita? ¿Se cría bien?

—Sí, muy bien, quién lo iba a decir. Mi niña ha nacido un poco antes de lo debido, ¿sabes?, ahora está en prematuros. Es muy delgadita, pero me han dicho que irá cogiendo peso. La voy a llamar Manuela, como mamá. No te puedes figurar lo bien que me siento, de verdad. Pero quiero pedirte un favor. ¿Lo harás?

—Claro, mi niña, claro que sí. Por supuesto. ¿Qué quieres? ¿Está bien tu hijita?

—Sí, se está criando la mar de bien. Pero quiero que… que sea para ti cuando yo me muera.

—Espera un momento, ¿me está diciendo que me vas a dar a tu hija cuando te mueras? ¿Qué te pasa?

Su hermana se quedó en silencio. Luego le dijo:

—Solo dime si te apetece tenerla… o la vendo.

—¿De verdad o estás de broma?

Marga soltó una carcajada.

—Vale, lo que tú quieras, pero es que tengo miedo de que mi padre me quite a mi hija. Ya sabes cómo es. Me ha escrito y me ha dicho que va a venir a España, bueno, a Madrid, y quiere ver a su nieta… Ya se ha puesto a darme órdenes, parece que mi hija es suya…, no lo aguanto, hermanita.

—Espera, linda. ¿Cómo que te va a quitar a tu hija?

—Es por… por el rollo ese de que me drogo y que no puedo cuidarla, pero ahora no tomo nada, pero nada. Me he quitado de las drogas, de verdad. Y si me pasara algo, me gustaría que fuera tuya.

»Me he portado muy mal contigo, pero… te quiero, hermanita, ¿sabes? Tú salvarás a mi hija, ¿verdad? ¿Tienes la foto que te envié?

—Sí, claro que la tengo.

—Claro que sí.

—¿Qué te pasa, hermanita?

—He querido vender a mi hija antes de que mi padre se quede con ella, fíjate tú. Debía estar loca.

—¿Qué?

—Eso, que he querido que no la tenga mi padre. Y he querido venderla, te lo juro. Mi padre me da asco, hermanita.

—¿Te sigues drogando?

—Te juro que ya no, hermanita. Mi hijita me ha hecho cambiar. La han analizado de arriba abajo y no tiene nada grave, en serio. Hoy es domingo, ¿verdad? Entonces, ven pronto.

—Tiene que ser esta noche, me tengo que quedar en Madrid. ¿Sigues usando nuestra casa? Te lo digo para ir allí y verte.

—Ahora estoy en la residencia del hospital, la número 24, son habitaciones muy elegantes, ya verás. Y puedo ver a mi niña, ha pasado con los bebés normales. Ha crecido un poco. ¿Vendrás a verme? Tienes que venir, estoy preparando un documento para donarte a mi hija cuando crezca. Muchos besos, bonita.

Esa noche, la puerta de la habitación de María estaba medio abierta. La abrió de golpe y vio una extraña escena: dos enfermeras colocaban el cadáver de su hermana en una camilla. Una era una chiquilla y la otra de edad madura. Ninguna se había dado cuenta de su presencia.

Cerró la puerta con ruido. Las enfermeras se volvieron. María exclamó:

—¿Qué hacen ustedes? ¡Es mi hermana Marga! ¿Qué ha pasado?

La enfermera de más edad le dijo:

—No sabía que tenía una hermana. Nunca ha venido por aquí, ¿verdad? Marga ha debido suicidarse o pasarse con sus

pastillas tranquilizantes. Todavía no lo sabemos.

La enfermera joven añadió:

—Tomaba muchas pastillas.

—Vamos a llevar a su hermana al depósito de la clínica. Y ya que está usted aquí, tendrá que acompañarnos. Tiene que firmar algunos documentos.

María se aproximó, se agachó y acarició el rostro helado de su hermana. Su cara era tranquila, como si durmiera. La enfermera de más edad insistió:

—Ha sido con pastillas. La hemos descubierto hace una media hora. Paulina la ha descubierto al traerle la merienda.

—Estaba muy tranquila, como si durmiera —dijo la muchacha—. Yo le decía que no tomara tantas pastillas de esas. Pero…

—No ha sufrido nada —afirmó la enfermera de más edad.

María se puso en pie y le preguntó:

—¿Es usted médico, señora?

—No, soy enfermera, supervisora del hospital. Me llamo Mercedes Jimeno.

La muchacha se adelantó.

—Yo soy Paulina Sánchez, su ayudante —y añadió con voz chillona—: Estoy estudiando para auxiliar de enfermería, señora. Le he traído la merienda todos los días.

—¿Pueden explicarme el suicidio de mi hermana? Hoy hemos hablado por teléfono y quedamos en vernos esta tarde. Parecía muy contenta con su hijita recién nacida.

Mercedes sonrió sin demasiada alegría.

—La hijita de su hermana nació muerta hace dos semanas. Creo que su hermana ha muerto de pena por su hija.

—¿Me está hablando en serio?

—Aún no hemos hecho la autopsia, pero su hermana se drogaba. Se ha matado con una sobredosis de barbitúricos. Debía comprarlos en la calle. ¿No sabía usted eso?

—¿Que se drogaba? ¿Y su hija? ¿Dónde puedo verla?

—Parió un feto con malformaciones que nació muerto hace dos semanas. Tuvo un acto de locura y se suicidó del disgusto.

—¿Eso ha hecho? ¿Un acto de locura? ¿Y ha nacido la niña muerta y malformada? No voy a discutir delante del cadáver

de mi hermana, por supuesto. Pero usted tiene que saber que en cuanto salga de aquí voy a poner una denuncia a la policía.

—Está usted en su derecho.

La muchacha la miró con simpatía:

—¿Quiere agua, señora?

—Sí, por favor.

María bebió agua de una botella.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, me encuentro bien. ¿Dónde quieren llevar el cuerpo de mi hermana? Siempre me dijo que quería incinerarse y que yo tuviese sus cenizas.

La supervisora añadió:

—De momento hay que llevarla al depósito de la clínica para los trámites. Después se la entregaremos a usted, que puede hacer lo que guste.

—Marga me habló de su hija como de una personita normal. Incluso me dijo que había salido ya de la incubadora.

—Sí, eso nos decía a todos. Pero, escuche, si no está de acuerdo con los cuidados médicos de la clínica, tiene derecho a poner una denuncia. Ahora tiene que venir conmigo, tiene que rellenar los trámites de… de su muerte. Tendrá que firmar papeles. ¿Quiere acompañarnos?

—Sí, y necesito un café.

—La cafetería de la Clínica funciona a todas horas.

Poco después, María llamó a Juan Delforo, que cogió el teléfono al momento.

—¿Sí, María?

—Marga, mi hermana, se ha suicidado y su hija ha nacido muerta, según las enfermeras del hospital. Tengo que rellenar papeles. Pero escucha, una vez me hablaste de Antonio Carpintero, un expolicía amigo tuyo. ¿Te acuerdas? Un policía jubilado que se hacía llamar Toni Romano.

—Sí, Toni vive en Madrid, en la calle Esparteros. Te dejaré su teléfono.

—Quiero que me diga lo que ha pasado con Marga. No me

creo lo que me han contado sobre su muerte ni sobre su hija.

—Ahora te mando su teléfono. Suerte con Toni.

—Gracias, Juan, un beso.

En el jardín de su casa de Salobreña, Juan Delforo hablaba con el crítico y compañero de curso Alfredo Bértolo, encargado de los Cursos Exteriores de Doctorado de Literatura de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid y autor del famoso libro *El banquete de los antropófagos*.

En ese momento, Bértolo le estaba diciendo:

—… en realidad serán solo tres meses, hasta septiembre. Se llama Emilia y ha sido alumna de Díaz Berrio. Quiere estudiar la novela negra para su tesis doctoral y hemos pensado en ti. Bastaría con tres horas diarias de clase. Creo que te dejaría tiempo para seguir con tu novela… ¿Cómo se llamaba?

Delforo lo pensó unos instantes.

—*La mujer del pelo blanco*. Si me da tiempo de trabajar en mi novela, acepto.

María llegó a la antigua casa de su madre, que utilizaba su hermana Marga, ya de noche, después de que le entregaran una urna con sus cenizas.

Estaba agotada. Se sentó en el sofá y descansó durante un rato. Apenas si reconocía la vieja casa de su madre.

Allí había vivido con su hermana y su madre toda su infancia. El piso olía como si estuviera en el fondo de un pantano.

Se levantó del sofá y fue encendiendo luces y revisando las habitaciones. Y cada metro de la casa olía peor. Había suciedad y desidia, roña en las baldosas, ropa sucia tirada por el suelo, trastos viejos, platos de plástico sucios en el fregadero…

Le dio un vuelco el corazón; Marga había vivido en un estado lamentable de carencias y abandono. Las últimas veces que se habían visto terminaron con peleas y reproches.

Regresó al sofá. Ahora le parecía que había mucha más mierda que unas horas antes. Desperdicios y basuras por recoger. No le extrañaba que viviera en los apartamentos de la

clínica… Joder, parecía un hotel de lujo esa mierda de clínica. Además, no había luz suficiente en la casa. Estaba todo demasiado oscuro. ¿Cómo había podido su hermana vivir así?

Se dio cuenta de que allí había estado alguien. Lo denunciaba el intenso olor a cigarrillo.

Tenía que revisarlo todo, aunque sería mejor que viniera Toni y lo viera. Eso era una colilla de Camel… Camel, sí. Vaya, ¿quién había estado allí?

Hizo un cartuchito con un papel y guardó la colilla en el bolso. Se la enseñaría a Toni, vaya que sí. María atravesó la habitación, no había ni un cuadro, ni un adorno. Su hermana los había quitado todos. Tampoco estaba el piano. Le llegó la memoria de esa casa cuando era pequeña y vivía allí con su madre. Se le saltaron las lágrimas. Además, los olores de su hermana eran más intensos según se acercaba a los cuartos del fondo.

De pronto tuvo ganas de llorar. Se detuvo y se enjugó las lágrimas. Cuando Marga supo que estaba embarazada, María vivía ya en Salobreña y fue a verla.

Cuando le abrió la puerta, se dio cuenta de que había estado llorando. Recuerda que su hermana se frotó la tripa y le dijo:

—Aquí dentro está mi hija. Debe parecer un juguete, como una mosca. Vas a ser tía, hermanita.

María le contestó:

—Ni siquiera debe ser un gusanito.

Y lo que Marga le dijo a continuación no lo olvidaría nunca:

—¿Si me muero, cuidarás de mi niña, hermanita?

—Coño, no digas esas tonterías, joder. Claro que sí. No debes preocuparte por eso. Tú a ser feliz y a lo tuyo.

Recuerda que le sonrió con tristeza. ¿por qué estaba su hermana tan triste?

—Se llamará Manuela, como nuestra madre… Bueno, como tu madre. ¿Qué te parece?

María respiró hondo.

—Manuela, qué bien. Me encanta. Hola Manolita, bonita; mira, yo soy tita María.

Le sacó la foto con su móvil. Marga intentó cubrirse.

—¡No, no, no!

—Hija, ¿qué te ocurre, por Dios?, ¿qué te pasa? Te he sacado una foto, nada más.

—No, nada, no me pasa nada. Oye, hermana, me gustaría que…

Comenzó a llorar. María le preguntó por qué lo hacía.

—… bueno, porque quiero que cuides de mi niña… No, no, la cuidaré yo. No te preocupes, es una tontería…

—Vale, pero no llores, tienes que estar contenta. Vas a tener una niña preciosa, tienes que alegrarte y cuidarla, hermanita.

—Quiero que tú la cuides… ¡Ay, por dios!

—Claro que voy a cuidarla, ¿por qué me dices eso? Todavía no ha nacido, faltan muchos meses.

4

Antonio Carpintero aguardaba a que sonara el timbre que indicaba el final de la jornada en el Casino de Torrelodones de Madrid. Eran casi las cuatro de la madrugada y Marta Portuondo, jefa del turno de los fisonomistas, le preguntó por el móvil si estaba todo listo y en orden.

Toni contestó:

—Todo en orden, Marta. Te espero después en el aparcamiento.

Sonaron dos timbrazos y se encendieron las luces. Una señal para que los crupieres cerraran las mesas de juego y los jugadores desalojaran el local. El proceso era lento. Los asistentes al casino salían despacio y en pequeños grupos. Los fisonomistas, los detectives y el personal de servicio esperaban el último timbrazo colocándose en las cercanías de las puertas.

Una pareja de hombres caminaba por el vestíbulo principal rumbo a la salida. Uno de ellos usaba un sombrero tirolés y el otro era ancho de hombros y delgado. A Toni, su aspecto le resultaba familiar. Los recuerdos se fueron afinando poco a poco: probablemente eran de cuando comenzó a boxear en el Campo del Gas, allá por los años sesenta.

El hombre delgado y ancho de hombros era el que más hablaba. De hecho, parecía discutir con el otro. Se situaron ante la puerta, charlando sin terminar de salir. Toni se encaminó hacia ellos. Sonó el último timbrazo. El delgado continuaba recordándole a alguien de sus tiempos de juventud. Su rostro anguloso y de facciones marcadas le era familiar. Seguían discutiendo en medio de la puerta. Los demás clientes tenían que rodearlos para poder salir.

Toni se aproximó. Se estaban acalorando. De pronto, el flaco le dio un puñetazo muy rápido al otro y lo tiró al suelo. Se quedó sin sombrero. Entonces Toni se acordó: era un viejo conocido del gimnasio, Carlos Durán, alias Carlitos Dumdum.

Habían boxeado juntos en su juventud. Conservaba muchos recuerdos de él.

Los dos se pusieron los guantes profesionales el mismo día. Fue en el gimnasio del Campo del Gas. Toni era peso ligero, sesenta kilos, y Carlitos Durán, peso pluma, cincuenta y cinco. Una vez había creído verlo en alguna parte. Quizás en un reportaje, o en la televisión, o en un periódico deportivo. No estaba seguro.

De aquello hacía sesenta años. ¿Cómo podía hacer tanto de aquello? Entonces, ambos tenían alrededor de dieciséis años. Él trabajaba de recadero en la tienda de ultramarinos del señor Marcos, El Sol Sale Para Todos. Ya no volvió a la tienda.

Sin embargo, recordaba la noche en que se conocieron: la primera vez que acudió en mayo de 1963 al Campo del Gas. El *ring* estaba ocupado por un chico flaco y alto que hacía sombra. Era muy rápido, cambiaba de posición a la velocidad del rayo y golpeaba el saco sin descanso. Lanzaba los puños, se retiraba, driblaba y golpeaba una y otra vez. Era larguirucho y musculoso. Toni debió de preguntarle si le apetecía hacer sombra con él. Debió de asentir, porque recuerda que boxearon hasta que llegó Tigre Atocha, el preparador del club y padre de Matías, que se detuvo a verlos. Recuerda que le preguntó al flaco quién le había enseñado a boxear. Este no contestó.

De ahí le vino el apodo, de la manera de golpear el saco. Se lo puso Tigre Atocha tiempo después. Recuerda su nombre en los carteles: «El gran pegador, Carlitos Dumdum», y el suyo, «Toni Romano, campeón de España juvenil y firme promesa nacional».

Se hicieron amigos enseguida. Cuando se encontraban de noche en el Campo del Gas se saludaban siempre: «Eh, Carlitos, ¿cómo te va?». Y él contestaba: «¿Qué tal, Toni, campeón?».

Toni les habló despacio:

—Tengamos la fiesta en paz, todavía no habéis salido del casino. Fuera le puedes tirar el sombrero las veces que quieras, Carlitos. Dentro del casino no se permiten peleas. Un par de pasos más y estaréis fuera y podréis hacer lo que queráis.

Toni añadió:

—¿Eres Carlitos Dumdum o no?

El del sombrero tirolés preguntó:

—¿Quieres que te lo quite de encima, Charli?

—Espera, hace mucho tiempo que nadie me llama Carlos Dumdum. ¿Quién te ha dicho que me llamo así?

—Hacíamos guantes por turno en el mismo saco en el Campo del Gas, en los sesenta. Lo echábamos a suertes. ¿No te acuerdas? Tigre Atocha te puso ese apodo. Soy Toni Romano. ¿Te acuerdas ya? Hace casi sesenta años que nos conocimos. Piensa un poco, Carlos. Boxeabas muy rápido. Una vez estuvimos celebrándolo en una taberna, Casa Batres, cuando nos clasificaron para los campeonatos nacionales adultos en nuestros pesos. Vino mi madre y todo. ¿No te acuerdas? Me dijiste que no podías traer a tu madre porque se había muerto, pero que te hubiera gustado que estuviera.

—Espera un momento. Claro que me acuerdo ahora. ¡Coño, joder, pero si es Toni Romano, joder! ¡Dame un abrazo, tío, coño!

Se abrazaron. A Carlitos Dumdum se le saltaron las lágrimas. Toni le preguntó:

—¿Te siguen llamando Carlitos Dumdum?

—Ya no, ahora soy don Carlos Durán, o Charli Durán, lo que quieras. Tú eres Antonio Carpintero, boxeabas con el nombre de Toni Romano. ¿De dónde sacaste eso? No me acuerdo.

—Me gustaba cantidad Rocky Marciano.

—Coño, claro. ¿Y a quién no le gustaba? Antes no había manera de tirarme a la lona. Y sigo igual. ¿Y tú, compadre? ¿Cómo te va?

—Curro aquí, en el casino, de fisonomista. Y me han tirado demasiado a la lona.

Un tipo con una chaqueta de cuadros se aproximó y se dirigió a Carlos Durán:

—El coche está preparado, señor.

—Déjanos solos un momento, que me voy a despedir.

—Disculpe, don Carlos.

Le palmeó la espalda a Toni otra vez.

—¿Te parece que nos veamos mañana sábado en Casa Batres? Así podemos hablar largo y tendido.

Le dio una tarjeta. Toni la miró: «Carlos Durán. Import /

export». Con una dirección y un teléfono móvil.

—Me ha alegrado mucho verte. Ha sido un gustazo. Nos vemos sin falta, ¿vale, Toni?

Toni asintió, y lo observó hasta que se introdujo en un automóvil con chófer. Todavía se asomó a la ventanilla y agitó la mano.

Marta lo esperaba dentro de su coche. Era la responsable de los fisonomistas en el casino. A veces aprovechaban el viaje a Madrid para charlar de sus cosas. Con el tiempo habían terminado por acostarse. Esta vez, Marta apenas lo miró. Arrancó enseguida.

—Acabo de dimitir, Toni. Me voy del casino. Mi ex quiere montar un restaurante con nuestro hijo mayor. Me ha ofrecido trabajo y yo he aceptado.

Tardó un poco en responder:

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

—¿Sandoval y tú vais a volver juntos?

—No, voy a trabajar con él, que no es lo mismo. Yo sería su socia, nada más. Una socia con contrato. Tenía ganas de acabar con el puto casino.

Marta tenía sesenta y cuatro años. Se había separado de su marido hacía tiempo. Tenía un hijo de veintiocho, y un título de alta cocina. Había trabajado en varios grandes restaurantes antes de ser fisonomista.

—¿Dónde te dejo? ¿Donde siempre?

—Sí, ya sabes, por la Puerta del Sol o cerca.

—Si vas a El Puerto ven a verme, el bar se llamará La Taberna Bonita. No tiene pérdida.

Carlos Durán le dijo a su chófer que detuviera el coche en la explanada del Club Siroco, una bifurcación de la carretera de La Coruña no lejos del casino.

Se lo explicó:

—Voy al Siroco a tomarme una copa, Manuel. ¿Me acompañas? No voy a tardar mucho.

Entraron al club y un camarero los condujo a una sala

apartada donde había un grupo de gente rodeando una mesa de ruleta clandestina. No eran demasiados, tres parejas y una mujer de pelo negro sola. Carlitos Dumdum los saludó con un gesto. Al fondo había otra mesa de ruleta. Varios hombres y dos mujeres revoloteaban alrededor.

Una de las mujeres se aproximó. Era alta y un poco subida de peso. Ni hizo ningún gesto. Se dirigió al recién llegado:

—Charli, mi amor. ¿Cómo te va? ¿Has ganado en el casino?

—Una mierda he ganado…, una mierda como una casa. ¿Y tú, vas a jugar más?

—A lo mejor una partidita. La penúltima.

Carlos y el otro se sentaron en un sofá semicircular, en torno a una mesita. Se acercó un camarero. Carlos se puso en pie.

—Vámonos ya de una puta vez de aquí, Manuel.

—Como quiera, jefe. Nos vamos ahora mismo.

—Ese hombre, Toni Romano, ¿sabes quién te digo? Le gané a los puntos para el título europeo de los plumas. No he vuelto a verlo desde que… ¡yo qué sé!

Toni desayunaba en La Mallorquina desde 1973, cuando compró el piso en la calle de Esparteros, 6. Había conocido a todos los camareros del local, unos catorce. Hoy solo quedaba Pilar, la más antigua. Habían comenzado a reformar la cafetería ese mismo año, para modernizarla.

Toni pidió dos napolitanas y café con leche en taza y sin azúcar, lo de siempre. Pilar tenía dos años más que Toni y era viuda. Su marido, antiguo vendedor de lotería de la Puerta del Sol, había muerto quince años atrás.

Apenas si intercambiaron saludos. Toni aún no había terminado de desayunar cuando sonó el teléfono en su bolsillo.

No conocía el número de teléfono que aparecía en la pantalla del móvil.

—Antonio Carpintero, dígame.

Era una voz grave de mujer. Le hablaba despacio:

—Disculpe, ¿es usted Toni Romano?

—Sí, el mismo.

—Me llamo María Sacedón. Su teléfono me lo ha dado mi

amigo Juan Delforo, de Salobreña. Me ha dicho que usted podría ayudarme.

—Encantado de conocerla, señora, pero todavía estoy desayunando. ¿Sabe dónde vivo?

—Juan me ha dado su dirección. Dígame, ¿a qué hora puedo verlo?

—A una hora prudencial, sobre las doce del mediodía, por favor. Vivo en Esparteros, 6, 2.º A. Pregunte por Matías en la portería. Le dirá dónde estoy.

—Le ruego que me perdone…

Toni colgó. Se bebió lo que quedaba de café.

—Invitación de la casa, Toni. Hasta el viernes que viene, majete.

La portería de la calle Esparteros estaba iluminada. Matías se levantaba temprano para jugar sus mejores partidas de ajedrez en un tablero electrónico. Lo cerró en cuanto entró Toni, que se acomodó en la única silla libre del cuartucho.

Estuvieron unos segundos en silencio hasta que Matías le preguntó:

—¿Qué tal en el casino?

—Como siempre. Cada vez es más coñazo. Se acabó mi historia con Marta, ha encontrado otra solución para su vida. Se va con su ex a trabajar en hostelería, a El Puerto de Santa María. Los dos estábamos aburridos, yo creo que por eso nos juntamos. Ah, y me he tropezado con Carlitos Dumdum. Es de mis tiempos jóvenes, de cuando boxeaba. Hemos quedado en vernos el miércoles por la noche en Casa Batres. ¿Te apetecería venir?

—Sí, claro.

—Chao, Matías.

—Oye, espera, ¿ese Carlitos Dumdum es el mismo con el que disputaste el campeonato de los plumas en 1976? ¿No fue cuando cambiaste de peso? ¿No es así? Perdiste a los puntos.

—Sí, fue mi último combate profesional. Lo perdí.

—Era un tío muy rápido. Mi padre me habló mucho de él.

—Sí, era muy rápido. Perdona, ¿sabes dónde está Casa Batres?

—Estuve allí una vez con mi padre. ¿Sigue igual?

—Los nuevos dueños lo han renovado un poco y han llenado las paredes de viejos carteles de boxeo, sobre todo de Rayo Guzmán, el mexicano, campeón del mundo y el preparador de tu padre cuando fue campeón de Europa. Bueno, ¿te vas a echar una partidita de ajedrez?

5

María Sacedón entró en el portal número 6 de la calle de Esparteros en Madrid. En la fachada había un anuncio de apartamentos turísticos. Se asomó a la ventanilla de la portería.

Escuchó una voz detrás: era un hombre que llevaba un cubo vacío y unos trapos en la mano.

María le preguntó:

—Perdone, busco a don Antonio Carpintero, también llamado Toni Romano. Me han dicho que vive aquí.

—Sí, aquí vive, pero está descansando. Los sábados suele levantarse más tarde. Se ha tirado casi toda la noche del viernes currando.

—¿Puedo preguntarle quién es usted? ¿Sabe a qué hora puedo hablar con él?

—Soy el portero de la finca, señora, me llamo Matías Solana, para servirle. ¿Para qué quiere saberlo, señora?

—Se trata de un asunto personal. Juan Delforo me lo ha recomendado.

—Yo también conozco al señor Delforo. Bueno, vamos a ver si Toni está visible. Ya habrá dormido bastante.

—Le agradezco.

Subieron al segundo piso en ascensor. Matías pulsó el timbre de una puerta. Nadie contestó. Las puertas aledañas eran pisos turísticos. María le preguntó:

—¿Alquilan estos pisos? ¿Puedo saber el precio?

—Para los amigos de Juan Delforo, sesenta euros diarios.

—Muy bien, ¿me lo enseña?

Era una habitación grande con una cama, mesitas de noche, un armario, dos sillones y una mesa redonda en un rincón con una cocina pequeña y dos sillas. El cuarto de baño era un habitáculo con una puerta corredera.

—Vale, ¿me puedo quedar este mes?

—Muy bien, deme su carné de identidad, señora.

María lo sacó de un bolso grande se lo dio. Luego Matías volvió a llamar a la puerta de Toni.

—Soy yo, Toni, abre.

Toni abrió. Estaba en calzoncillos.

Matías dijo:

—Volveremos luego, Toni.

—Espera, Matías. ¿Qué ocurre?

—Perdona, es que tengo aquí a esta señora que… Toni, estás en calzoncillos, tío.

—Ah, sí, ahora me pongo la bata, pero pasad, no os quedéis ahí.

Toni entró a la casa. Salió enseguida vestido de camisa y pantalón.

—¿Qué pasa, Matías?

—Nada, que aquí la señora se ha quedado con un piso turístico por este mes y quiere hablar contigo, viene de parte de Juan Delforo. Le he dado el que da a tu piso.

—¿Es la que me ha llamado antes?

—Sí, yo lo llamé.

—Encantado, señora. ¿Quiere sentarse, por favor?

Matías se marchó. María pasó dentro del piso, se sentó en un sillón, al lado de una mesita baja, y le dijo:

—Me llamo María Sacedón, hemos hablado antes. Me ha hablado muy bien de usted Juan Delforo. Somos vecinos en un pueblo de Granada, cerca de Málaga, se llama Salobreña.

—Sí, conozco el pueblo… y a Juan Delforo.

—Me alegro. A mí me ha hablado muy bien de usted.

Toni la observó sin decirle nada. María continuó:

—¿Es verdad lo que me ha contado Juan de usted? Me dijo que se basó en sus aventuras para crear el personaje de muchas de sus novelas, un personaje que se llama Toni Romano.

—Ha sido un tema de mutua simpatía.

—Yo pienso que lo admira.

—En realidad éramos muy amigos y antiguos vecinos de esta casa. ¿Quieres un café o algo más? Acabo de levantarme. Enseguida los preparo. Y nos llamamos de tú, si te parece.

—Sí, de acuerdo. Lo prefiero, gracias.

Toni pasó otra vez a la cocina. María se dedicó a mirar la habitación. Se dio cuenta de que allí no había habido ninguna mujer desde hacía bastante tiempo. Había un mueble bar pasado de moda, una alfombra vieja y una mesita baja. En la otra parte de la habitación había una mesa de comedor con sillas y un sofá muy usado. Toni tardó muy poco en regresar. Trajo una bandejita con dos tazas de café, un azucarero y una jarrita con leche que puso sobre la mesa.

—Es descafeinado, espero que no te importe.

—Al contrario, me gusta. Gracias.

—Cuéntame, parece que robaron a tu sobrina recién nacida, y quieres recuperarla, ¿no? Algo me ha contado Juan. ¿Cuánto tiempo tiene la niña?

—Dos semanas. Su madre, mi hermana Marga, se suicidó.

—Llámame Toni, es más rápido. Y discúlpame, no puedo dedicarme a buscar a tu sobrina, lo siento mucho, de verdad. Se sale de mi esfera. Además, soy un viejo policía, incluso demasiado viejo. No puedo hacerlo. Es demasiado para mí.

María se bebió el café y se puso en pie.

—Juan Delforo me dijo que podrías atenderme, que conoces muy bien los bajos fondos de Madrid y que…, bueno, eso no importa…

—Antes conocía bastante bien los bajos fondos de Madrid… Pero han cambiado. Lo siento, ya no puedo ayudarte. Pregúntale a mi hijo, se llama Silverio Roca, no lleva mi apellido, pero es mi hijo. Yo le puedo avisar, tengo que verlo hoy. Es detective privado con carné. Su agencia de detectives es muy importante. Dile que vas de mi parte, te atenderá muy bien.

María abrió la puerta del piso de Toni y se marchó sin despedirse. Toni se la quedó mirando, volvió a su cuarto, se quitó la ropa y se acostó otra vez en la cama.

María se sentó en la cama de su nueva habitación. Tenía que tranquilizarse y pensar en su hermana. ¿Por qué se había quitado la vida una mujer que acababa de tener una hija? ¿Por qué mentían en esa clínica de mierda?

Y Toni, con lo que le salía ahora el gilipuertas. No se lo

esperaba. ¡Decir que no conocía los bajos fondos de Madrid! ¡Y una mierda! Vale, pero ¿a quién tenía ella que preguntar acerca del suicidio de su hermana? ¿Quién sabía si había tenido alguna amiga? ¿Y ese cerdo asqueroso del padre de Marga?

¿Qué sería de ese impresentable de Román Garcés? ¿Seguiría viviendo en Venezuela? Su madre se lo dijo cuando Marga tenía cuatro años.

Le dijo: «María, hija, para mí esta niña no tiene padre, ese Garcés es un canalla, aunque sea su padre biológico. ¡Ojalá no vuelva más de Venezuela!».

Otra vez le preguntó a su madre: «¿Qué ha pasado con Garcés, mamá?». Recuerda que su madre movió la cabeza y se mantuvo en silencio. En otra ocasión, una conocida le comentó que se había fugado a América por un problema de dinero.

Otros dijeron que fue por un asunto de cheques sin fondo. Eso era lo único que recordaba: «cheques sin fondo». Eso y aquella noche que los vio paseando de la mano hace tiempo. Pero eso no quería decir nada, ¿o sí?

En cualquier caso, si Toni no quería encontrar a su sobrina, ella se buscaría una agencia de detectives de lujo con muchos medios. En Google buscó agencias de detectives privados en Madrid. Se acomodó en la cama. Se puso al habla con una agencia llamada Círculo de Investigación.

María solo quería saber los precios.

Le preguntó a la señorita que se había puesto al teléfono:

—Se trataría de encontrar a una niña recién nacida. ¿Me podían dar presupuesto y posibilidades?

La telefonista le dijo:

—Es un tema muy complejo, señora, ¿es usted su madre?

—No, soy hermana de su madre, que se ha suicidado.

—Tiene que darnos más información para poder ajustar mejor nuestros precios. ¿Sabe dónde estamos?

—Sí, pero dígame cuánto me costaría aproximadamente, por favor.

—Vamos a ver, señora, hay una cantidad enorme de variables. No puedo darle una cifra sin tener más información. De todas maneras, debe venir a nuestra oficina. Le puedo dar

una cita. Nuestros servicios son impecables. Tenemos un setenta por ciento de éxito. Es mejor que venga.

6

Alicia se asomó al despacho de Silverio y le dijo que Toni, su padre, estaba en la puerta y quería verlo. Y luego le preguntó:

—¿Por qué no te llama por teléfono, Silver?

—No conoces a mi padre, lo que quiere es venir a verme. ¿Le preparas entonces un café, cariño?

Sobre la puerta estaba la placa: «Agencia Cosmos. Seriedad y eficacia. Gerardo Draper & Silverio Carpintero». Alicia le dejó pasar al vestíbulo.

—Hola, Alicia. ¿Está disponible tu marido?

—Claro que sí. ¿Un café? Os lo llevaré enseguida. Silverio te espera. ¿Es algo importante?

—No lo sé, de verdad. Vengo a proponerle un curro. Me ha salido algo que yo no puedo hacer. Mejor dicho, que ahora no puedo hacer. Ya estoy viejo.

—Vale, Toni. Lo tienes en el despacho, que te diga él lo que ocurre en la agencia. Ya verás.

Toni pasó al despacho de Silverio. Este leía unas hojitas ciclostiladas. Sabía que eran panfletos antiguos, su hijo los coleccionaba. Tenía un montón de ellos sobre la mesa y tomaba notas. Silverio levantó la mirada.

—Mamá y Catalina te mandan muchos besos. Y me han dicho que te diga que eres un canalla. Bueno, esa no es la palabra exacta.

—Ya sé lo que han dicho. ¿Están bien?

—Sí, Catalina ha estado un poco pachucha pero no ha sido nada…, un enfriamiento, mamá está como siempre, me han dicho que si te veo te diga que te mandan recuerdos y besos. Siéntate, por favor.

Toni se sentó en una butaca y contempló a su hijo, rodeado de viejos panfletos. Parecía ensimismado.

—Tengo un trabajo para la agencia, Silver. Parece un caso de robo de una niña recién nacida. Tuve un asunto de esos

cuando estaba en la brigada. Me gustaría que lo llevaras tú. Yo te ayudaría en lo que pueda. Es la sobrina de una antigua amiga de Juan Delforo, se llama María Sacedón.

Silverio se agitó y le levantó la voz:

—¡Que tienes un trabajo para la agencia! ¡Pero qué me dices! ¿No sabes que voy a dejar la agencia el lunes? Quiero hacer la tesis doctoral. Además, Gerardo y yo tenemos demasiadas desavenencias. Voy a dimitir. Me va a devolver el dinero que he puesto en los últimos arreglos.

—¿Vas a dejar la agencia? ¡Vaya por Dios!

—Tengo que hacerlo, Toni. No aguanto que esto no sea más que una tapadera de los negocios sucios de Gerardo, y de su nuevo socio, ese Pepín de mierda. Me voy a ir.

—A tu madre le vas a dar una alegría, desde luego. Entonces, ¿sigues teniendo problemas con Gerardo?

—Sí, pero ya te lo contaré en otro momento. No sabía de lo que eran capaces mi socio y su amiguete, el Pepín ese.

—Y yo que te traía trabajo. Me alegro mucho yo también de que salgas de aquí, francamente lo esperaba hace bastante tiempo.

—Quiero hacer la tesis doctoral sobre la policía no franquista durante el franquismo y su lucha por sus derechos sindicales. No voy a poder ocuparme de ese asunto que dices. Lo siento, Toni.

—No importa, Silverio. ¿Cómo te irá sin la agencia?

—Deshacer la sociedad va a ser un poco lioso. Pero tengo que hacerlo. Te lo contaré después. Han sido demasiados problemas de cuentas.

Toni aguardó. Silverio prosiguió:

—Mira, rebuscando en un cajón de papeles del sótano, he descubierto una serie de documentos del viejo Draper. Hay de todo, pero lo que más me ha llamado la atención es la correspondencia entre tu antiguo jefe y un jerarca de los negocios de entonces, un gallego llamado el Pulpo. ¿Te suena?

Toni se adelantó en el sillón.

—¿El Pulpo? Claro que me suena. ¿Está vivo?

—Sí, aunque es muy viejo, vive en Madrid, en Montepríncipe. Pues agárrate, el hijo del Pulpo se llama Pepín

Álvarez y es el abogado de la agencia, el amiguete de Gerardo.

—No fastidies.

—Toni, de verdad, tengo cartas en clave del Pulpo y del comisario Draper en las que se hablan de partidas de pescados: bacalao de Terranova, en concreto, pero que dan a entender que se trata de enormes alijos de droga.

—Me parece que el Pulpo debe de tener noventa y tantos años o más, fue muy conocido en sus tiempos. No sabía que el comisario Draper tuviera al Pulpo como amigo. No sabremos nunca la conexión del Pulpo y Draper con la CIA, si es que ha existido esa conexión.

—Es una ingenuidad creer que el Pulpo va a contar algo antes de morir. Para sobrevivir tantos años hay que estar acorazado, y ellos lo están. Quizás los Servicios de Inteligencia utilizaron sus canales para la distribución de droga para sus comandos secretos que intentaban destruir a ETA. Quizás fue un método para acabar con ella. Deben de quedar canales aún no cerrados del todo.

Silverio se quedó pensativo unos instantes.

—Tengo un amigo, Mateo Lacrampe, que sabe mucho sobre eso del robo de niños. Su padre fue agente de los servicios. Puedo preguntarle, si quieres. Demostró una relación entre muchos hijos de mujeres pobres muertos al nacer y unas congregaciones de monjas.

Alicia abrió la puerta del despacho y acertó a decir:

—Cariño, mi hermano va a pasar a verte ahora mismo…

Se escuchó a Gerardo Draper hablando a voces:

—¡Silverio, aún somos socios! ¿No? ¡Quiero hablar contigo, me acompaña mi amigo Pepín, que quiere decirte algo!

La puerta del despacho se abrió de golpe. Gerardo Draper y Pepín Álvarez entraron. Se calmaron enseguida al ver a Toni.

Gerardo Draper anunció:

—No os mováis, por favor, seguid con lo vuestro. Toni, te presento a mi nuevo socio, Pepín Álvarez.

Pepín Álvarez saludó:

—¿Cómo te va, Toni?

Toni no contestó. Silverio se levantó despacio y sonrió. Toni se adelantó.

—Hijo, espera, deja que Gerardo hable, por favor.

Gerardo Draper respondió muy calmado:

—Soy el socio mayoritario de esta empresa, Silverio, tengo la mayoría de las acciones. Quiero que te vayas de una puta vez.

Toni le dijo a su hijo:

—No te muevas, por favor. Gerardo y Pepín van a tener que marcharse ahora mismo. Todavía sigues siendo socio de esta agencia, hijo.

Pepín contestó también en voz alta.

—Vamos a terminar enseguida, ¿verdad, Silverio? Dame tú mismo una fecha. Lo malo es que necesito un despacho donde instalarme. Y ya me corre prisa.

Silverio le sonrió.

—Mañana recojo el despacho y me llevo mis cosas. Y hacemos cuentas, Gerardo. Me debes dinero, que no se te olvide.

—Claro, Silverio. Cuando tú quieras te lo doy.

Toni atravesó el despacho y salió por fin a la calle por la puerta de atrás. Después, Silverio, con un montón de carpetas bajo el brazo, se asomó a la puerta. Toni lo esperaba en mitad de la acera. Le dijo en voz baja:

—Piensa en lo que te he dicho, Silver. Tienes que permanecer tranquilo. No dejes que te provoquen. Si te defiendes, te acusarán de agresión. Ese era el plan. No sabían que yo estaba aquí.

Toni salió del despacho de su hijo y entró al Café Francés. En el mostrador pidió un café, sacó su móvil y marcó el número de María, que lo cogió enseguida.

—¿María? Soy Toni, quisiera hablar contigo.

—¿Ah, sí? ¿Te has arrepentido?

—No, de ninguna manera, es que mi hijo no va a poder atenderte. Quiere hacer la tesis doctoral y abandona la agencia. Pero si quieres, tengo varios amigos en este campo que pueden ayudarte a buscar un detective. Puedo indagar… He estado mucho tiempo en el oficio, conozco a mucha gente, maleantes, buscavidas…

—Madrid es muy grande y me urge mucho buscar un detective. Lo encontraré enseguida, muchas gracias de todas formas.

—No es molestia, en serio.

María colgó.

El camarero le puso a Toni la tacita de café delante. Estaba muy caliente. Aguardó un poco, pagó y esperó hasta que pudo beberlo. Y lo hizo despacio.

7

Gerardo y Pepín, su nuevo socio, comían en el restaurante La Marmita Extranjera. Se sentaban a su mesa reservada de siempre. Gerardo bebió un trago de vino, se limpió los labios.

Le preguntó:

—¿Has vuelto a hablar con tu padre?

—No, estaba pensando en ese gilipollas de Silverio, madre mía, vaya tío, si es más listo sale muerto.

—Silverio es un cantamañanas, te preguntaba por tu padre, si le has hablado de lo nuestro.

—Te referirás a lo mío, ¿no?

—¿Qué más da, Pepín? ¿No es una sociedad? Pues ya está, ¿qué más dará?

—Vale… No, todavía no le he hablado… Bueno, ahí viene el camarero. Hola, Paco. Mira, me vas a poner esas croquetas que parecen tan majas… con un vasito de salmorejo bien frío y un poquito de esas gambas que anunciáis…

—Señor Álvarez, son gambas de nuestra mar, recién traídas en avión… ¿Una racioncita bien puesta?

—Sí, pero que me las pelen en cocina, ¿de acuerdo?

—Se hará como usted dice.

Gerardo añadió:

—Yo también voy a querer hoy un poco de marisco, Paco, ponme también unas gambas, cigalas y unos percebes…

—¿Y arroz con bogavante para los señores?

Pepín dijo:

—Sí, perfecto.

—Vale, para mí también.

—Enseguida estará todo, señores, buen provecho.

Cuando se fue el camarero, Gerardo insistió con lo suyo:

—Nos urge la pasta, Pepín, tío. Villaescusa se hace el remolón, ya sabes. ¿Y qué pasa con los extranjeros? Me refiero a los ingleses.

—¿A los ingleses? Como si no los conocieras. Primero miran y remiran el proyecto. Cuando sepan que todo está bien, se vendrán a nosotros en grupo. Lo que ocurre es que esperan una señal para intervenir en un negocio que dé mucho dinero. Ellos son así, creo. No harán nada hasta que mi padre se implique. Le conocen muy bien.

Pepín tragó la comida casi sin masticar y bebió un trago de vino. Gerardo intervino otra vez:

—La historia es fácil, si tu padre pone dinero, se puede comenzar la historia ya mismo, arrastraría a los demás. Y sobre todo a los ingleses. El misterio es, ¿pondrá pasta tu padre? ¿Y tú, qué harás? ¿Cumplirás?

—Cien por cien. Pero no sé si mi padre pondrá mucha pasta en el asunto de los moros.

—No se te ocurrirá echarme las tres cartas, ¿verdad? Me cabrearía bastante. Sin tu puñetero padre no hay historia, si él no pone dinero, estamos jodidos. Es el reclamo de perdiz que necesitamos. Todavía tiene un nombre en este puto país.

Pepín pinchó un poco de marisco con el tenedor y se lo llevó a la boca suspirando. Gerardo lo miró muy serio.

—No sé cómo explicártelo, Pepín, tío. No te vayas a ofender, que tú eres muy tuyo. Me da la impresión de que no te das cuenta de que tiene noventa y cuatro tacos y que se puede morir en cualquier momento. ¿Me explico? Te estoy diciendo que si tu viejo no participa, la operación se jode.

—Su cumpleaños es el viernes de la semana que viene, aunque lo celebraremos el sábado. Faltan diez días.

—Sí, lo sé, y convendría tener noticias antes, ¿comprendes? Él es la única garantía de esa operación.

Pepín se echó vino en la copa.

—Sé que aceptará mi idea de una feria andaluza con los moros. Vamos, lo sé de sobra. A los moros les encanta España y todas sus cosas. Se pirran por lo nuestro. Están los ingleses y los americanos, ¿no?, que se llevarán su tajada así, sin más. Pero es a nosotros a quienes quieren, vamos, que les hacemos tilín.

—¿Tú crees, Pepín?

—Tenlo por seguro.

—Bueno, vale, lo que tú digas, ojalá nos salga bien. Tenemos a un montón de inversores. ¿Son catorce?

—Dieciséis… Hace dos días me dijo Alvarito que acaba de firmar un contrato con una empresa alimenticia: galletas, pan de molde, caldos en cubitos, sopas…

—Alvarito siempre ha sido un lince para los negocios… También tiene contactos con un hijo de Bolsonaro en Brasil…

—Mañana iré a ver a mi padre, le insistiré otra vez en lo que te estoy diciendo, Gerardo.

—Parece como si no vieras las cosas, tío.

—La idea de Arabia Saudita es una bomba. Y los que no quieran apuntarse a nuestra sociedad, que se vayan a la mierda. Se van a quedar babeando, ya verás. Y escucha lo que te voy a decir, nos vamos a hacer ricos a modo, recuerda lo que te digo. Voy a pedir otra botellita de vino, tío. ¿Te parece?

—Pide lo que quieras.

Paulina acompañaba a una mujer alta y bien vestida que golpeó con suavidad la puerta del despacho de la directora de la Clínica de Maternidad Asistida San José de la Buena Nueva, en Madrid.

La doctora Remedios Narbona ordenó que entraran. Paulina empujó la puerta. El despacho era grande y limpio con un crucifijo en la pared, rodeado de grabados y estampas religiosas enmarcadas. En un rincón, tras una mesita, una secretaria trabajaba ante un ordenador.

—¡Ave María Purísima! ¿Da usted su permiso?

Paulina se quedó cerca de la puerta con la vista baja y la mujer se situó en un rincón de pie, al lado de un banquillo tapizado.

La directora parecía sumida en la lectura de un grueso dosier. Era de edad madura, alta y huesuda. Tras ella, en la pared, colgaban dos títulos en Medicina, uno de la Complutense y otro de la Universidad de Roma La Sapienza.

La directora le dijo a la recién llegada:

—Siéntese, señora de Pelayo.

—Ave María Purísima, doctora.

—Sin pecado concebida. ¿Quiere sentarse, por favor?

La mujer asintió con movimientos de cabeza sin dejar de sonreír.

—Disculpe, estoy muy nerviosa. ¿Tiene ya… algo para mí?

—Le va a encantar, ya verá. Tenemos una criatura preciosa, un primor de niño, muy lindo él. Un varoncito. Ya verá cómo le gusta.

La mujer se puso en pie.

—¿Puedo verlo? Me gustaría tanto…

—Se está reponiendo. Todavía no tiene la semana. Pero siéntese, señora de Pelayo. Por favor.

—Se lo ruego, enséñemelo.

—Le ruego que se siente, por favor. Tenemos que verificar algunas cosas…, pero siéntese. ¿Tienen ustedes todo dispuesto?

La mujer se sentó, pero se adelantó en la silla.

—Sí, todo dispuesto en casa. ¿Cuándo podré verlo? ¿Está bien? Por favor, dígamelo, se lo ruego.

—Está muy bien. Pero todavía no puede verlo. Hay que esperar un poco, cuestión de un día o dos… No debe impacientarse, señora mía. Y está muy bien de salud.

La mujer sonrió un poco forzada. La directora continuó:

—Está sin bautizar, ustedes tendrán que hacerlo. ¿Lo tiene todo listo para el bautizo, señora de Pelayo?

—Sí, mi marido lo tiene todo preparado. ¿Se refiere al dinero? Cuando usted me diga, doctora. Usted me lo dice y ponemos el dinero donde quiera.

—Es un donativo, señora. Para nuestra iglesia. Estamos pasando tiempos muy duros. Nuestra organización sigue atacada por este Gobierno sin Dios. Le daré la dirección de la persona a la que le tiene que entregar el dinero. Un sacerdote, por supuesto. Pero le hablaba del sacramento del bautismo. ¿Lo tiene todo arreglado?

—Sí, sí, todo está listo…, el sacerdote, la iglesia… ¿Cuándo cree usted que podré estar con mi hijo?

—Cuestión de días. Para nosotros es fundamental que su descendiente entre en el rebaño cristiano. Todos somos ovejas de Dios.

La mujer asintió con movimientos de cabeza.

—Solo tiene usted que decírmelo y venimos a recoger a

nuestro hijo.

—Tenga paciencia. ¿Qué nombre ha pensado ponerle?

—Luis Alberto, como mi padre.

La directora se puso en pie y alargó la mano. La mujer se levantó también y se la besó con suavidad.

—Dios la bendiga, señora directora.

María se encaró con la detective en su despacho en un segundo piso de la calle Barceló. Era una salita con dos balcones cerrados, una gran mesa y un rincón de sofás donde se sentaban María y la detective, que se presentó como Margarita Lucena, responsable de la agencia Finisterre.

Los sillones formaban rinconera. El título de detective privado estaba colgado en la pared al lado de un título en Criminología, rodeados de recortes de prensa española, cuidadosamente enmarcados, de triunfos de la agencia.

María terminó de contarle la desaparición de su sobrina. Y ella le contestó:

—Somos la empresa de detectives de España con el mayor número de éxitos comprobados.

—Vaya, qué bien, ¿no?

—Para cualquier caso que aceptemos, hay un ochenta por ciento de probabilidades de éxito total. Es una garantía que nadie puede ofrecerle.

María movía la cabeza asintiendo.

—Ya, ya…

—Este asunto del robo de una bebé…

—Sí, mi sobrina, la hija de mi hermana… Tuve constancia del hecho hace unos días…

—Muy bien, ya tiene nuestras tarifas, pero hasta que no formalicemos un contrato, no empezaremos a buscarla, así que si quiere que nos encarguemos, habría que ponerse con el papeleo de las firmas lo antes posible, después del primer pago.

María asintió con la cabeza y respiró hondo.

8

Juan Delforo intentaba escribir una novela en el jardín de su casa de Salobreña mientras Lola estaba con él. Pero después de la primera semana, había escrito muy pocas páginas que le sirvieran.

Creyó que se había atascado. Al principio supuso que era un parón pasajero. Pero daba la impresión de que esa anomalía iba a durarle.

Delforo incluso creyó que podía estar cansado o enfermo. Esa tarde se encontraba en el patio de su casa y se sentía especialmente vulnerable. Antes de la hora de la cena dio por terminado su trabajo, cerró el ordenador y subió a la azotea. Se acomodó en una tumbona y observó la puesta de sol.

Aquel silencio le provocaba una honda tristeza, como si perdiera algo irreparable de su vida. Siempre le ocurría lo mismo o parecido al llegar la tarde, cuando aparecían las primeras sombras de la noche.

Lola llegó a punto de anochecer y abrió la puerta con su propia llave. Juan Delforo había bajado de la azotea y se había sentado en una de las sillas de lona del jardín con una copa de vino en la mesita, releyendo una revista. Se escuchaba ya la música de la verbena en el pueblo.

—¿Qué tal el paseo, Lola?

—Ah, muy bien. He ido hasta la desembocadura del río. ¿Por qué no enciendes la luz?

—Me gusta así. Anda, siéntate a mi lado. Tenemos que hablar. ¿Ya has cenado?

—Bueno, me he tomado unas tapas por ahí.

—Te has saltado hoy la clase.

Lola se encogió de hombros.

—Por un día no pasa nada.

—Claro que no. Pero podías haberme avisado. Tienes móvil.

Lola se sentó cerca de Delforo y le dijo:

—Creo que voy a ir a bailar y tomar unas copas. En realidad, voy a ir a ese bar, La Botica, en la antigua plaza del Ayuntamiento. Me quiero tomar un gin tonic o dos. Y me apetece ir sola. ¿Tienes algo que objetar?

Delforo se echó a reír.

—Ninguna pega. Hasta mañana. Buenas noches.

Lola se levantó del sillón y abrió la puerta del jardín. Dio unos pasos fuera, pero poco después regresó y se aproximó a Delforo y le murmuró:

—¿Te molesta que te pregunte… una cosa?

—No. ¿Qué es?

—¿Va a influir esto en mis clases? Puedes enfadarte, ¿no?

—No, no lo creo, Lola. Yo no me enfado por eso. Mañana quedamos a las diez, como siempre, si te parece.

Lola volvió a sentarse a su lado. El atardecer era sereno y, como siempre, no se escuchaba ningún ruido, excepto el rumor lejano de una orquesta de baile.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Delforo continuaba sentado, aparentemente escuchando también la lejana música de la verbena. Se dio cuenta de que Lola había llorado.

—Mira qué noche tan magnífica. ¿No ves la luna que tenemos? Es un momento mágico. Vamos a la azotea, así veremos la mar y escucharemos mejor la verbena. ¿Tienes frío? ¿Quieres una manta?

Lola negó con la cabeza.

—Oye, esa mujer que te llamó antes, esa tal María…

—¿María? María Sacedón es vecina mía, vive al lado de mi casa. Parece que le han robado a su sobrina recién nacida. Mira, acaban de iluminar el castillo. Es hermoso, ¿verdad?

—¿Le han robado a su sobrina?

—Sí, la hija de su hermana Marga. Es un poco complicado. Y quiero saber qué tal le ha ido con Toni. Le he propuesto que cuente con él para encontrarla.

—¿Quién es Toni?

—Antonio Carpintero, un antiguo policía, lo conocí en la época en la que viví en la calle Esparteros de Madrid, éramos

vecinos. Me enseñó mucho de la policía. De hecho, fue la base de muchas de mis novelas negras.

Delforo la observó. Tenía los ojos brillantes.

—Puedo acompañarte a la verbena un par de horas, si te apetece, Lola. Luego me vuelvo a casa. ¿De momento oímos la música?

Contemplaron el castillo iluminado y escucharon la música del bar de la plaza.

—Cuando era pequeña, mi madre nos contaba cuentos de la luna y de las estrellas. ¿A ti te contaban cuentos también?

—Sí, lo hacía mi padre. Nos contaba muchas historias a mi madre y a mis hermanos. Solía ser en verano y por la noche. Lo escuchábamos con emoción. A veces, mis hermanos pequeños se dormían y mi madre se los ponía en el regazo. Mi padre era un gran narrador. Sus cuentos eran maravillosos. Aún los recuerdo, ¿sabes?

Lola se apoyó sobre su hombro.

—No sé por qué me ha dado un ataque de tristeza. Lo siento, de verdad, lo siento.

Entonces la orquesta de la verbena comenzó a tocar *Volare,* el tema de Doménico Modugno. Delforo recordó las orquestas de su niñez en los bailes de verano. El ruido de las rifas, la música de los caballitos y el sonido de los coches de choque y las sirenas de las norias. Se levantó de la hamaca.

—¿Me concede este baile, señorita?

Lola se puso en pie de un salto. Los ojos le brillaban.

—Nunca hemos bailado, Juan. ¿Sabes bailar?

—¿Que si sé bailar? De joven era un bailón. Todos los sábados, íbamos a los guateques que se organizaban en los clubs y nos inflábamos a bailar. Las chicas estaban sentadas y nosotros las sacábamos a bailar.

La música de la verbena se escuchaba perfectamente. Lola le susurró:

—Oye, qué bien bailas.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Ahora se baila de otra manera. Como más…, no sé, más divertido.

—Te llevo muchos años, Lola. Cuando éramos jóvenes,

bailar era la única manera de abrazar y hablar con una chica. Durante el franquismo, en los colegios estábamos separados en clases diferentes. En aquel tiempo, nuestro sueño era poder besar a una chica, era un deseo obsesivo… Qué represión tan espantosa y agobiante.

—¿Sabes? Me estoy acordando de tu teoría sobre el beso. Es muy curiosa.

Delforo soltó una risotada.

—Muchos besan como han visto en el cine porno, creen que la mejor manera de besar es sorber con fuerza y utilizar la lengua muy aprisa arriba y abajo, furiosamente, y luego hacer el amor con brusquedad y rápidamente, como si violaran a alguien. Me lo contó una psicóloga hace bastantes años. Según ella, la pornografía ha modificado el comportamiento amoroso de los ciudadanos modernos y posmodernos. Para ellos, es la única fuente de conocimiento sexual verdadero.

—¿Esa mujer que te va a llamar ha sido tu amante?

—¿Quién? ¿María Sacedón? No, ya te lo he dicho. ¿Crees que todas las mujeres que conozco han sido mis novias?

—¿Y no es verdad?

—No, no es verdad. Esa mujer es hija de una de mis mejores y más antiguas amigas. Su madre y yo sí fuimos amantes, que es mejor que ser novios.

—Lo único que te digo es que yo no soy la novia de nadie. Solamente soy tu alumna pasajera.

—Ya lo sé, estás aquí porque quieres que te ayude con tu tesis sobre la novela negra.

—¿Has escrito algo hoy?

—Poco. Cada novela tiene su ritmo y su tiempo. ¿Quieres ser escritora?

—A lo mejor. No te digo que no.

9

Pepín se aproximó con el coche a la garita de seguridad de la Urbanización Montepríncipe, a las afueras de Madrid. Le dijo al vigilante que se dirigía al chalé Villa Arlequín, en la calle Ferrol del Caudillo, número 3.

—Y póngame con doña Sabina Leíras. Soy José Luis Álvarez de Sotomayor.

El vigilante llamó por el interfono.

—¿Doña Sabina? Está en la puerta don José Luis Álvarez de Sotomayor…

Pepín se distrajo observando el paisaje. La urbanización de lujo se extendía por las faldas de colinas verdes, la vegetación tapaba la mayor parte de las edificaciones. Hacía casi un año que no visitaba a su padre.

El vigilante colgó el telefonillo y le entregó el carné de entrada.

—Tiene que ir por esta misma avenida hasta llegar a una rotonda. De allí parten varias calles… Turia, Bidasoa, Madrid, Ferrol del Caudillo, tiene que seguir esa calle, Ferrol del Caudillo, que le conducirá hasta la casa. Si tiene algún problema hay teléfonos en todo el camino. Puede llamarnos, nosotros estamos abiertos las veinticuatro horas del día. ¿Quiere que lo lleve?

—No, gracias, conozco el camino.

Al aproximarse al chalé, Pepín divisó en el balcón una figura que lo seguía con la mirada. Rodeó los parterres con los macizos de flores y los árboles y continuó viendo la silueta, que no hizo ningún gesto ni le saludó.

Llamó a la puerta trasera. Sabina salió secándose las manos en el delantal.

—Hola, hijo, no te he oído entrar, pasa.

—¿Padre no se ha levantado todavía?

—No, aunque suele levantarse muy temprano, a veces se

queda durmiendo hasta el mediodía. ¿Quieres que suba y lo despierte?

—No, no hace falta.

—¿Quieres tomar algo, Pepín?

—Sí, tráeme un café, por favor.

Pepín se sentó en un banco ante una mesa alta y larga de madera maciza.

—¿Te apetece algo más? ¿Un poco de pan con algo? ¿Un bollo de esos que yo hago? ¿Zumo de naranja? Oye, ¿te quedas a comer?

—No, me parece que no voy a tener tiempo… Solo café, anda. Y la Isabelita ¿dónde está? ¿Está por ahí?

—Se ve que faltas mucho, mi niña está en Madrid desde el año pasado en una residencia de estudiantes. Se ha puesto ahora a estudiar, fíjate tú. Bueno, va ya en segundo de carrera.

—¿En segundo de carrera? Mira por dónde. ¿Y qué carrera?

—La de abogado…, como tú.

—¿Isabelita abogada? Mira qué bien.

—Ha terminado primero con sobresalientes y matrículas en todas, menos en una, no sé cómo se llama… En esa ha sacado un notable alto. Y le han dado una beca, ahora está haciendo segundo y ya está trabajando en una empresa de esas, en un… un…

—Un bufete.

—Sí, eso, en un bufete. Y le dan un dinerito, fíjate tú. Está contentísima. Bueno, le diré que has preguntado por ella.

Le trajo el café enseguida. Pepín lo sorbió.

—¿Y lo paga todo mi padre?

—Lo mismo que hizo contigo, ¿no? ¿Por qué va a ser diferente?

—Sí, claro, y padre ¿cómo está?

—Muy bien de la cabeza, pero de moverse o de andar, nada. ¿Y tú? ¿Qué dices? ¿Cómo estás, hombre de Dios?

—Nada, qué voy a decirte, Sabina. Todo marcha.

—Vaya, qué bien. ¿Cómo te va con tu Mariló?

—Ahí sigue con sus cosas, ya sabes.

—¿Y tu niña, la Estefanía? Nunca la traes por aquí. Aquí puede jugar y hay campo, los pinares, los robledales… Aquí se

puede divertir mucho. En verano esto se llena de niños.

—Sí, pero tú no conoces a la Estefanía, es una mimada de aúpa. Y luego su madre la cuida como si fuera, no sé, de oro o algo así, tiene a la niña en todos los cursos posibles del cole…, que francés, inglés, poesía, gimnasia artística, ballet… ¡Yo qué sé!

—¿Y qué años tiene ya tu niña?

—¿La Estefanía? Catorce para quince y está de repipi…

—Pues que se junte con la gente de aquí… Ya verás cómo se pone de recia y de guapa. Ganará mucho y se pondrá muy fuerte, ya verás. ¿Cuánto hace que no pisas esta casa? Un año, creo yo, rapaz. ¿No te parece mucho? Eso por lo menos. Eres un sin casta.

—Es que no lo entendéis, joder. Yo no puedo venir como quisiera, Sabina. Ya me gustaría a mí. Estoy muy liado, joder, no paro de trabajar. Y viajo mucho. Pero estaré aquí para el cumpleaños de mi padre.

—Tu padre dice que será el último cumpleaños de su vida. Y a lo mejor tiene razón. Va a cumplir noventa y cinco años y ha resistido un ictus. Otros ya la hubiesen palmado.

—A mi padre no hay quien lo mate, Sabina.

—Qué cosas dices, Pepín.

—¿Cómo se llama ese hombre al que he visto en el balcón? Creo que estuvo con mi padre en la mili, ¿no?

—¿En la mili? Podría ser, pero me da que se conocen desde hace más tiempo. De joven era una especie de pistolero o algo así. Tu padre lo sigue llamando teniente. En realidad, se llama Servando Castillo. Ahora ha venido por su cumpleaños. ¿No quieres desayunar más? ¿No quieres más café y una tostada? ¿Una torta de canela?

—No, gracias. ¿Cuándo se va a levantar mi padre?

—No sé, a ver, dentro de un rato o dentro de una hora. Y tú ¿qué has venido a hacer aquí, Pepín?

—Nada. Bueno, a verle, claro.

Servando Castillo, el teniente, entró en la cocina sonriendo.

—¡Buenos días a todos!

—Buenos días, Servando. ¿Qué te pongo de desayunar?

—Lo de siempre, guapa.

Observó a Pepín, sentado en el banco.
—Tú eres su chaval, ¿no? Tu padre está ya en el jardín.

Habían debido de remodelar el jardín desde su última visita. Habían trazado caminitos con piedrecitas blancas, una horterada, y plantados macizos de arbustos y flores a izquierda y derecha de los senderos. El agua de la enorme piscina brillaba bajo los rayos del sol a su izquierda. Los caminitos señalaban el lugar donde se encontraba ahora su padre.
La casa estaba en la zona alta de Montepríncipe, a unos diez kilómetros de Madrid, en una finca de diez mil metros cuadrados, vallada y con altos muros.
El verano pasado, Salvador había sufrido un ictus que lo había dejado prácticamente paralítico. Su abogado le había dicho que tenía que haberle frecuentado más, por lo menos después del ictus. Además, se había enterado de que sus empresas estaban siendo vendidas a través del gabinete Golden & Jardines. Su abogado había insistido en que debía recobrar la totalidad de la herencia lo antes posible, al menos que le donara en vida la «legítima».
Isabel tenía ya un fideicomiso por valor de doscientos cincuenta mil euros. Se estaba haciendo rica a costa de la familia.
Se dio cuenta de que el viejo, sentado en una silla de ruedas bajo una especie de templete, parecía mirar el suelo. Estaba observando dos escarabajos peloteros que empujaban una bolita oscura. Se aproximó por detrás. Le cubrió los ojos con las manos y gritó:
—¡Yuuju! ¿Quién soy?
Salvador se revolvió y lo apartó de un manotazo. Parecía que aún le quedaban fuerzas en los brazos.
—¡Quítate de ahí, joder, Pepín! ¡Que pareces bobo, coño, hostia!
—Solo quería saludarlo, padre.
—¡Bobo, que pareces bobo, coño! ¡Me has asustado, joder!
—Perdone, padre, lo siento. No quería asustarlo.
—¡Qué haces aquí! Mi cumpleaños es el sábado que viene. ¿No te has enterado?

—Claro que sí, padre. ¿Cómo no me voy a enterar?

—¿A qué has venido? ¿Te pasa algo?

—¿A mí? No, ¿qué me va a pasar, padre?

—No sé, como tú eres tan especial, chaval, te puedes tirar un año sin venir y de pronto vienes sin avisar. ¿Qué carajo te pasa?

—Nada, que quería hablar con usted.

—¿Por qué me llamas ahora de usted?

—Bueno, no sé… Por respeto, supongo.

Salvador se quedó mirándolo, pero apartó la mirada enseguida.

—¿Cuánto tiempo hace que no vienes a verme?

—Es que estoy muy ocupado. Ahora mismo llevo un grupo de inversores con los que quiero invertir en algo muy bueno y muy importante. Y luego está la familia, que me tiene absorbido.

—Eso mismo me dijiste el año pasado, la última vez que viniste por aquí. Bueno, me parece que fue el año pasado, creo yo. Y que te ocupabas de algo del comercio exterior, me parece. ¿No era eso?

—Sí, pero quiero hablar contigo, padre. Es por otra cosa, por eso he venido a verte. Siempre está usted…, bueno, estás muy ocupado. Vamos a venir a tu cumpleaños Mariló y yo y la nieta, Estefanía, que está loquita por usted…, digo, por ti. Vamos a venir todos a tu cumpleaños, el sábado que viene.

—Ya, ya… Entonces ¿vas a traer a mi nieta? ¿Qué años tiene ya?

—Va a cumplir quince, está hecha una moza, se le… se le parece mucho. Es clavadita a usted…, digo a ti. Quiere ser médico.

—No querrás ponerte ahora a hablar de la herencia, ¿no? Igual que el año pasado. No se te ha quitado esa manía, ¿verdad? No cambias, chaval.

—Bueno, de algo tenemos que hablar, ¿no, padre? Tenemos que ponernos de acuerdo sobre la herencia, vamos, digo yo.

—¿Y tú crees que te queda herencia? Qué gilipollas eres, hijo. Te la he ido dando desde hace mucho tiempo. ¿Todavía no sabes el dinero que me has sacado? Yo lo tengo todo

apuntado, hasta el último céntimo de peseta y de euro. ¿Quieres que te lo cuente?

—Pero…, padre, pensaba yo que me podía ir donando en vida la legítima. Y necesito algo de dinero para un negocio que tengo…, que tenemos, si usted quiere participar. Con unos cien mil euros sería suficiente para lanzar por lo grande un ballet flamenco en Arabia Saudita. Si quiere le entro en detalles, podría ser mi socio.

Su padre lo estaba mirando. Pepín continuó:

—La idea es montar una plaza de toros portátil en Riad, que es la capital de Arabia Saudita, ¿no? Con butacas cómodas, de lujo, nada de sillas, y un bar bien surtido y selecto con personal femenino distinguido. Me refiero a camareras de lujo. Y vamos a llevar una cuadrilla de toreros y un grupo flamenco con cuerpo de baile, música y personal subalterno. Y toros, claro, toros que no se pueden matar, allí no está permitido matar toros. Bueno, y pensando que usted, digo, como tú conoces a su majestad, podemos conseguir un enchufillo, o una participación de su majestad en el negocio. Vamos, digo yo.

—Su majestad anda a lo suyo. Hay que dejar eso.

—Bueno, da igual, el caso es que los moros se pirran por el flamenco, los toros y todo lo nuestro. Creo que si creamos una sociedad y lanzamos las corridas de toros en Arabia Saudita será un éxito apoteósico, seguro. Luego, podemos seguir por todo Oriente en una gira.

Su padre continuaba observándolo.

—He calculado unos cien mil euros, como mínimo, como ya le he dicho, para empezar. Bueno, poco más o menos, y luego la inversión importante, que no dejará ningún aspecto sin tocar.

—¿Qué inversión?

—Nada, padre, te decía que la inversión que podríamos hacer después sería algo parecido a la feria de Sevilla, con casetas y cadenetas y todo, bueno, algo parecido, pero en tierra de moros.

—Anda que no has organizado «inversiones maravillosas» que se han convertido en mierda. Ya estoy viejo para meterme en eso. Olvídate.

—Calculo que en total serían entre seis y ochocientos mil euros, según mis cálculos, contando la feria de Sevilla en Arabia Saudita.

Su padre continuaba observando fijamente a los escarabajos peloteros, que se habían detenido.

—El primer dinero que te di —dijo Salvador— fue a los diecinueve años. Aquel millón de pesetas que puse en tu cuenta corriente. ¿Te acuerdas? Fue para que te abrieras camino en el mundo de los negocios. Tu querida madre, Dios la tenga en su seno, me decía: «Salvador, lo vas a torcer, eso es mucho dinero para nuestro Pepín. Es muy joven». ¿No te acuerdas, chaval?

—Bueno, es normal que un padre ayude a su hijo, ¿no?

—¿Sí? ¿De verdad? Otro día te cuento lo que me dejó mi padre. Y lo último que te he financiado ha sido esa mierda de carrera de carrozas de caballos por la playa de Salobreña que montaste el año pasado y que me sigue costando un dineral. Te has dedicado a follar a bailarinas, engatusándolas con el rollo de la actuación en los saraos que montabas. Ya no hay más dinero para tus queridas, chaval. Ya te he hecho muchas donaciones en vida yo a ti. ¿No te acuerdas? Ahora dime que no es verdad, que me lo he inventado todo, anda.

—Los dos podemos ser socios de esa operación en Oriente Medio, padre. Quiero decir que puede ser un negocio de la leche y si a su majestad le interesa, sería la caraba. ¿Te das cuenta?

—Nada, que pasas de escucharme. Y ya me he cansado de oírte, coño. Haz negocios tú solo, que eres tan listo. A mí no me vuelvas a pedir dinero. Me insultas, chaval. ¿Te has creído que tu padre es tonto? ¿Crees que el ictus me ha vuelto gilipollas? ¡Teniente! Vamos a comer.

El teniente acudió raudo, atravesando el jardín, y se situó detrás de la silla de ruedas. Y le dijo:

—Bueno, antes tengo que ponerte tu inyección de vitamina B, Salvador.

—Ponme lo que quieras, pero vámonos ya, manda *carallo*.

El teniente lo empujó hasta la puerta de atrás. Antes, Salvador preguntó:

—Para un momento. ¿Qué hace mi hijo?

—Nada, se ha quedado inmóvil.

—Vámonos ya a comer, ¡manda carajo!

En la cocina, Sabina le preguntó a Salvador:

—¿Qué quieres para comer? ¿Te pongo algo de lacón?

—Ponme lo que quieras.

—Tengo merluza fresca, ¿quieres una rodajita?

—Lo que te salga de las narices, pero asómate con cuidado a la puerta y vigila lo que hace el Pepín.

—Nada, no hace nada, está mirando para la puerta y…

—¿Y qué más?

—Nada, que se ha dado la vuelta. Seguro que va a coger el coche.

—Vaya gilipuertas de hijo que tengo, madre mía. Es más tonto que el que mordía pollas, ¡joder!

—Calla ya de esas palabrotas, Salvador. ¿Por qué te cabreas tanto con el Pepín? ¿No ves que no es bueno para tu tensión? ¿Quieres suicidarte? Entonces continúa así, venga. ¿Y tú? ¿Así lo cuidas? Anda, que os pongo ahora el lacón y la merluza y un poquito de postre. Ahí tienes todas tus pastillas y las medicinas. Luego te tomaré la tensión. Y así no puedes tratar a tu hijo, leñe, vaya padre. ¡Verás tú cuando te presentes al Creador!

—Déjame tranquilo, mujer. Tengo que pensar en mi cumpleaños. Va a ser el último y quiero celebrarlo bien.

—¿No te da vergüenza tratar así a tu hijo? ¿Es que no vas a echarle una mano? ¿Lo vas a dejar tirado, hombre de Dios?

—Déjame comer tranquilo, mujer.

—Yo te dejo, yo te dejo…, claro que te dejo, pero no puedes tratar así a tu rapaz. Eso no es bueno para tu tensión, ni para nada.

—Sírveme un poco de ribeiro, anda.

—Lacón con un poquito de pan tostado, lo que hay.

—Entonces ¿para qué preguntas?

—No te callarás, no… No te callarás…

El teniente intervino:

—Estaba pensando que van a venir para tu cumpleaños más

de cien personas, ¿no? Y digo yo que va a hacer falta un servicio de seguridad. Profesionales que cuiden la casa, van a venir muchos invitados. Yo es que conozco a mi antiguo sargento, que hoy es detective privado y tiene una empresa de vigilancia. A lo mejor nos interesa para tu cumple, Salvador.

Sabina intervino:

—¿Detective de esos con licencia?

—Claro, Sabina, claro. Detective con licencia. Puede vigilar la casa ese día y el viernes toda la noche. Dormiríamos mejor.

Sabina estaba atenta.

—¿Y es de confianza ese hombre?

—Coño, Sabina, claro que sí, es un profesional. ¿Le llamo y le digo que venga y lo tratas?

—¿Tú estás de acuerdo, Salva?

—Sí, mujer. Tendrá garantías, ¿no?

—Sargento instructor de la Policía Militar. ¿Qué más quieres?

10

Toni y Matías seguían en Casa Batres apoyados en el mostrador. Ya se habían bebido cada uno dos botellas de tercio de cerveza. Carlitos Dumdum se retrasaba más de tres cuartos de hora.

Toni se estaba cansando.

—¿Qué te parece, Matías?

—Una mierda.

—Me refiero a esta taberna.

—No sé qué decirte. Me parece un bar normal. Si le quitas los carteles de las veladas de boxeo, se convierte en un bar igual que cualquier otro. Oye, ¿tú qué crees? ¿Qué le ha pasado a ese Dumdum?

—Me da la impresión de que ha pasado de la cita. Tendría otras cosas que hacer.

—¿Pido una botella de Verdejo y nos la vamos bebiendo? Tú me dices cuánto más lo esperamos. ¿Sabes una cosa? Esperaba que en Casa Batres hubiera algún cartel de mi padre. Ganó el campeonato del mundo de los plumas en Buenos Aires, que no es poca cosa.

—Vi un cartel de tu padre la otra vez que vine. Fue hace unos meses, en junio.

Matías se quedó pensativo.

—De todas maneras, es bastante raro. Mi padre llegó a ser aspirante al título mundial dos veces, hasta que lo ganó a la tercera. Fue campeón del mundo en la ciudad de Buenos Aires. Y antes ganó el cetro europeo en París y tampoco veo ningún cartel. ¿Te parece normal? ¿Qué coño es esto?

—A mí no me parece normal, Matías. Bueno, vámonos de aquí de una puta vez. Nos las piramos. No pidas nada más. Este tío no va a venir. Yo invito, en serio.

—Deja eso, Toni. Te invito yo.

—Coño, no soy un pedigüeño, Matías. Te he dicho que la

consumición es mía.

—De acuerdo, no eres un pedigüeño, pero déjame pagar. Es por mi padre.

—Pero yo te invito ahora a la botella de verdejo.

—¿Quieres que me coja una castaña?

Un hombre alto y bien vestido dio un paso en dirección a Matías. Permanecía en el mostrador echado hacia delante, escuchando.

—Disculpen, caballeros, mi nombre es Andrés Ortiz. Soy un… un ferviente admirador de usted, señor Matías. Soy el nuevo dueño de este local y le pido disculpas por la intromisión. El cartel de su señor padre está restaurándose.

Matías lo observó sin decirle nada. El hombre prosiguió:

—Permítame que me presente, soy argentino de Buenos Aires, el nuevo propietario del local. Mejor dicho, mi socio y yo somos los nuevos propietarios. Mi socio no está ahora acá.

Los dos se miraron. El argentino continuó.

—La idea es poner un cuadro al óleo de su señor padre que reproduzca el cartel original del campeonato del mundo, cuando su padre se alzó con el cetro mundial de los plumas. ¿Me permite saludarlo?

Matías no reaccionó hasta que el argentino le tendió la mano. Entonces se la estrechó y le dijo:

—Matías Solana, encantado, señor Ortiz.

—Un honor, señor Matías.

Toni se adelantó.

—Ya me parecía a mí. Me acordaba de ese cartel. Estuvo colgado aquí un tiempo. Hace bastante que no venimos a Casa Batres.

El argentino también le tendió la mano a Toni, que se la estrechó.

—Toni Romano, encantado, señor Ortiz.

—Permítanme obsequiarlos con una botella de champán. Basilio, por favor…

Un camarero se acercó con la botella y tres copas. El argentino las llenó.

—Por ustedes, señores, y especialmente por usted y su señor padre: el gran campeón Tigre Atocha.

Los camareros aplaudieron.

Toni y Matías caminaban a paso vivo desde los alrededores del estadio Bernabéu, donde estaba Casa Batres, atravesando Madrid. Su meta era la Plaza Mayor. La calle Esparteros estaba al lado.

Matías le dijo a Toni:

—Lo de poner un mueble con los premios deportivos de mi padre me ha encantado, Toni.

—Y también ha dicho que habría reproducciones fotográficas de sus combates en las paredes… y fotos de algunos combates importantes. Tu padre se lo merecía. Y los banderines, los trofeos…

Matías intervino:

—Me he alegrado mucho, Toni. Verás qué alegría le voy a dar a mi madre. Y a la gente del barrio… Todavía quedan seguidores que se acuerdan de las peleas de mi padre.

—Sí, al final ha sido una fiesta completa.

—Vaya pedazo de imbécil es ese Dumdum, Toni. Seguro que es un tío presumido y un malqueda, un grosero.

—Ser rico imprime carácter, Matías. Quería presumir delante de dos pobretones como nosotros, pero no debe de ser malo del todo.

Hubo un silencio.

—¿Te gusta ir a correr, Toni? Yo todas las mañanas me levanto a las seis, llueva o no, y me voy al Retiro y corro. Nunca te he visto hacerlo. ¿Una carrera hasta casa?

—No, me ganarías. Te llevo algunos años.

—Eso es verdad, Toni…, pero tienes que hacer más gimnasia, coño.

—La hago en casa casi todos los días. Pero también camino mucho, no te creas.

Matías sonrió.

—Entonces ¿qué haces para entrenarte?

—Camino, siempre camino. Voy a todas partes caminando.

—¿Solo caminas?

—Sí, nunca cojo el autobús. Bueno, solo cuando tengo trabajo. Algunas veces corro por las mañanas. Pero no lo hago

mucho.

—Oye, volviendo otra vez…, qué feo lo de Carlos Dumdum, ¿verdad?

—Y triste, muy triste. Preparar todo eso para nada, en fin…

Matías se rio. Y luego los dos soltaron una carcajada. Caminaban aprisa, sorteando a la gente.

Toni añadió:

—Oye, Matías, ¿sabes una cosa? Creo que voy a aceptar trabajar para María Sacedón, me cae muy bien. Y necesito ganar un poco de dinero.

Matías abrió el portal y pasaron dentro. Toni preguntó:

—¿Te quedan cervezas?

—Sí, en la nevera. Siéntate ahí en el sillón y nos tomamos la penúltima.

Cogieron dos botellines, los abrieron y se los fueron tomando.

—Por nosotros, Matías. Exboxeadores de mierda que no hemos llegado a nada.

Matías levantó su botellín y dijo:

—Al final ha sido una noche cojonuda, fíjate tú.

—Sí, al final le han hecho un homenaje a tu padre. Brindo por Tigre Atocha.

—Murió en 1981 de un infarto. Mi madre quería que se retirara. Lloraba mucho. ¿Sabes una cosa? Creo que no te lo he dicho nunca.

—¿El qué?

—No debiste cambiar de peso. Me refiero a ese combate que perdiste con Carlos Durán.

—Pero entonces necesitaba dinero. Tuve que bajar de peso para poder boxear contra Dumdum. Me ganó a los puntos, pero ¿sabes la bolsa que conseguí? Cien mil papeles de entonces. Gané más pasta que durante toda mi vida de boxeador.

—Joder, no lo sabía, coño.

—Se los di a mi madre. Arregló la casa, pagó el entierro de mi padre…

—¿Pagó el entierro de tu padre?

—Sí, lo debía. Y terminó de pagar su casa. Le dije que no quería su dinero, que todo era para ella. Su prima Paquita, más

pobre que las ratas, heredó la casa de mi madre. Su familia sigue viviendo allí.

Matías bajó la cabeza. Toni lanzó la izquierda, que alcanzó la puerta del armarito. Se lastimó un nudillo y la puerta se abolló.

Matías se levantó y se acercó a él.

—Toni…, joder, Toni… ¿Qué te has hecho, tío?

—Me he jodido la mano, Matías. Yo nunca he hecho tongo y tú lo sabes. Necesitaba dinero y Carlitos Duran me ofreció un combate, no un tongo. No me vengas a joder. Me ganó porque me tenía que ganar.

—Perdona, coño, Toni, discúlpame.

Matías le masajeó la mano rota. Luego abrió la nevera y extrajo cubitos de hielo, que tapó con una servilleta y la colocó en la mano de Toni.

—Le sacudía y le sacudía y Carlitos no caía. No había manera de tumbarlo. Me ganó a los puntos y con razón. Cuando tuve el dinero se lo di a mi madre y me retiré.

—Nunca me lo habías contado así, Toni.

—Tampoco me lo habías preguntado. He vivido toda mi vida con eso en la conciencia. No hice un tongo, ni me dejé ganar por Carlos. Era un tío muy bueno, en serio, créelo. Yo buscaba…, bueno, un combate nulo… Y la prima, claro.

—Buscaste la pasta para la vejez de tu madre.

Matías continuó masajeándole la mano. Toni respondió:

—¿Tú no hubieras hecho lo mismo, Matías?

Carlos Durán abrió el portón de su chalé y pasó al jardín. Caminó despacio hasta la puerta de entrada a su casa. Maruja le salió al paso.

—¿Te extraña que venga tan temprano?

—¿No tenías una cita con ese chico, Toni no sé qué, en esa taberna?

—Toni Romano, bueno, Antonio Carpintero. Y sí, tenía una cita con él, pero se ha jodido el asunto. Me he arrepentido en el último momento y no he ido a la taberna. No sé por qué, joder.

Entraron en la casa del brazo. Hacía fresco y se escuchaba el

ruido del tráfico cercano. Se desvistieron y se cambiaron de ropa. Maruja le llevó una copa de vino. Ella cogió otra y bebieron. Pasado un tiempo, Carlos le dijo a su mujer:

—Lo… lo siento, cariño. No he estado demasiado bien esta noche, ¿verdad?

—Si te apetece, me dices lo que te ha pasado.

—¿Que te diga lo que me ha pasado?

Su mujer lo besó suavemente en la frente.

—Si te apetece. Pero si no quieres, no te preocupes y descansa. Tú mismo tienes que decidir si has hecho algo mal y por qué lo has hecho.

—Te dije que iba a ver a un viejo amigo, ¿no? Un amigo de cuando empecé a boxear. Teníamos la misma edad, dieciséis tacos, bueno, yo era unos meses más joven. Los dos éramos pobres, más pobres que las putas ratas.

—Me contaste que te daba envidia que le viviera su madre, ¿te acuerdas?

Asintió moviendo la cabeza.

Carlos Durán se puso en pie en la salita. Estaba furioso.

—¡Me cago en mi pena negra! Toni era…, eso era estar en un mundo nuevo, un mundo nuevo, ¿te das cuenta? Combatíamos por…, yo qué sé por qué combatíamos, por qué boxeábamos. Toni me dijo que por pasta. Y yo no sé.

Su mujer le ayudó.

—¿Por tu dignidad de hombre?

—Eso, por mi dignidad de ser humano. ¿Te lo he contado? Nunca he tenido amigos, pero Toni…, su madre me miró con mucho cariño, ¿sabes? Y me preguntó: «¿Y tu madre, muchacho? ¿No ha venido a verte?».

—No, nunca me lo has contado, Carlos, pero yo sé lo que has pasado.

—Yo cumplí, conseguí el campeonato de España de los ligeros cuando me cambié de peso. Y luego el de Europa… y pude ser campeón del mundo. Pero nunca he podido decir lo mucho que…, bueno, lo mucho que he cambiado, que soy otro. Tenía envidia de que cualquiera tuviera una familia, un padre, una madre, no sé… ¡Me cago en mi pena negra!

Su esposa lo rodeó con el brazo.

—¿Tienes el teléfono de ese hombre? Para ti no será difícil conseguirlo, ¿verdad, Carlos?

—No, no será difícil, Maruja.

—Entonces llámalo y lo invitas a casa a cenar. Venga, descansa, anda. Vamos a terminar las copas y a cenar. Mañana será otro día, corazón.

La mujer sabía que terminaría por dormirse en sus brazos. Carlos, ese hombre rico y poderoso, se dormiría en sus brazos como un niño pequeño. Caramba, cómo lo quería. Cuando estaba entre sus brazos durmiendo se convertía en su bebé, en el hijo que no tenían.

Luego lo pensó un poco: ese Toni Romano había sido compañero de boxeo de su marido, que era millonario, aunque tuviera dos denuncias por corrupción.

¿Le había dado vergüenza estar con ese Toni?

Eso tenía que arreglarlo.

11

El teniente encendió la luz de la habitación recién descubierta en esa casa. Nunca había visto ese despacho al fondo del pasillo… o no se acordaba. Estaba oculto en uno de los sótanos, detrás de un recodo. Empujó la puerta y pasó dentro. Vio una mesa vieja cubierta de polvo. No había luz. Solo la del techo. Cuando era niño había estado con su padre, el asistente de Salvador, en esa casa, pero no se acordaba de esa habitación.

Sin embargo, se acordaba mucho de cuando acudía a esa casa con su padre para ayudar a clasificar cosas. «La casa de Madrid» la llamaba Salvador. «Aquí tengo pasta para una emergencia», escuchaba a Salvador hablar con su padre. «¿Qué emergencia, don Salvador?», le preguntaba su padre. «Pues una emergencia, idiota», contestaba él.

Sabía que al viejo le daba pavor quedarse sin dinero. Volver a ser pobre le aterraba. De pronto, el teniente se detuvo y se envaró. Había escuchado algo. Sabina, que volvía a su cuarto. Aguzó el oído. No se oía a nadie. Pero tenía que estar seguro. Esperaría a que Sabina cerrara la puerta de su dormitorio o saliera. Esa mujer era lista como una urraca.

Salvador solía dormir por la tarde, después de comer, pero a veces se despertaba sobresaltado y lo llamaba con el timbre. No podía descubrirlo en su despacho. Nadie entraba ahí. El momento de revisarlo era hoy y ahora. El mundo es de los audaces. Pero tenía que detener su respiración tan agitada.

Todo estaba callado y en orden. ¿Y la caja fuerte, que tenía que estar empotrada bajo la mesa…? Joder, ahí estaba. Ahora tenía que conseguir la llave, claro. Le costó un rato encontrarla, pero al fin la localizó en el cajón de delante.

Escuchó a lo lejos la voz de Salvador y de alguien más. Debía de estar nervioso. Luego escuchó el timbre de su móvil. Sonaba en toda la casa. Pero lo llamaban a él.

Lo accionó. La voz de Salvador era todavía imperiosa, fuerte.

—¡Teniente, te espero en el saloncito de arriba, estamos viendo el paisaje por la terraza! ¡Tráeme el catalejo, anda!

—Enseguida voy, Salvador.

Por fin sabía dónde estaba la caja fuerte.

Habló por el móvil desde el ascensor.

—¿Te llevo tus lentes, Salvador?

—No, no hace falta. Mándame el catalejo. Es solo para que el abogado vea los límites de la finca.

—Te lo pongo en el ascensor.

El teniente se recompuso. Trajo el catalejo y lo puso en el ascensor. El abogado, ese tripón, debía de estar al lado del viejo mirando los montes por la barandilla. Ahora tenía que pensar en cómo abrir la caja fuerte. Tenía la llave, pero le faltaba la combinación. Y que no se diera cuenta el viejo. ¿Estaría llena de dinero?

Su padre se lo había dicho, no sin admiración: «La casa está hasta los topes de tesoros, hijo mío. Yo he visto monedas antiguas, billetes, joyas. Sí, joyas y paquetes de billetes. ¿Y sabes lo que me decía? Esta casa de Madrid es mi banco particular, Servando».

Después del largo discurso inaugural, en pie en el anfiteatro, los asistentes rezaron un padrenuestro y la jaculatoria de la orden: el «Yo, pecador» en latín. Su eminencia el señor obispo auxiliar de la sede de Coímbra, Portugal, terminó la oración y se sentó en su sitial. Recorrió la nave de la iglesia con una mirada circular. Alguien, entre el público, se levantó de su sitio y pidió la palabra.

Era una mujer, la conocían bastante bien. Iba a contar a los delegados de toda España y Portugal la situación de la organización, llamada El Ejército de Cristo en la Tierra.

Comenzó hablando de su clínica, en concreto, de la labor de su «regimiento» en favor de Jesucristo y el Cristianismo.

—Hermanos en Cristo Nuestro Señor, hoy es, sin duda, un día de gozo y buena ventura para todos nosotros… Nuestra organización, este año, ha cosechado, gracias a la

buenaventura de Dios Nuestro Señor, múltiples victorias contra las asechanzas del maligno. Seguimos abominando de la terrible orden que socaba la gracia más grande y poderosa de la Palabra Sagrada de Cristo Nuestro Señor: creced y multiplicaos… Hablo del Santo Sacramento del amor sano y puro entre un hombre y una mujer, y abominamos del terrible pecado del amor sacrílego de una mujer con otra mujer y de un hombre con otro hombre. ¡Oh, abominación de pecadores! ¡Oh, traición a la naturaleza humana!

Abarcó con la mirada el anfiteatro que jaleaba a la oradora con múltiples aplausos. Se hizo otra vez el silencio.

—¡Queridísimos hermanos! ¡Cómo no reconocer el pérfido pecado, el aliento ponzoñoso de Belcebú, sus terribles rebuznos, que nos aterran, queridos hermanos y hermanas…! ¡Estoy hablando del engaño, de la maldad sin nombre, de intentar sortear los sagrados designios de Nuestro Señor Jesucristo!

Se produjo un alboroto de gritos. La oradora mandó callar con energía. Estaba roja de ira. Se calmó a duras penas.

—De rodillas, queridos hermanos y hermanas. ¡De rodillas! ¡He dicho que de rodillas! Y recemos un «Yo, pecador» con humildad cristiana y contrición.

Los miembros de la asamblea comenzaron a rezar.

Cuando llegó la noche, María pasó por casa de Adela, que le preparó malta calentita y las dos se la bebieron sentadas en el comedor. Mientras, María terminaba de contarle lo que le había ocurrido mientras buscaba una agencia de detectives.

Y terminó diciéndole:

—Y todas carísimas, Adela. No puedes hacerte una idea. Ni te puedes figurar lo que te piden por buscar a alguien.

Adela asintió. María observó encima del sofá, en una de las paredes, un cartel en alemán de Carlos Marx. Y, sobre la mesita, un cenicero con la figura de Lenin.

—El primer detective lo encontré en el móvil —dijo María—, y estaba aquí al lado, en la calle Postas… Nada, pedí una cita y fui a la agencia a verlo. Y resulta que conocían a Toni, al que calificó como un «poli rojo», fíjate tú.

—¿Un poli rojo?

—Bueno, dijo que Toni era un policía «de la cáscara amarga», eso me dijo el hombre que me recibió.

—Caramba. ¡Qué tío más antiguo!

—Sí, ¿te das cuenta? Me fui enseguida. Luego fui a otra agencia de detectives, una en la glorieta de Bilbao, muy grande, con habitaciones llenas de gente y ordenadores, haciendo mucho ruido. Me atendió una señorita muy fina que me hizo rellenar un cuestionario muy completo. Tenía que poner qué tipo de delito quería investigar y yo le dije que quería recuperar a una criatura recién nacida que había desaparecido.

—¿Y no te hicieron caso?

—Les dije que el caso estaba vinculado a la Clínica de Maternidad Asistida San José de la Buena Nueva, en Madrid. Y se lo conté todo, estuve como una hora allí habla que te habla…

—¿Y qué pasó?

—Me dijeron que tenía que entregar una señal y que según fuera la cosa los honorarios irían variando. Me cansé y me fui antes de que terminara. Mañana seguiré buscando.

—¿Aún no has conseguido nada?

María negó moviendo la cabeza.

—Nada, Adela, nada. Pero no voy a rendirme.

—Para eso está Toni, ¿no? ¿No te va a buscar a la chiquitina?

—¿Tú crees?

—Bueno, eso me ha dicho antes de irse. Mi marido estaba delante. Pero no le digas que yo te lo he dicho. ¿Se sabe quién es el padre de tu sobrinita?

María negó con la cabeza.

—No, no se sabe, tampoco sabemos quién me robó a mi sobrina. Mi madre sabía la clase de tío que era el padre de Marga, un tal Román Garcés, un menda bastante golfo, un jugador profesional, el empresario del ballet donde curraba mi madre. Ella no lo aguantaba.

—¿Qué decía tu madre?

—Que Román Garcés era un esbirro de la policía, uno de

esos sinvergüenzas. Un agente encubierto, lo llaman.

—La verdad es que no me extrañaría. ¡Qué canalla tuvo que ser ese tío!

—Garcés aún está vivo. Estuvo dos años en Barcelona con su hija, desde los catorce a los diecisiete años. Entonces la hija, Marga, se escapó de su casa y se volvió con mi madre, hasta que mi madre falleció en 2014 de un accidente de coche cuando tenía unos veintitrés años.

—¿Cuántos años tenía tu madre cuando murió?

—Setenta y nueve años. Y mi Marga, treinta y dos. Bueno, se ha suicidado, ya sabes.

—Tuvo a tu hermana muy mayor, ¿no?

—No, mujer, por Dios. Marga era la hija de una compañera que murió de cáncer y dejó a Marga muy pequeña a su cuidado. Mi madre la adoptó y lo legalizó y todo. Y yo siempre la traté como a una hermana.

María se quedó en silencio un buen rato. Más tarde, Adela añadió:

—Lo mejor es que a ti no te ha sacado nada ese tío tan canalla, ese Garcés. Hay mucha gente mala por este mundo de Dios.

María asintió y añadió:

—Tengo que encontrar a mi sobrina. Para mí es muy importante. Quiero tenerla, quiero que sea mi niña. Se lo debo a mi hermana. Me han dicho que nació muerta, pero es falso, mi hermana me ha hablado de ella, era muy flaquita y buena. Me quieren engañar, pero yo no creo lo que me dicen en esa mierda de clínica.

—¿Te digo un secreto?

—¿Un secreto?

—Toni me ha dicho que ha hecho unas investigaciones y que tiene fe en que se puede encontrar a tu niña. Cuando era policía conoció a gente del hampa dedicada al negocio de la venta de niños. Me ha dicho que todavía existe esa gente.

—¿Eso te ha dicho?

—Se lo dijo a mi marido cuando fueron a Casa Batres. Es una taberna famosa que abrió un peso gallo de fama, amigo íntimo de un antiguo campeón de Europa de los pesos pluma,

Mimoun Ben Alí. El padre de Matías fue también un boxeador muy famoso, luchó por el campeonato mundial de su peso y lo ganó. Y fue entrenador de mi Matías y de Toni cuando eran niños. Bueno, en distinto tiempo, mi marido es mucho más joven que Toni, claro. Son de distinta época, por así decirlo.

—¿Y lo ganó?

—¿El qué?

—Si tu marido ganó el campeonato mundial.

—No, ganó el campeonato continental, el de Europa. Perdió en el mundial. Su padre sí que consiguió el cetro del mundo. Toni perdió a los puntos el cetro de Europa. Y se retiró antes de que lo descerebraran. Bueno, así también es mi marido. Toni es de otra época, ya lo ves, y de otra mentalidad.

—¿Hoy no ha ido al casino?

—Al casino solo va un día a la semana, los viernes. Ha tenido otros curros, como el de cobrar facturas impagadas en una agencia de detectives, y cosillas por ahí.

—Vaya, no sabía que estuviera tan mal.

—Tiene muchos amigos en la policía, vamos, creo yo. Lo que pasa es que no tiene una buena situación económica.

—¿No tiene la jubilación de poli?

—Tiene una pensión de setecientos treinta euros al mes. La mínima. Cuando lo quisieron echar de la policía dijeron que había sido por faltas graves. No lo metieron en la cárcel de milagro. La mitad de su casa la ha convertido en un piso turístico, y de eso vive.

María estaba asombrada.

—¿Tiene una pensión de setecientos treinta euros al mes?

—Sí, hija… El año pasado todavía entrenaba a los jóvenes de un colegio de pago y a una comunidad de vecinos del barrio. Mi marido me dijo que también ha enseñado a boxear a chavales jóvenes de un instituto. Pero parece que eso se acabó.

—¿No sabes por qué lo destituyeron de la poli?

—Sí, creo que sí. Me lo ha dicho mi marido. Pero no estoy segura. Bueno, pregúntaselo a él.

María se levantó del sillón.

—Ya no puedo perder más tiempo, de verdad. Me voy a mi apartamento, estoy muy cansada.

—Tienes que convencer a Toni, espera un poco más y se lo vuelves a preguntar. Toni necesita trabajo.

—Eso es lo que estoy haciendo, Adela, esperar. Pero creo que me voy a marchar. Ya no puedo más. Dile a tu marido que mañana le pagaré el alquiler del piso. Voy a dedicarme a encontrar a mi sobrina.

—Pierde cuidado, María. ¿Te preparo un caldito? No voy a tardar nada.

—No, gracias, Adela. Si Toni llega pronto, dile que mañana iré a verlo, antes de marcharme. ¿Se lo dirás?

12

La doctora Cisneros, una de las ginecólogas visitantes de la clínica, le preguntó a Paulina por qué llevaba a un bebé en brazos por los pasillos, que qué hacía por allí con una criatura.

Paulina enmudeció. La médico insistió:

—¿Es usted la madre?

—¿Qué? No, doctora, es una bebé que paseo para que le dé el aire un poco. No salgo a la calle, de verdad.

—Vaya por Dios. Pero tápela bien. Que no coja frío. Póngasela pegada al pecho, de forma que ella pueda escuchar los latidos de su corazón. Es fundamental, se sentirá protegida y segura.

Paulina se la acomodó. La médico la miró con curiosidad.

—¿Sabes que soy la doctora Cisneros? Estoy en esta clínica dando un cursillo. ¿Quién eres tú? ¿Una enfermera?

Tardó un poco en responder.

—No, no soy enfermera. Pero me gustaría serlo.

—Ya…, ¿cómo te llamas tú? Y explícame de nuevo qué haces con un bebé en los brazos por los pasillos. Es una barbaridad. Te estoy oyendo, venga, habla.

—Es que… me gustan mucho los niños.

Mercedes apareció por el pasillo muy apurada.

—Disculpe, doctora, estaba cuidando a otra niña y me he distraído un momento cuando me han llamado por teléfono. Tenemos revisión.

—No se puede jugar con un bebé.

—Gracias, ya lo cojo yo.

Mercedes Jimeno tomó a la niña en brazos y se marchó seguida por Paulina. La doctora Cisneros cogió el móvil y marcó un número.

—Ponme con la directora, anda. Soy la doctora Cisneros… ¿Remedios? Sí, soy yo… Oye, acabo de estar con una auxiliar que andaba con una niña en brazos por un pasillo… No, la

llevaba a pasear…, estaba dentro de la clínica… Sí, me ha dicho que le gustan mucho los niños y que quiere ser enfermera. Sí, sí, lo entiendo, pero a los bebés no se les puede sacar a pasear por los pasillos. ¿Comprendes? ¿Que me tranquilice? Vale, muy bien, me tranquilizo. Pero antes tendré que informar de estas malas prácticas.

Mercedes iba delante a toda prisa con la niñita en brazos. Paulina marchaba detrás refunfuñando. Las dos iban a paso rápido. Mercedes se había enfadado, parecía furiosa.

Paulina se detuvo y le dijo:

—¿Es que no me vas a dejar llevar a una niña? ¿Es un pecado?

Mercedes se volvió:

—¡Qué te he dicho! ¡Esta niña no se toca, es una VIP, su madre se ha suicidado!

—¡No le estoy haciendo nada!

—¡Si quieres estar con una niña lo haces en mi presencia y en la habitación de gratuitos! ¿Y tú qué haces? ¿Ir a pasear con la niña por el hospital para que te vean? Y además con una VIP. ¿Es que quieres que te pillen? Esa niña no se puede tocar. Está reservada. ¡Te lo he dicho cien veces!

—¡Su madre se ha muerto, no la ve nadie!

—La ha visto la doctora Cisneros… Tenemos que entregarla muy pronto. No sé cuándo, pero es muy pronto.

—La he sacado un ratito de la cuna, nada más. ¿Me perdonas?

Mercedes se detuvo y sonrió.

—Vamos a hacerlo bien, ¿te parece? Hay mucha desgracia en el mundo, Paulina, vamos a buscar legalmente un hijo, nos casamos y dejamos de mentir. Y cuando nos casemos te implantamos un hijo y nos las piramos de esta mierda de clínica.

Paulina se quedó en silencio. Tardó en contestar:

—¿De… de verdad? ¿Te casarías conmigo?

—Claro que sí, mi niña, claro. Ven y dame un beso, por favor.

—¿Y si nos ven?

—Me importa una mierda si nos ven. ¿Sabes lo que te digo? Que vamos a casarnos, mi amor, y a dejar esta mierda de clínica. Quiero besarte donde sea y no esconderme. Y nos vamos de esta clínica de pijas. ¿Qué te parece, Paulinita?

—¿Y tendremos una hija?

—O un hijo, eso no se puede saber.

—Vale, muy bien, Mercedes. Qué alegría me das, de verdad.

—Pero tenemos que olvidarnos de esta niña, en serio. Dentro de poco tiene que venir su padre para llevársela.

Paulina la miraba pasmada. Mercedes le dijo:

—El padre de la niña es muy amigo de doña Remedios Narbona, nuestra directora. Vamos a devolver a la niñita a la sala de infantiles.

María Sacedón descubrió que no tenía sueño. Se había sentado en el sofá frente al aparato de televisión y la botella de whisky, acordándose de lo que Adela le había contado de Toni. De modo y manera que estaba en la ruina… Bueno, en la ruina tampoco. Pero sí que las estaba pasando canutas. Si cogiera su caso, podría ayudarle algo, y ella encontraría al fin a su sobrina, era lo menos que podía hacer por su hermana muerta.

Se adormeció en el sofá. La televisión seguía puesta, pero con el volumen bajo. Poco después se despertó y volvió a pensar en su hermana. Cogió la botella de whisky y sin más bebió un trago a gollete. También podía decirle a Toni que muchas gracias por todo y que ella se encargaría de buscar a su sobrinita. Eso le diría. Bueno, echó otro trago.

Se fijó en la televisión. Era uno de esos programas en los que se escuchaban de forma tenue las voces de los locutores y alguna música de fondo, imágenes y sonidos mezclados de gente opinando sobre algo, al parecer, muy importante. Había un público que se reía mucho. Todos le prestaban mucha atención a lo que pasaba en el programa.

María se preguntó cuándo vendría Toni. ¿Hasta cuándo tendría que esperar? Bebió un trago más de la botella. Vaya por Dios, qué bueno estaba ese whisky. Y le sentaba muy bien. Vaya que sí. ¡Pero qué mierda de pérdida de tiempo! Y ella que creía que con Toni se podían arreglar las cosas. Llevaba un año

sin probar el alcohol…, ni siquiera el vino de mesa en las comidas, ni aguardiente, ron, whisky…, nada. Las pocas veces que alternaba pedía una de esas bebidas dulzonas. Vamos, que había dejado de beber. En la clínica de desintoxicación le dijeron: «¡Cuidado con el primer año, es muy fácil volver a beber! Puede volver a engancharse a la bebida enseguida». Toni no iba a venir, eso desde luego. Bebió otro poco de ese whisky, unas gotitas nada más. Solo para notar que el sabor no se le había olvidado. Era extraño, no le afectaba nada. Se mantuvo inmóvil mirando sin ver las imágenes de la televisión que se movían constantemente y en cada momento, pero sin sonido.

Venga, un traguito más y ya está, el último. Vaya, estaba bueno, muy bueno, eso sí. Y no le pasaba nada, muy curioso.

Debió de quedarse dormida, porque escuchó en la televisión que alguien golpeaba una puerta durante mucho tiempo: ¡pum, pum, pum! Hubo un estrépito y la puerta se abrió de golpe. Y soñó con Toni Romano, de pie en la puerta y detrás otra figura humana, un hombre más delgado. Los dos sin hablar, aunque abrían y cerraban la boca como si hablaran. Parecían simpáticos.

¿Qué hacían esos tíos en su apartamento? ¿Habían entrado sin llamar? Ahora tenía sobre ella un rostro de hombre muy grande. Le echaba el aliento. Cerró los ojos. Luego volvió a abrirlos. El rostro ese continuaba en el mismo sitio. Parecía que sonreía y le decía algo: «¿Puedo besarla?», parece que le preguntó. Y también recordó lo que le contó a su madre cuando la besaron por primera vez a los once años. A su madre le hizo gracia lo que le contó, se estuvo riendo durante mucho tiempo: «La primera vez que me besaron casi me muero de emoción, madre», le dijo. Y añadió: «Se me detuvo el corazón, de verdad».

Su madre se rio más todavía. Su madre querida. Y luego alguien gritó en medio de la noche: «¡María!».

Abrió los ojos. Ahí estaba Toni Romano, que se había agachado y la observaba de cerca y sonreía y ponía una mano cálida sobre su mejilla. Le recorrió el cuerpo una inmensa ternura, una paz interior.

Había venido. Estaba allí, a su lado. Vaya, qué bien. Y la estaba besando de una manera extraña, solo rozando los labios. Así de raro, qué curioso. Apoyaba sus labios sobre los suyos y ya está. Sin embargo, ella quería decirle: «¿Esto es besar?». No sabía si eso era besar, a lo mejor eso era un beso raro. ¿Eso era un beso de verdad?

Pero junto a María no había nadie, ni sobre ella. La botella estaba a su lado, vacía. Se incorporó de golpe en el sofá y gritó:

—¡Qué!

Toni también observaba la botella. Y escuchó a María gritar: «¡Qué!». Y ese otro señor, Matías, estaba detrás y también había cogido la botella y la observaba sin decir nada. ¿Quién la había besado? ¿Quién de los dos, vamos a ver? Ambos sonreían, aunque no decían nada. Intentó levantarse, pero no pudo. Sin embargo, exclamó:

—¡Qué pasa! ¿Me he dormido? ¡Me parece que sí!

—María, has bebido bastante whisky. ¿Me permites que te acueste?

María sonrió. Quería decirle: «Toni, bésame otra vez, anda. Aunque ya me hayas besado, lo haces otra vez». Pero Toni no le dijo nada. ¡Qué tío más fino!

—Mañana ya hablaremos. Ahora duerme, mañana será otro día.

—Tengo que volver a mi casa, en Salobreña, ¿sabes? Es muy bonita, vivo al lado mismo de Juan Delforo, detrás de la mezquita. Muchas veces me deja libros para leer, o me los regala. ¿Quieres venir un día a mi casa, Toni? Es muy linda, ya te digo, desde la azotea se ve la mezquita y el castillo. Los dos son del tiempo de los árabes. Aunque el sonido de las campanas es bastante molesto.

—Mañana hablaremos de todo, María. Buenas noches… Ahora nosotros nos vamos a cenar.

Y también le dijo:

—María, voy a ocuparme de tu caso, ¿sabes? Lo he pensado mejor.

Ella entonces se desperezó un poco:

—¿Hablas en serio?

—Sí, aunque será mi hijo quien responda oficialmente. Yo no tengo licencia de detective. Tampoco de policía, estoy jubilado. ¿Estás despierta?

—He bebido solo una copita, pero creo que me ha sentado mal, ahora estoy despierta. ¿Qué pasa, Toni? ¿Qué me has dicho?

—Te preguntaba si estás despierta y si todavía me aceptas. Quiero ocuparme de tu asunto. Voy a buscar a tu sobrina. Mañana organizaremos un plan de ataque.

—¿De verdad? ¿Te vas a ocupar de buscar a mi niña? Tienes que pensar en Román Garcés, su padre.

Toni le contestó algo. Quizás la besó otra vez, a lo mejor. Pero ella se giró en la cama y debió de dormirse enseguida. Era feliz, alguien la había besado dos veces en la misma noche. Un hombre tranquilo, uno de esos que no hacen aspavientos ni dicen frases hechas cuando están con una mujer. Simplemente la había besado. ¿Cuánto hacía que un hombre no la besaba? Ahora se le estaba olvidando.

La pastilla que había tomado comenzó a hacerle efecto. Pero no se durmió del todo. Daba vueltas en la cama cambiando de postura a cada momento, sin poder dejar de escuchar los insoportables ruidos de la calle, ni los grupos de borrachos por la acera, ni los camiones de la basura, ni los ruidos del tráfico o alguien que tomaba el ascensor.

Se sentó en la cama y gritó: «¡Aquí es imposible dormir!».

Volvió a tumbarse. Los ruidos venían sobre todo de la gente que entraba y salía de los apartamentos turísticos. Pero los coches continuaban pasando uno detrás de otro por las calles.

Y la gente también hablaba a gritos, incluso de noche. Y se reían. ¿Habrían bebido? Cuando era una niña y no podía dormir se levantaba de la cama y se iba a la de su madre. Y la despertaba tironeándole del camisón.

«Mamá, no puedo dormir. ¿Puedo dormir contigo?».

Su madre a veces le contestaba: «Cuenta ovejitas y piensa que ya estás durmiendo. Verás como te duermes». O «Sueña que duermes». «Hazlo, de verdad, corazón mío, ya verás». Pero ella insistía: «Quiero dormir contigo, mamá, anda, por favor». Y su madre terminaba por dejarla que se subiera a su cama.

Aquellos tiempos de su niñez fueron muy bonitos. Ella, antes de dormir, apoyaba la mejilla en el hombro de su madre, que olía muy bien, y le preguntaba: «¿Por qué yo no tengo padre, mamá?».

«Claro que tienes padre, hijita. Lo que pasa es que se murió».

«¿Por qué, mamá?».

«Porque todos nos morimos. Era marinero y se lo tragó la mar».

Bueno, ya no pensaba en su padre ni en su madre de esa manera. Ahora era diferente. Un momento. ¿Por qué Marga era tan triste?

Su hermana había sido una niña que sabía que su verdadera madre había muerto y que su padre no aparecía por casa. Marga no era nadie, solo un juguete, un trapo. Nunca había sido una persona normal: una hija, una hermana, una muchacha joven y ahora una madre joven que había tenido una hija.

¿Por qué se había matado Marga?

Cuando volviera a Salobreña tenía que repasar las cartas de su madre y los cuadernos de su diario a ver si podía encontrar alguna pista del comportamiento de Marga.

Había sido injusta con ella, esa niña que se crio en la más terrible de las soledades. Ahora no le chocaba nada su manera de ser. Pobre Marga, pobre mujer. Se le saltaron las lágrimas y volvió a incorporarse en la cama a llorar.

¡Qué terrible soledad la de su hermanita! Tenía que haberle preguntado sobre esas cosas. Tenía que haber intentado que nunca estuviera triste, ni sola. Eso es. No había sido demasiado buena con ella. Tampoco había sido amable. Pero ahora estaba muerta.

Se desveló hasta escuchar el sordo rumor del tráfico en la calle Esparteros y el ruido de pasos y las conversaciones de los peatones.

13

A las siete y media de la mañana, Adela llamó al piso de María, que abrió la puerta bostezando. Adela le preguntó qué tal había dormido y si se encontraba bien.

—Muy bien, Adela, gracias.

—Nada, decirte que puedes ocupar el apartamento hasta finales de mes por lo mismo que pagaste, que lo sepas. Eso nos ha dicho Toni. Así estaréis más cerca para que podáis hablar. Toni quiere empezar enseguida a buscar a tu sobrina.

Adela entró y le mostró lo que le traía: cacharros de cocina, pañitos, un colador, una lámpara de mesa y algunas cosas más. Lo colocó todo sobre la mesa.

—Te traigo estas cosillas para que vayas tirando. Te van a hacer falta. Y no necesitas volver a Salobreña. Aquí tienes de todo y cerca de Toni, para que vayáis hablando de vuestras cosas.

Eso de «cerca de Toni» le gustó bastante.

—Y no te preocupes, bonita, Toni encontrará a tu sobrinita —y añadió—: Si necesitas algo más, me lo pides. Ale, a descansar. Un abrazo, maja. Espero que todo salga bien.

—Gracias, Adela. Qué amable eres.

—Llámame si necesitas algo, por favor.

—No necesito nada, gracias, cielo.

María se desvistió y se puso otra ropa. Titubeó, abrió la puerta de su piso y se plantó frente a la puerta de Toni.

Toni abrió la ventana de su dormitorio y dejó que entraran los ruidos del tráfico de la calle de Esparteros. Hizo unas cuantas respiraciones profundas y se observó en el espejo. ¿Tenía demasiada barriga? Bueno, no tenía casi nada, creía él.

Ante el espejo pensó que con Marta, su ex, hacía tiempo que el amor había dejado de ser bonito. Pero María, vaya por Dios, esa mujer de pelo blanco era fuerte y dura como el granito y al

mismo tiempo capaz de amabilidad y ternura. Y que lo miraba… Bueno, tenía que dejar eso, estaba trabajando.

Hizo los quince minutos de gimnasia que llevaba haciendo desde que era joven. Se trataba de un método sueco de 1918, el método Müller. Su madre le regaló el libro, que se llamaba *Mi sistema. Quince minutos diarios para la salud.*

«Toni, hijo, muchas felicidades, le dijo su madre cuando se lo regaló. A ver si te gusta, es para hacer gimnasia, es extranjero».

Y le entregó el libro muy bien envuelto.

Más tarde terminó por mostrárselo a su entrenador, Tigre Atocha, que le dijo: «Vaya, qué bien, te tonifica los músculos y los convierte en pistones, como si fueran palancas, pero sin que se te agarroten».

Fue el único libro que compró su madre en su vida. Entonces ya empezaba a boxear. Ahora llevaba demasiados años sin meterse en un cuadrilátero. A veces había hecho sombra y se había entrenado un poco cuando daba clases de boxeo. Pero no había vuelto a subir a un *ring* contra otro boxeador.

Terminó duchándose con agua fría, como hacía siempre, para tonificar los músculos. Tigre Atocha le había dicho que eso del agua fría era una costumbre griega. Se apretaban los músculos y luego el masaje los relajaba. Terminaban fortaleciéndose.

Alguien golpeó su puerta con toques suaves. Daba la impresión de que querían despertarlo, pero sin brusquedad. Y alguien le hablaba desde detrás de la puerta. No entendió bien. Toni la abrió. María fue hasta el centro de la habitación sin decir nada y observó a Toni muy seria. Vestía un chaquetón de entretiempo, aunque no hacía el mínimo frío.

Toni le dijo:

—Buenos días. ¿Quieres un descafeinado? Lo estoy preparando.

—Sí, buenos días, de acuerdo, gracias. Oye, ¿quieres que te acompañe a buscar a mi sobrina? Sé algunos detalles que a lo mejor te pueden ayudar. Si no quieres, dímelo.

—Primero nos tomamos el café y luego hablamos. Te lo

preparo enseguida. Dime si quieres algo más: ¿por ejemplo, una tostada con aceite? Y siéntate, ahí, a esa mesa, por favor. Vuelvo enseguida.

María se acomodó. Toni fue a la cocina. Regresó con dos tazas y una cafetera en una bandeja. María bebió un sorbito, Toni también. Puso sobre la mesa un cuadernito de tapas negras.

—Ayer noche, cuando te dije que iba a ocuparme de buscar a tu sobrina, tú habías bebido un poco. Me dijiste que pensara en Román Garcés, el padre de tu hermana. ¿Tiene algo ver con tu sobrina? ¿Quién es?

—¿Román Garcés? Es el padre de Marga. Mi madre me dijo un día que era policía y que nunca la quiso. Un policía secreto y muy importante.

—¿Qué edad tenía Marga cuando la adoptó tu madre?

—Cuatro años. Ahora habría cumplido los treinta y dos años y tres meses. No vivíamos juntas. Antes de embarazarse la veía como dos o tres veces al año y sobre todo en vacaciones. Yo ya vivía en Salobreña, provincia de Granada. Un día me llamó y me mandó una foto de su hija recién nacida. La hizo con su móvil.

Se la mostró a Toni. La miró y se la guardó.

—¿Qué día se suicidó?

—El domingo pasado, 6 de septiembre, sobre las ocho y pico de la tarde. Quédate con la foto. Es muy raquítica, pero no es un feto, como me dijeron las enfermeras.

—¿Cómo se suicidó?

—Con un pinchazo de heroína, según me dijo una enfermera. Mi hermana se drogaba, lo que no sé es de qué murió. La encontré muerta en su habitación de la clínica. La estaban atendiendo dos enfermeras. Tuve que firmar un montón de papeles cuando la incineramos.

—Explícame algo más de tu hermana.

—Mi madre la adoptó legalmente, su padre, ese Garcés, era el dueño de Atracciones Castilla, la empresa del cabaret Noches de Ensueño, en el que trabajaban su madre y la mía, aunque mi madre era lo que se llama en nuestro argot «maestra de baile», una especie de jefa del conjunto y

entrenadora que ya no actuaba.

—¿Cómo se llamaba la madre de tu hermana?

—Lucía Ibáñez. Murió de un accidente de coche antes de cumplir los veinte y cuatro años. Dejó huérfana a su hija Marga, de cinco añitos. Fue el fruto de un amor desgraciado con el dueño de la empresa, ese Román Garcés.

—Conciso y concreto. Parece un informe policial.

María sonrió.

—Te dije que tenía preparado lo que tenía que decirte. Bueno, era una hija fuera del matrimonio. Mi madre la cuidó siempre. Cuando murió su madre, la mía la adoptó legalmente. Su padre no le hizo ningún caso, aparte de fugarse a Venezuela, acusado de robo y malversación de fondos, estaba casado. Sigo: Marga estuvo con nosotras hasta los catorce años, cuando su padre regresó de Venezuela después de una amnistía y la reclamó.

—Continúa, por favor.

—Garcés pidió su custodia, alegando que era su progenitor. Lo que era cierto, claro.

María aguardó a que Toni lo escribiera todo en su cuadernito, luego siguió:

—Se marcharon a su casa de Barcelona. Estuvo con él casi hasta su mayoría de edad. Un día me confesó que los años de su estancia en Barcelona fueron un infierno.

—¿Marga y tú os veíais mucho?

—Dejamos de vernos cuando se mudó a Barcelona. Después…, verás, Marga fue, no sé cómo decírtelo, a partir de entonces se fue volviendo como más arisca, más cabreada, no sé…

—¿Con diecisiete años?

—Casi con dieciocho, volvió con mi madre, yo estaba siempre por ahí, viajando. Bueno, hasta que me quedé sin trabajo. Su padre dejó de enviarle dinero. Parece que se había enfadado con él. Pero nunca nos dijo nada.

—¿Sabes por qué se suicidó?

—Fue una sorpresa, no sabía que lo tenía planeado. Ya te he dicho que me mandó la foto de su hija. Parió una niña prematura el 6 de septiembre.

—¿Es eso seguro?

—La fecha exacta no importa, un día más o un día menos. Se suicidó en unas dependencias de la Clínica de Maternidad Asistida de San José de la Buena Nueva. Hablamos por teléfono ese día por la mañana. Yo estaba en Madrid en unas gestiones y quedamos por la tarde para vernos. Nunca me dijo quién era el padre de su hija.

—¿En una clínica privada?

—Sí, privada y de lujo.

—¿Quién la pagaba?

—Creo que su padre, Román Garcés, según me dijo ella. Nunca me dijo quién era el padre. Tampoco se lo exigí.

—Perdona, ¿tenía alguna enfermedad?

María lo negó con movimientos de cabeza.

—La enfermera me dijo que había parido una niña muerta y con malformaciones y que por eso se suicidó.

Toni permaneció pensativo. María continuó.

—Escucha, el pasado domingo, el día en que se suicidó, Marga me dijo que su niña había llegado a su peso y ya no estaba en la incubadora. Y que me la iba a dar.

—¿Qué significa eso?

—Quería que yo me ocupara de su hija.

María se limpió las lágrimas con la mano.

—Mi hermana me había dicho antes por teléfono que ya no se drogaba. Me extrañó su insistencia en que la niña iba a ser para mí.

—¿Y la creíste?

—Sí, no tenía por qué engañarme. Escucha, cuando se embarazó pasaba por fases, no sé, de ser muy amigas a etapas de silencio. Después cambió.

—¿En qué?

—Que el día que hablamos por teléfono era como si fuera mi amiga íntima. Nunca me había hablado tan bien.

—¿Estás segura?

—Marga quería trasmitirme su felicidad. Estoy segura.

—¿Crees a tu hermana a pesar de ser una drogadicta embustera?

—¿Por qué me iba a mentir? No tiene sentido que me

engañara. Tengo dinero ahorrado y quiero recuperar a mi sobrinilla lo antes posible. Tiene una señal en la axila derecha, como de una vacuna mal puesta o el picotazo de un pájaro. Se le nota en la foto, ya verás.

—La foto de la niña era bastante clara. Fíjate bien. Un cuerpecito de niña casi esquelético.

Toni le devolvió la foto.

—María, voy a encontrar a tu sobrinita. Es posible que sea mi último trabajo.

14

Delforo estaba sentado ante la mesita del jardín leyendo un libro. Había preparado el desayuno: una cafetera, dos tazas, pan tostado, una aceitera y un plato de jamón recién cortado de la tienda de Pepe.

El libro que leía era *Caballería roja,* de Isaak Bábel, en una edición madrileña de 1937. Lola salió de la casa y se dirigió al jardín. Delforo dejó de leer y le preguntó:

—Vaya, ¿qué tal has dormido?

—Ah, muy bien. ¿Has desayunado ya?

—No, te estoy esperando.

—¿Vas a escribir hoy?

—Sí, dentro de un rato. Ya he hecho un poco de gimnasia. ¿Desayunas conmigo?

—Sí, de acuerdo. ¿Quieres comentar algo más sobre la novela negra y la crisis social? ¿O vas a trabajar en *La mujer del pelo blanco*?

Delforo permaneció pensativo. Después dijo:

—Después de desayunar hablaremos sobre lo que quieras durante una hora o así. Luego me pondré a escribir.

Lola arrastró una silla y se sentó a la mesa. La mañana era serena y no se escuchaba ningún ruido, excepto el trinar de los pájaros de los nidos del jardín. Lola llenó la taza de café y se fue comiendo despacio la tostada.

—Para empezar quiero que tengas presente esa frase de que «hablar de política en una novela es como un pistoletazo en un concierto». Es de *La cartuja de Parma,* de Stendhal.

—Sí, hemos hablado mucho de esa frase. Y la han repetido mucho los que opinan que la política mancha, o ensucia, un texto narrativo. Me refiero a determinada política. Es decir, lo que se impide es un discurso contrario. La derecha puede escribir de política en cualquier momento, nunca hay problema.

—Y tú, ¿opinas que las novelas deben ser apolíticas? Te lo pregunto de otra manera: ¿qué es un pistoletazo en una novela? ¿Qué quiere decir? ¿Que toma partido? ¿Que no solo cuenta hechos novelescos?

Lola se quedó pensativa.

—Que trata temas políticos impropios de la ideología burguesa.

Lola continuó comiendo.

—Eso es. Si son «pistoletazos en un concierto», es decir, «son hechos fuera del sistema». Es decir, son de izquierdas.

Lola estaba grabando la conversación con el móvil mientras masticaba. Delforo siguió hablando:

—Desayuna mientras tanto, Lola. No tenemos prisa.

—Quieres decir que…

—¿Qué quiere decir lo del famoso pistoletazo? Pero termina de desayunar.

—Bueno, que…

—Un pistoletazo en un concierto significa para Stendhal «política», que para él era una política de lucha por las libertades, impropia de una novela de la época. Para Stendhal, una ideología contraria a la dominante, es decir, la monárquica absolutista.

—¿Tú crees?

—Siempre se toma partido en literatura, es decir, en la escritura de una novela. Todos los hechos, incluidos los literarios, son políticos, de un lado o del otro. ¿Comprendes?

Lola asintió con la cabeza.

—Es difícil tratar hechos o sucedidos en una novela, sin mencionar las razones por las que ocurren. Dicho de otra manera, ¿de qué tratan en general las novelas? Pon un ejemplo.

—Hazlo tú, por favor.

—Verás, un escritor muy conocido del siglo pasado, Armando López Salinas, miembro del Partido Comunista de España, publicó una novela magnífica que narraba la vida de un pueblo minero a finales de los años cincuenta durante una huelga. ¿La has leído? Se trata de *La mina*.

—No, no la he leído. ¿Me la recomiendas?

—Por supuesto. Esa novela es fundamental para entender la lucha de clases. Se presentó al Premio Nadal en 1959 y quedó finalista.

—Me has dicho que una novela que subraye la lucha de clases no tendría salida en la sociedad actual. ¿Hay novelas sin disparos en conciertos?

—De hecho, la inmensa mayoría… Hay conflictos sociales, muertos, represiones, revoluciones, motines, huelgas terribles, matanzas de civiles sobre las que nadie ha escrito, ni aparecen en los relatos, sean cinematográficos o novelescos.

—Muchos intelectuales de izquierdas no creen en el realismo cervantino para escribir novelas. Creen que el realismo es fácil o ramplón y está superado.

—Me gusta eso de poner voz a los que no tienen voz y nunca la han tenido.

—Es bonito, Juan.

—Ahora respóndeme a una pregunta: ¿en qué se nota que un escritor es de izquierdas o de derechas?

Lola observó a Juan. Al final dijo:

—La mayoría de los escritores se autodefinen de izquierdas.

Delforo parecía divertirse.

—No siempre ni en todas las ocasiones. Pongamos que es así, aunque es difícil que un escritor se autodefina de derechas, salvo excepciones. Todos los que nos dedicamos a escribir queremos ser rompedores, certeros en nuestros análisis, concisos, buenos narradores… y críticos con el sistema. Pero eso es falso. Nunca es así, salvo los grandes de la literatura, que, por supuesto, nunca se creen que sean tan buenos.

—¿Qué es para ti ser un escritor de izquierdas?

—Los escritores de izquierdas tenemos que saber que las palabras tienen dueño y que los dueños de las palabras son también los dueños del caballo, de la pistola, de los sueños, de la literatura, de las novelas, del dinero, de todo… Hasta del pensamiento. Una novela diferente exige un mundo diferente o la lucha por él.

—Me lo has dicho muchas veces.

—Si tu estilo es complicado, oscuro y complejo, puede ser hasta válido para los santones de la literatura. Lo que no quiere

el poder es que la izquierda novele la lucha de clases de forma sencilla y accesible. O lo que es lo mismo: explicar los hechos sociales desde un punto de vista diferente al de los dueños del poder. Yo creo que hay que utilizar un estilo más claro, más comprensible y realista y que vaya al grano y no se ande por las ramas. El estilo que utilizó el manco de Lepanto en el *Quijote,* que descubrió la ficción. Es decir, algo que parezca de verdad, aunque no lo sea. Eso es la Ficción, con mayúscula.

—También esto me lo has dicho muchas veces.

—Relacionar la literatura con su tiempo, un tiempo dominado por el libre mercado, la posesión de una clase de los medios de producción de la riqueza, el control de los medios de comunicación de masas, por la concentración del poder y de la riqueza, por la explotación de los seres humanos y de los pueblos, por el engaño sistemático, es la tarea de un escritor. Un escritor que diga la verdad de esas cosas, que dispare pistoletazos en todos los conciertos, es y será un escritor que cumpla con su obligación de explicar el mundo. El noventa por ciento de las novelas no cuestionan esta sociedad y ni siquiera se aproximan.

—¿Esa es tu opinión?

—Una literatura diferente suele ser una mierda. Mira, muchos especialistas en literatura *progresista* creen que cualquier literatura realista es ingenua e inútil. Yo creo que no, que se puede hacer una literatura verdaderamente realista que ponga al lector a pensar y repensar la realidad a partir de un texto cristalino, comprensible para la mayor parte de los que sabemos leer y escribir.

Se trasladaron al sofá dentro de la casa. Juan puso un disco de jazz suave.

—¿Has leído el libro de Frances Stonor Saunders *¿Quién pagó al gaitero? La CIA y la guerra fría cultural*?

—No, ¿de qué va?

—De un programa de propaganda cultural en Europa Occidental organizado por la CIA. Un programa secreto, claro. Comenzó en 1947 y acabó alrededor de los años setenta. Pero nadie nos dice que los servicios de seguridad, americanos o

españoles, no estén preparando ahora otros planes secretos para que determinada literatura no se publique.

—Espera un momento. ¿Me estás hablando en serio?

—Claro, el eje de esa campaña fue el Congreso por la Libertad de la Cultura, que estuvo en activo entre 1950 y 1967, organizado en secreto, por supuesto, por la CIA, cuya cabeza visible era Michael Josselson. Ese congreso tuvo oficinas en treinta y cinco países en su mejor momento y publicó infinidad de revistas y periódicos y financió películas, obras de teatro, mítines, becas, estancias en universidades estadounidenses, ciclos de conferencias, premios literarios…

—¿Y cuál era el objetivo?

—Acabar con lo que ellos llamaban «la fascinación por el comunismo de los intelectuales europeos».

—Claro, ahora entiendo. ¿Y hasta cuándo duró esa operación?

—Hasta que lo descubrieron periodistas americanos y lo denunciaron en los periódicos. El título de Stonor Saunders alude a la frase popular de que «quien paga al músico elige la canción».

—Entonces, eso de la «sacrosanta libertad del creador» ¿es pura filfa?

—Saca conclusiones tú misma. La cultura universal está en muy pocas manos, que, por supuesto, la subvencionan. Eso se llama concentración del capital.

—No tenía ni idea. ¿Y desde cuándo se sabe?

—Antes tampoco se sabía, pero añade la financiación de la CIA en motines, ejércitos secretos, golpes militares, asonadas, cuartelazos, asesinatos programados, creación y financiación de líderes políticos, formación de «intelectuales», financiación de revistas culturales… Pero descansa y piensa en algunos premios Nobel de aquel tiempo.

—¿Qué quieres decir? ¿Que todo está amañado?

—No, no he dicho eso. Piénsalo un poco. Solo te pido eso. Gabriel García Márquez transformó la narración, es un fenómeno extraordinario de escritor. ¿Te figuras lo que habría significado que ese hombre hubiera escrito sobre la situación política de Colombia?

Pero Lola insistió:

—¿Los Premios Nobel son falsos?

—No te he dicho eso. Te he dicho que los repases… Verás que ninguno cuestiona el sistema. Pueden criticar duramente algunos aspectos del sistema, como las espantosas políticas racistas estadounidenses, como hace Toni Morrison. O el exterminio del pueblo indio norteamericano. Se ha tardado décadas en saber lo que hacía de verdad ese gobierno con los indios y los negros. ¿Cuándo sabremos lo que hacen ahora mismo?

—¿Qué quieres decir?

—Que la idea de que la mayoría de los escritores son de izquierdas es un mito.

15

En la sala de espera de la Clínica de Maternidad Asistida San José de la Buena Nueva, María y Toni aguardaban a que los avisaran del despacho de la directora, la doctora doña Remedios Narbona.

Toni recibió una llamada telefónica. Se levantó de la silla y se apartó un poco de la gente. Era Carlos Duran.

—¿Toni?

—Sí, soy yo. Dime, Carlos.

Hubo un tiempo de silencio.

—Toni, me preguntaba si te apetecería que nos viéramos. Te tengo que contar. No pude ir el otro día, ¿por qué no quedamos esta noche en Casa Batres? ¿Puedes o es muy precipitado?

—¿Hoy por la noche?

Lo pensó unos segundos.

—Bueno, vale, dime a qué hora. Que no sea muy tarde.

—¿A las ocho te parece bien?

—Sí, de acuerdo. Entonces a las ocho.

—Gracias, Toni, hasta la noche.

Desconectó el móvil y Toni volvió a sentarse al lado de María, que le dijo bajando la voz que les tocaba ya.

—Nuestro turno, Toni.

La directora estaba sentada ante su mesa de despacho. En la puerta figuraba en una placa su nombre completo: «Doctora Remedios Narbona Nieto». La acompañaba en el despacho una mujer joven, una secretaría, sentada a una mesa que tecleaba un ordenador silencioso.

La doctora Narbona le estaba diciendo a Toni:

—Aquí nunca ha habido, ni habrá, casos de venta de niños. Colaboramos con la sociedad con una atención completa en el nacimiento y cuidados a madres desfavorecidas, que incluyen,

por supuesto, atención médica desde el embarazo hasta que las criaturas cumplen el año.

Toni se mantuvo en silencio. La directora continuó:

—Sin embargo, ha habido mujeres recién paridas aquí, en esta maternidad, que han manifestado su deseo de dar en adopción a su hijo, pero la venta de un hijo no ha ocurrido nunca. En esta clínica no hay nada fraudulento.

—Comprendo. Entonces, ¿ha habido madres que entregan a sus hijos en adopción, señora Narbona?

—Como usted entenderá, el hospital no controla los deseos de nuestras pacientes. Fuera de esta clínica hacen lo que estimen. Ya sabe que esta clínica tiene una media entre el diez y el quince por ciento de mujeres de familias pobres.

—¿Alguna denuncia por cambio de bebés?

—No señor, jamás. Aquí las mujeres desfavorecidas reciben las mismas atenciones que las de pago… La calidad de nuestro servicio de maternidad es muy conocida y apreciada.…

Toni tomó la palabra.

—¿Cuántos bebés hay en la actualidad?

La directora consultó unos papeles.

—Vamos a ver…, en estos momentos…, esperan tratamientos…, vamos a ver…, ocho privadas y… cuatro gratuitas.

—¿Tampoco ha habido denuncias por robo de niños?

—Eso es imposible.

María Sacedón intervino:

—¿Nunca se ha suicidado una paciente?

La doctora Narbona se alteró.

—Nunca, señora mía…, nunca ha ocurrido un caso semejante.

María Sacedón sonrió pacíficamente.

—¿Está segura?

—Claro que estoy segura.

—Perdone, doctora Narbona, tengo constancia del suicidio de una paciente de esta clínica. Hablo de doña Margarita Sacedón que se suicidó y de la extraña muerte de su hija nacida el 6 de septiembre pasado.

—¿El 6 de septiembre? Vaya, aún no he leído el parte. ¿Me

lo traes, Eugenia?

La directora miró a Toni y a María. Y dijo:

—Esa equivocación nunca ha ocurrido en esta clínica.

—¿No?

La muchacha le trajo un dosier. La directora lo consultó.

—Vaya, vaya… Pues parece que una de nuestras pacientes ha perdido a su hija y se ha suicidado. Es posible que no pudiera soportar que su hija naciera muerta. No ha sido el único caso. Hay prevista una indemnización de dos mil euros. ¿Qué hace, señora Sacedón?

María y Toni se habían levantado y se dirigían a la puerta sin despedirse. María se volvió y le dijo:

—Nos marchamos, pero mi hermana antes de morir me habló de su hija, que nació viva, y lo voy a demostrar. Adiós, señora Narbona.

La directora se quedó pensativa un momento. Le dijo a la secretaria:

—Salgo un momento, Eugenia. Hablaremos luego, ¿verdad?

—Sí, señora.

La doctora Narbona entró en su cuarto de baño particular y marcó un número en su móvil.

—Soy Remedios Narbona, del hospital, ¿sabe usted quién soy?

Una voz de hombre contestó:

—Sí, lo sé. ¿Qué quiere?

—¡Oh, nada! Solamente que han venido a la clínica un detective privado y una señora y han preguntado por su hija.

—¿Sí? ¿Para quién investiga ese detective?

—Para María Sacedón Muñoz. ¿Sabe quién es?

—Sí, la hermana de Marga. Pero esa niña es mi hija. Y no me la pueden quitar. Y esa zorra de María se va a enterar. No sé quién es ese detective.

—¿Cuándo va a venir a por ella? Ya está repuesta. No puedo continuar escondiéndola. Usted comprenderá. Me juego mucho.

Hubo otro silencio en la línea.

—Voy a llegar a España en cuestión de días. Si me hace caso y retrasa la entrega de mi hija, duplicaré el dinero por las

molestias. Le daré el doble. Doscientos mil euros en mano. Dígame que lo entiende.

La directora murmuró:

—Sí.

—Me alegro mucho de que estemos de acuerdo.

—Sí, claro. ¿Me traerá el dinero?

—¿Estará mi hija?

—Por supuesto, señor Garcés.

La directora abandonó el cuarto de baño y fue de vuelta a su despacho. Salió con la cabeza baja. Eugenia afilaba un lápiz.

—Eugenia, este no es su puesto, le viene grande. Tiene que pedir otro trabajo. Deje la clínica hoy mismo, por favor.

Carlos Durán estaba sentado a una mesa al fondo de Casa Batres. La taberna estaba vacía. No había nadie en el mostrador. Sonaba una música tenue.

Carlos levantó la cabeza y sonrió torpemente. Luego se puso en pie y aguardó a Toni. Ambos se dieron la mano. A Toni le pareció algo solemne, como preparado o parte de una función teatral.

Se sentó, un camarero avanzó hacia su mesa. Carlos continuó con la sonrisa y le dijo:

—Bienvenido, Toni. ¿Qué deseas tomar? Pide lo que quieras. ¿Un poquito de champán?

—No, gracias, prefiero una cerveza.

—Basilio, una cerveza. Bueno, Toni, bueno… ¿Cómo te va, hombre? Te veo muy bien, estás en forma, tío. ¿A qué te dedicas?

—Ya lo viste. Voy cuatro veces al mes al Casino de Torrelodones de fisonomista.

—¿Y eso te da de comer?

Toni sonrió.

—No te preocupes por mí, Carlos. Me defiendo bastante bien.

Le puso la mano en la espalda y sonrió. Le dijo:

—Claro, hombre, claro. Es por saberlo, nada más.

El camarero depositó la cerveza en la mesa.

Un hombre delgado y de rostro afilado y serio había

ocupado el mostrador al lado del camarero.

—¿Te molesta que te diga que he averiguado a lo que te dedicas?

Toni sonrió.

—No, hombre, no me importa. Me han contratado para descubrir un posible robo de una niña recién nacida.

—Vaya, muy bien. ¿Dónde?

—En la Clínica de Maternidad Asistida San José de la Buena Nueva. Un hospital privado bastante caro.

—Me gustaría invitarte a cenar en mi casa, mañana a las ocho y media. Bueno, a ti y a quien quieras. Mira, esta es mi tarjeta con mi dirección. Mi mujer quiere conocerte. ¿Qué me dices?

—Encantado, Carlos.

—Vaya, Toni. Me das una alegría. Mi mujer tiene muchas ganas de conocerte, en serio. Oye, quiero preguntarte algo, ¿es verdad que fuiste madero?

—Sí, fui *madero,* como dices, hasta que me jubilé.

—Tengo entendido que te echaron… Bueno, no te echaron, pero estuvieron a punto, ¿no?

Toni lo miró con atención.

—Tienes información mía de primera mano, ¿eh?

Carlos sonrió y le palmeó la espalda.

—Me importa poco, compañero, me da igual. Quiero que vengas. ¿Tienes mujer?

—Tengo una compañera. ¿Te da lo mismo?

Carlos Durán soltó una carcajada.

—Da igual, tío. Os espero, venga.

16

Gerardo Draper y Pepín Álvarez cenaban donde siempre. De pronto, Gerardo Draper, mientras aguardaban el carrito de los postres, le preguntó a Pepín:

—Oye, ¿hablaste con tu padre del préstamo?

Pepín no levantó los ojos de la mesa.

—No, no le he dicho nada.

—¿No le has hablado del préstamo? ¿Y eso?

Pepín echó una ojeada al restaurante. Se acercaba el carrito de los postres con dos camareros que no paraban de hablar con los clientes, que discutían bastante sobre los sabores de los helados, merengues, chocolates, bizcochos, brioches y *petit-choux*.

Llegaron a su altura y Pepín dijo:

—Me apetece la tarta *mousse* de chocolate con praliné y maracuyá, ¿y a ti?

—Yo lo de siempre.

—He decidido no atosigar más a mi padre, Gerardo. Ya ves, voy a cambiar de táctica. Después ya veremos.

—¿Qué es para ti cambiar de táctica?

—No enfrentarme con él. Su cumpleaños es el sábado próximo.

—¿Es que no estás en la ruina, Pepín? Los inversores no se deciden a estar contigo, te ven como un jodido perdedor. Eso de momento. ¿Qué pasaría si todos te pedimos la pasta que nos debes?

Pepín contestó distraído, mientras comía:

—Que sería una putada…

—¿Sabes lo que nos estás haciendo? Tienes que meter a tu padre con nosotros, chaval. O le pides la pasta que nos debes. Pídele un préstamo, coño.

—Voy a intentar hacer las paces con él. Es mejor para mí, Gerardo. Pronto tendréis el dinero.

Gerardo dejó de comer.

—Tu padre no te va a regalar nada. Eso lo sabes tú de sobra.

—¿Por qué?

—Porque sabe que eres un desastre con el dinero. Gastas a espuertas en gilipolleces, por no decir otras cosas.

Pepín se mantuvo en silencio. Tardó un poco en contestar:

—¿Qué has querido decir con esa tontería? Sigo teniendo fe en la inversión en Arabia Saudita.

—Cuanto antes muera el viejo, mejor para ti y para nosotros.

—Se arreglaría todo, ¿verdad?

—Además, está vendiendo tu herencia a saldo y a velocidad de vértigo. No quiere que te quede nada. Lo vas a perder todo, te vas a quedar en pelotas, sin dinero, sin mujer y sin hija.

—¿Qué tontería es esa que estás insinuando? No quiero convertirme en el asesino de mi padre, por así decirlo. Eso sí que no. Cuando pienso que…

—Tu padre está a punto de morirse, Pepín. ¿Qué reparos tienes? ¿Cuántos meses de vida le pueden quedar a ese viejo? ¿Dos o tres como mucho?

—Estoy pensando que es mejor que me haga amigo suyo. Amigo de mi padre. Debe de estar muy solo. Y no quiero que lo jodas más. Es así de fácil.

—¿Ahora me sueltas esa gilipollez? ¿Sabes la pasta que me cuesta que no hables a tu padre de tu ruina?

—El otro día te di la razón. Pero era porque mi mujer es partidaria de que me lleve algo de herencia. Si por ella fuera, mataría a mi padre esta misma noche. Le da igual con tal de tener pasta. ¿Es que no quieres enterarte? No voy a matar a mi padre. Además, el dinero de mi padre es mío, y de nadie más. ¿Te enteras?

—Tienes que exigirle la herencia ya, tío. Obligarle, confesarle que estás en la ruina. Que pareces tonto.

—Todavía no lo tengo claro. Ya le avisaré. Y deja que te diga una cosa, Gerardo. Quítate de la cabeza esa idea. Ni lo pienses. ¿Obligar a mi padre? ¿Crees que me he convertido en un monstruo? Déjame en paz, no quiero oírte más. Olvídate de eso.

—Tu padre es un anciano medio muerto, Pepín. Será un alivio para él, de verdad. Bastaría con que tú… Bueno, tú y Mariló estéis de acuerdo. También se beneficiaría. Ayer mismo hablé con ella y me lo dijo.

—¿Hablaste con mi mujer por teléfono?

—Sí, por teléfono. ¿Por qué me lo preguntas?

—No, por nada, por saberlo. Ayer me dijo que iba a ir al teatro con una amiga del colegio. ¿La has visto?

—¿A quién?

—¿Llamaste por teléfono a mi mujer o la has visto?

—¿Qué te pasa? Estaba en el descanso del teatro. Me dijo que la obra estaba muy bien y luego hablamos.

—¡Cállate! Calla de una vez, no quiero oírte hablar. Mi mujer no fue al teatro ayer. Se quedó en casa.

—Muy bien. ¿Sabes lo que me debes?

—Sí, lo sé, claro que lo sé… Demasiada pasta.

—¿Cuánto tengo que esperar? Y tienes más acreedores…

—Déjame en paz. No voy a matar a mi padre a disgustos. Hablaré con él luego, en su cumpleaños. Y tendrás la pasta.

Gerardo comenzó a gritar:

—¿Crees que me chupo el dedo, Pepín? ¡Estás en bancarrota absoluta y total y tú lo sabes! ¡Y si quieres hacerte el sensible, te lo haces, pero con otro, no conmigo! Si se enteran de que estás en la ruina, estás listo, nadie va a querer hacer negocios contigo y te van a exigir que pagues al contado. Y no me costaría nada darles el soplo como te pongas tontito y no colabores. Yo de ti vendía tu casa y el chalé ese…, el de Marina del Este.

Pepín lo observaba sin abrir la boca.

—¿Tú me harías eso?

—Claro que sí, claro que te lo haría, imbécil, que eres un imbécil. Y mañana no vengas a trabajar, ¿te enteras, cretino? ¿Quién te crees que eres? Niñato de mierda. Te vas de mi empresa mañana mismo.

Gerardo Draper se levantó de la mesa y tiró la servilleta al suelo, gritando.

—¡Estás despedido, vago de mierda, niñato!

En los labios de Pepín jugueteaba una sonrisita despectiva.

Gerardo gritó:

—¡Camarero!

Acudió enseguida.

—¡Póngame en otra mesa! ¡Aquí apesta a mierda!

—Señor, pero…

—¡Ni señor ni cojones! ¡Búsqueme otra mesa!

Pepín se levantó despacio y se sacudió las migas de la ropa. Gerardo sonrió.

—Y dale recuerdos a tu mujer, Pepín, a ver lo que te contesta cuando le cuentes que hemos roto nuestra sociedad. Panoli, que eres un panoli.

—¡No se te ocurra hablar con mi mujer!

—¿Ah, no? ¿Y por qué no voy a poder hablar con tu mujer? Dímelo, anda. ¿Es que no somos amigos? ¿O sí? ¿Tú qué crees, Pepín? ¿Que soy amigo de tu mujer o no? Venga, piénsalo un poco, hombre. Di la verdad, no te cuesta nada. La llevo viendo desde…, qué sé yo desde cuándo. A ver si lo adivinas. Panoli, que eres un panoli.

Pepín se limpiaba la chaqueta de miguitas. Los clientes de las mesas cercanas no dejaban de mirarlo de reojo.

—Y otra cosa, que no se te ocurra volver a la agencia, ¿de acuerdo? Nuestros negocios se han acabado. Mañana te desvalijo, te vas a quedar en pelotas.

Se aproximó el camarero.

—Por aquí, señor, hay una mesa libre. Tenga la bondad.

Pepín se dirigió a la salida, sin que se le notara que temblaba por dentro. Pagó con su tarjeta. Le quedaba un saldo de seiscientos euros en la cuenta.

Gerardo le dijo en voz suficientemente alta:

—Mañana estarás en la ruina, panoli. Y a tu mujer le va a encantar lo que has hecho. Se va a poner contentísima. Dale recuerdos de mi parte.

Remedios Narbona llamó desde su despacho a Paulina Sánchez. La muchacha llegó enseguida y en su rostro se reflejaba una actitud de atención.

—Estás encargada de la zona B, ¿verdad?

—Bueno, quien se encarga es mi jefa, la señora Jimeno,

doña Mercedes. Yo estoy a sus órdenes.

—Muy bien. Pero tú también te encargas del cuidado de los bebés, ¿no es cierto?

—Sí, de los prematuros, de todos, ahora son tres. Y estoy encantada.

—Muy bien, entonces te ocupas de todos, ¿verdad?

—De todos. Sigo las instrucciones de doña Mercedes. Estoy estudiando para el curso de auxiliar de enfermería. Es la ilusión de mi vida, lo que más quiero.

—Estupendo, esto…, Paulina. La he llamado porque he recibido informes de que usted se pasa las horas en la sala B, está allí la mayor parte del día y de la noche.

—Es que a la sala B van menos enfermeras, hay muy pocos niños. Fuera del trabajo me gusta estar allí para mis estudios, ¿sabe usted? Estoy más tranquila y me gusta estar allí con esos ángeles del cielo. Me sirven para pensar en Dios nuestro señor.

Remedios Narbona la observó de arriba abajo. Después sonrió.

—Anda, retírate y cumple con tu trabajo.

Toni tomaba café en un bar de la glorieta de Quevedo llamado Nuevo Café Novelty. Andrés Caravantes, el dueño, había sido compañero en sus últimos tiempos en la comisaría de Centro. Era bastante más joven que él, pero había pedido una excedencia «por fatiga continuada». En realidad, había conocido a una viuda que había heredado esa cafetería y otras dos más en Madrid.

Andrés pasó por su lado con una bandeja y le preguntó:

—¿Otro café, Toni?

—Sí, vale.

—¿Has venido a verme?

—Necesito información para un curro, Andrés. ¿Tienes un momento? Será un par de minutos.

—Ahora estoy contigo, espera que atienda a una mesa más, estamos desbordados.

Quince minutos después, Caravantes le puso delante otra taza de café con leche. Toni le dijo por encima del bullicio:

—No sabía la dirección de tu bar. Me la ha dado Leo. Te

manda recuerdos.

El bar estaba lleno hasta los topes. Toni le preguntó si sabía quién era un tal Román Garcés, si le sonaba ese nombre. Parecía ser un veterano de los servicios, haría unos cuarenta años o por ahí.

Caravantes lo pensó.

—¿Román Garcés? Pero debe estar retirado. Quien puede saber de eso es Mateo Lacrampe. Su padre, Ricardo, era de los servicios en 1971 con Carrero Blanco. Falleció hace un par de años, pero su hijo Mateo sigue siendo un luchador en nuestro sindicato. Ahora está destinado en Tráfico y sigue currando, es un líder sindical.

Toni añadió:

—Gracias, compañero. ¿Qué te debo de los cafés?

—Todavía no cobro a los colegas, Toni.

Toni dejó un billete de veinte euros sobre la mesa. Antes de salir, le dijo:

—Gracias, Andrés, te debo una.

—Vuelve cuando quieras, Toni.

17

María abrió la puerta de su piso y se asombró al ver a Toni en la puerta de su casa observando cómo tendía la ropa.

—¡Toni!, ¿has encontrado algo?

—De momento tenemos que hablar.

Toni entró y se sentó en la butaca del saloncito y aguardó a que ella terminara y se sentara en el sillón de al lado. María lo miraba constantemente.

Cuando terminó, le interrogó:

—Me han dicho que Román Garcés ha sido miembro de los servicios. Eso no me lo habías dicho.

—¿De los servicios? ¿Y eso qué es?

—Servicios secretos o servicios de inteligencia de la Policía. Se llaman así los policías dedicados a los trabajos secretos con cobertura legal falsa.

—No sé, sabíamos muy poco de Garcés. No apareció hasta que Marga cumplió los catorce años. Antes solo mi madre lo conocía y no mucho, entonces era empresario de variedades. Tengo entendido que estaba en Venezuela y se llevó a Marga a Barcelona, a su casa, cuando volvió. Mi madre me dijo una vez que colaboraba mucho con la policía y que mandaba.

—Entonces ¿no sabíais nada?

María movió la cabeza.

—Solo sé que era un, bueno, un cabronazo de mucho cuidado. Creo que lo he visto solo una vez o dos. Mi madre lo trató más. No me lo podía imaginar. ¿Viviendo en Venezuela ya era de los secretos?

—Los policías de los servicios están donde les dicen que estén. Son escurridizos, astutos, audaces, y viven una o varias vidas en diferentes países y, a veces, a la vez. Son maestros del engaño y del disimulo, pueden cambiar de pasaporte, de carné de identidad, de profesión y pueden ser lo que necesiten ser: guerrilleros comunistas, registradores de la propiedad, peritos

mercantiles o Guerrilleros de Cristo Rey. También pueden organizar manifestaciones en contra del régimen o a favor. Según se tercie.

María observó a Toni con seriedad y preguntó:

—¿El padre de Marga era uno de esos tíos? Marga estuvo con su padre dos años y pico. Una vez me dijo que la vida con él en Barcelona había sido espantosa. Yo no sé si Garcés se volvió a Venezuela o no. Mi madre no me lo dijo.

—¿Sabes los años que tiene ese hombre?

Se quedó pensativa.

—No, pero creo que de parecida edad a la de mi madre. Desde luego, ya debe de ser mayor. ¿Marga te dijo algo sobre su padre?

—Ella hablaba solo de su hija. Nunca de su padre. Ni lo nombraba.

—¿Por qué lloras ahora, María?

—No sé, porque tengo ganas de llorar y ya está.

—Vale, lo que te quiero decir es que son muy posibles las relaciones entre el padre de Marga y el hospital.

María se adelantó en su sillón y puso cara de asombro.

—Eso explica muchas cosas. Por eso tu hermana se suicidó. Es muy probable que supiera lo que le iba a ocurrir. Nunca podría librarse de su padre. Ahora dime: ¿por qué se suicida una mujer que tiene una hijita?

María lo miró con atención. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Tenía miedo de su padre. Un padre que mandaba mucho. Eso explica que dijeran que tu sobrina había muerto. Era parte de un plan en el que participaba la clínica.

María se puso en pie.

—¡Sí, sí, eso es, eso es! ¡Cómo he podido no darme cuenta!

—La clínica y ese Román Garcés son de la misma organización.

María permaneció en silencio. Aún tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Es posible que Marga supiera lo que le iba a pasar a su hija. Pero es curioso, al mismo tiempo pedía que la cuidaras. ¿Se lo pidió también a Román Garcés?

María negó con movimientos de cabeza. Toni siguió:

—Por favor, imprime una ampliación de la foto en que se vean bien las señales en la axila de tu sobrina. Que se distingan muy bien. Es posible que…

María se adelantó en el sillón.

—¿Qué?

—Pensemos en Román Garcés. Pero todavía no sabemos nada de él. Nos falta información. Sigo con ese tío en la cabeza.

María se lanzó sobre Toni, que se incorporó. María lo besó por toda la cara.

—¡Ay, Toni, sí, señor! ¡Sí, fue ese hijo de perra de Garcés!

Toni le sostuvo el rostro y la besó en los labios. Fue un beso fugaz. Pero María bajó la mirada unos instantes y apartó el rostro. Habló en voz baja, sin mirarlo.

—Voy a que me hagan los aumentos de la foto.

Toni hizo un gesto de interrogación.

—Espera, deja que te pregunte: ¿quién pudo ser cómplice del hospital aparte de Garcés?

—Ojalá hubiera conocido mejor a mi hermana y ser su amiga. Ya ves, me he arrepentido de todo. Podíamos haber sido unas hermanas normales, pero yo…

Toni la interrumpió:

—Tenemos algo a nuestro favor, sabemos que la clínica colaboró con la desaparición de tu sobrina, eso seguro. A propósito: ¿tiene nombre esa niñita?

—Ella pensaba ponerle Manuela, como mi madre.

María de pronto giró el rostro. Las lágrimas brotaron de sus ojos otra vez como una cascada, no podía aguantarse. Al mismo tiempo sintió unos deseos espantosos de abrazar a Toni. Se fue calmando poco a poco. Le daba la espalda. Sacó un pañuelo del bolso y se secó los ojos. Toni le indicó:

—Intenta un primer plano, que se note esa cicatriz o mancha o lo que sea. Vete a una buena casa fotográfica.

—Vale, y perdona, Toni.

—Tenemos algo a nuestro favor. Me dijiste que la hijita de tu hermana había mejorado de aspecto. Además, debe de ser llorona, tener muchas carencias y una extrema delgadez.

María se quedó en silencio.

—La hija de una madre drogadicta necesita muchos cuidados, más de lo normal. No se puede tener una niña en esas condiciones. Debería pasar varios días reponiéndose, quizás hasta semanas. No tengo las ideas muy claras acerca del tiempo que tarda un bebé prematuro en reponerse, pero creo que debe de ser así.

María continuó callada. Toni insistió:

—No creo que se haya hecho ya la entrega de la niña. ¿Dónde estará ese Román Garcés?

—No lo sabemos.

—No sé mucho sobre ese asunto, pero creo que Garcés necesita a la hija de su hija. Pasó de su hija, pero ahora no puede «pasar» de su nieta.

Toni se quedó un rato en silencio.

—Si no tienes certezas, dime tus sospechas, María. ¿Ese Garcés puede haber comprado o robado a tu sobrinita?

María le contestó:

—Que la hija de Marga era una aberración es un asunto de Mercedes, la enfermera. Mi hermana no me contó nada sobre su hija. Al revés, me dijo que estaba mejor. Estoy convencida de que me dijo la verdad. Bueno, aunque eso no lo podemos demostrar.

—Vamos a ver…, piensa, María. ¿Quién tiene más interés en apartar a Marga de su hija?

Toni se quedó en silencio.

—Tras la muerte de mi madre, yo me fui a Salobreña y nos veíamos poco, hasta que me dijo un día que estaba embarazada y que quería tener a su hija.

—¿Nunca te dijo quién era el padre?

—No. Perdona, Toni, tenía que haber entendido a mi hermana, no sé, quererla más. Todo se torció, una vez me contó que…

—¿Qué te contó?

—Que chascaba los dedos y podía tener un hombre a su lado siempre que quería, eso me dijo. Yo he hecho todo lo posible por cuidarla, de verdad. Nunca le pedí que me diera a su hijita en adopción, aunque me lo ofreció. Pero se negó a

decirme quién era el padre. ¿Te lo puedes imaginar? También me di cuenta de que se drogaba cada vez más, llevaba varios meses, quizás años, drogándose.

—¿Conociste a alguien que le proporcionara la droga?

—Bueno, al principio tenía amigos del colegio, pero cuando volvió de Barcelona, ya se drogaba…, no sé…

Toni continuó en silencio. María se puso en pie.

—Perdona, Toni, pero Adela me ha dicho que es normal que a los detectives se les dé un dinero de adelanto. Yo he pensado darte diez mil euros si consigues recuperar a mi sobrina. ¿Te parece bien? Te puedo dar un adelanto de…

—Cien euros para gastos es suficiente hasta que me duren. Y si hay mordidas, tú responderás. ¿De acuerdo? Empezaré por la policía. Dame el nombre completo de ese hombre…

—Román Garcés Viñales.

—¿Tienes alguna foto de él?

—No, no tengo, lo siento.

—Yo tengo una posible dirección para localizarle. Veremos a ver. Tenemos que hablar con Mateo Lacrampe.

Toni cogió los cien euros que le dio María.

—¿Quién es ese?

—Alguien que puede decirnos quién es Román Garcés.

18

Había un hombre paseando por el jardín de la casa de Carlos Durán. Parecía que los aguardaba. María se dio cuenta y se lo dijo a Toni en voz baja:

—Hay una especie de guardia paseando, Toni. Míralo, menudo jardín, parece el Retiro, vaya árboles.

Toni sonrió.

—Te dije que era un poco gánster… y bastante rico. Me he informado.

—Esto parece la casa de un mafioso de película. Qué barbaridad.

María iba del brazo de Toni. Acababan de bajarse de un taxi a las afueras del Plantío, en Madrid. Habían quedado a cenar a las ocho y media. Se detuvieron en la puerta.

El jardín, rodeado de altas rejas, ocupaba casi una manzana. Las copas de los árboles sobresalían de las rejas. Toni se acercó al timbre y lo pulsó.

El hombre del jardín abrió las rejas y entraron. El jardín parecía frondoso y enorme.

Carlos Durán y su mujer, Maruja Montero, descendieron las escaleras de la casa y se aproximaron a ellos.

Carlos Durán presentó a su esposa:

—Se llama Maruja, es mi mujer.

Toni presentó a María. Los cuatro se dieron la mano. María le entregó un paquetito a Maruja.

—Son empanadillas dulces, no saladas, hechas por mí.

Maruja le dio las gracias y cogió el paquete. Los cuatro fueron hacia las escaleras y las subieron. Carlos conducía a Toni del brazo sin dejar de hablar.

La cena fue exquisita. La sirvió una criada uniformada. Carlos Durán no paró de hablar. Maruja y María se miraron varias veces y sonrieron. Lo único que María le preguntó a Maruja fue:

—¿Tenéis hijos?

Lo negó con una sonrisa. Carlos se adelantó y dijo:

—No… y es por mi culpa. Me falta un testículo y el otro no sirve para nada. Fue cuando era joven. Me lo «desgraciaron» en una pelea en el trullo, digo en la cárcel. Quiero decir que soy un castrado.

Hubo un silencio en la mesa. Carlos siguió:

—Me lo machacaron a golpes mientras yo estaba amarrado a la cama.

Maruja le habló rápidamente a María y sonrió como si no tuviera importancia. Maruja insistió en seguir hablando. María hizo lo mismo.

Carlos Durán le dijo a Toni:

—… tienes que darme el nombre de ese pájaro tan asqueroso, Toni, el tío ese al que estáis buscando.

—Se llama Román Garcés Viñales. Ha sido policía de los servicios.

Caros Durán lo miró.

—Gracias, Toni. ¿Salimos al jardín a tomarnos los postres?

Esa noche, más tarde, María llamó al timbre del piso de Toni, que abrió enseguida. Estaba en camisa y descalzo. No se asombró al ver a María con una bolsa en la mano.

Toni se apartó y le dijo:

—Adelante.

María pasó dentro de la casa y luego entró al dormitorio directamente. Toni fue detrás. La cama estaba deshecha.

—¿Te parezco demasiado rápida?

—No, es el momento, en serio. También yo lo creo.

—Menos mal. Tampoco quiero pasar por una ansiosa.

—Es que no lo eres.

Abrió la bolsa y extrajo un camisón.

—Me he traído esto para después.

—Vale, muy bien…

—Voy a besarte despacio, Toni. Haz tú lo mismo conmigo. Y no tengas prisa, yo tampoco. Quiero hacerlo despacio.

Toni comenzó a negar moviendo la cabeza y sonriendo, pero no le dio tiempo. María lo besó.

En mitad de la noche, Toni encendió la luz y le preguntó a María:

—¿Quieres un vaso de agua?

—Sí, por favor. Pero trae mejor una jarra… o lo que tengas.

—¿Tienes frío?

—No, me gusta estar así, sin ropa. ¿Te molesta?

Tardó unos segundos en responder mientras le sonreía.

—A mí no… ¿Y a ti?

María le acarició el rostro con suavidad.

—Tonto del haba…, ¿cómo me va a molestar?

—¿Crees que Carlos encontrará a Garcés?

María se acomodó a su lado.

—No lo dudes, Toni. Te quiere mucho y se le nota. Son buena gente. De verdad, ella me ha dicho que me ayudará en la búsqueda de mi niña.

—Carlos se tiró cinco años en el trullo. Todos tienen el síndrome de la soledad de la cárcel. Oye.

—¿Qué?

—¿Te has tatuado cinco estrellas… en el pubis? ¿Eso son cinco estrellas?

—He tenido hasta ahora cinco amantes… Una estrella por cada uno… Bueno, me falta una más… Y no tengo pelos de ninguna clase, ninguno. Mi madre me los hizo quitar a los trece años. Una manía de las vedetes. ¿Tienes algún problema?

—Ninguno.

María le mostró una pastillita azul. Toni la cogió y la observó de cerca. Le preguntó:

—¿Es lo que yo creo?

—Hay que esperar un máximo de media hora, pero aguarda…, quiero contarte lo que hice al salir de la clínica ayer. Te dije que fui a mi casa mientras tú ibas a jugar al ajedrez con Matías.

—Me acuerdo, sí. ¿Qué te ocurrió?

—Oye, te está funcionando la pastilla, ¿no?

—¿Sí?

—Me parece que sí, bueno, te cuento, volví en taxi a la clínica y luego pregunté por esa chica, la enfermera esa tan jovencita. ¿Te acuerdas? Se llama Paulina.

—Sí, me acuerdo. ¿Qué le pasa?

—Vaya, parece que te está haciendo efecto la pastilla, ¿eh?

—¿Sí? Pues vaya… ¿Y que más te pasó con esa chica?

—¿Te acuerdas de ella? ¿Esa chica jovencita con aspecto de soñadora? Bueno, la encontré dentro de una habitación muy grande, hasta arriba de incubadoras y de cunitas, pero solo tres de ellas con niños…, algunos lloriqueando y otros callados. La enfermera jefe no estaba, había salido. ¿Sabes lo que me pregunté?

—No, ¿qué le preguntaste?

—Toni, ¿no te has dado cuenta? ¿No sabes cómo se te ha puesto el aparato?

—Claro que me estoy dando cuenta. Hace treinta años que no la veo así. Pero espera un momento más, por favor, quiero…, quiero mirarla un poco más. Resulta que yo me había tragado otra pastilla de esas por mi cuenta, pero ¿qué… qué te pasó?

—Le pedí que me dejara ver a la hija de mi hermana…

—Sigue, por favor,

—Me enseñó a la niña y tenía…, ¡tenía la señal del pájaro en el bracito! Era ella, mi niña, Toni…, mi niña… ¡Pero…, pero qué es esto! Abrázame, Toni, por el amor de Dios. Abrázame con fuerza, así, así… Intenta…, intenta… metérmela… Pero no tengas prisa…

—¿Así está bien?

—Sí, así, pero no te muevas. Deja que siga dentro, que descanse.

—La voy a mover un poco.

—¡Ay, por Dios!

Media hora después, Toni y María, con alguna ropa, siguieron hablando en el suelo de su dormitorio.

—¿Qué te dijo la jovencita después?

—¿Qué me dijo? Bueno, que ella y su novia…, fíjate bien, «su novia», querían dejar la clínica y montar un «negocito». Y me preguntó si yo estaba dispuesta a participar en el negocio, y bueno, que sería bienvenida. Eso me dijo una muchacha de veinte años.

Toni se había puesto su vieja bata del *ring* y María se cubría

con una toalla.

—Bueno y qué.

—No conoces a las mujeres de hoy, Toni.

—Y a las de antes tampoco. Y desconfío de los tíos que dicen comprenderlas.

Toni observó a María con atención. María comenzó a reírse sin poder parar y ambos terminaron riéndose.

—¿Una estrellita en el pubis por cada amante?

Continuaron riéndose.

—¿Te he preguntado yo algo, Toni?

—No, no me has preguntado nada. Eso es verdad.

—Lo que te quería decir es que he llamado desde la casa de tu amigo Carlos a la jovencita y no me ha respondido.

—Tendremos que volver a esa jodida clínica.

—Mañana te invito a cenar, Toni. Voy a ducharme. ¿Me acompañas? Tengo que hablar con esa chica.

Quince minutos después, María tuvo que decirle a Toni:

—Por favor, estás salpicando de agua todo el cuarto de baño.

—Vale, pero todavía no me has aclarado lo de esa chica, esa…

—Se llama Paulina.

—Sí, eso, Paulina.

—Verás, le pregunté cuánto podía costar una niña de esas y le mentí. Le dije que tenía una cliente que no podía tener hijos y que ofrecería tres mil euros por la niña del picotazo.

—Sigue.

—¿Y sabes lo que me contestó?

Toni cerró la ducha y María comenzó a secarse con una toalla.

—Dímelo de una vez.

—Fíjate lo que me contestó: que esa niña ya estaba pedida y no podía ofrecérmela por ese dinero. Era poquísimo.

—Joder.

—Sí, joder, y que ya estaba pedida y no podía dármela por esa pasta. Si fuera otra, podía dejármela por quince mil euros. Ni uno más, ni uno menos. ¡Quince mil euros!

—¿Tres mil euros le parecía poco?

—Espérate, que ahora viene lo bueno. Cuando yo le dije que qué pena no poder tenerla, fue y me dijo que tenía una idea.

Toni se sentó en una silla del cuarto de baño y María en otra. Estaban pintadas de blanco.

—Cuéntamelo, venga.

—Fíjate, me dijo que podía tener la criaturita marcada si le daba más de diez mil euros. Utilizó esas palabras.

—¿Y tiene veinte años?

—Sí, eso parece. Me dijo que podía cambiar la niña del picotazo en la axila por otra sin que nadie se diera cuenta, pero que eso valdría más dinero. ¿Te das cuenta? Tiene a mi niña, a la hija de mi hermana Marga y me pide dinero. Me insistió en que esa niña valía más dinero.

—¿De verdad, eso te dijo?

—Sí, de verdad, claro que sí. Tenemos que pensar algo.

—¿Tienes tanto dinero?

—Son los ahorros de mi vida, pero puedo vender mi casa de Salobreña.

—Es mucha pasta, María. Esa chica debe de estar loca.

—No lo creo. Sécate un poco y nos vamos a la cama. ¿Quieres?

Toni sonrió.

—No voy a poder, María.

—Claro, Toni. También podemos hablar un poco más. ¿Te apetece? Bueno, y descansar.

19

Paulina y Mercedes no podían dormirse. Paulina opinaba que si se hablaba con esa señora y le decían que sabían dónde estaba la niña podrían sacar mucha pasta y empezar el negocio del hotelito, la casita aquella en el pueblo ese de La Adrada.

—Podemos convertir la casa en un hotelito, ¿no? O en una cafetería de carretera. Yo preferiría un hotel con cinco o seis habitaciones y con cafetería, que es mejor. Podemos pedirle dinero a esa señora, la hermana de la chica que se suicidó.

—¿A qué viene eso, Paulina?

—Bueno, que podíamos montar el negocio de hostelería en ese antiguo bar si nos ayudan.

—¿Robando dinero?

Paulina se quedó en silencio. Mercedes afirmó:

—Yo no soy una ladrona, Paulina. Lo siento.

Paulina se salió de la cama y se puso a pasear por la pequeña habitación.

—Los negocios son así, Mercedes, es lo que hace todo el mundo para prosperar. Así era en mi pueblo, cuando yo era pequeña. En las tiendas de zapatos o de radios o de telas, no sé, los dueños compraban las cosas en Madrid, y luego las ponían más caras y las vendían en mi pueblo, y sisaban…

—No es lo mismo y no seas pesada. Lo pones un poco más caro y ya está. Pero ese dineral por una niñita… es una barbaridad. Quince billetes, nada menos. Además, sería un robo que está penado con cárcel. ¿Y si se entera la doctora Narbona? Es el final de nuestra carrera.

—Dejamos la clínica, Mercedes. A la mierda y ya está.

—¡Soy la responsable de la niña! ¡Me meterían en la cárcel!

—El señor ese, don Román Garcés, le va a pagar un dineral a la directora. Me he enterado, me lo ha dicho mi amiga Eugenia. La han echado, ¿te parece eso justo?

—Dime eso otra vez, Paulina.

—Que me lo ha dicho Eugenia, sabes. La doctora Narbona la ha echado de su puesto. Y me ha dicho que la directora se va a llevar doscientos papeles del padre de la niña, ese viejo.

—Yo creo que estás mal de la cabeza, Paulina. ¿Te vas a poner a vender la niña?

—Podemos preguntarle a esa señora, a María Sacedón, cuánto podría pagarnos.

—No insistas, Paulina.

—No, yo no insisto. Dejamos a la señora Narbona que haga el negocio. Digo que se va a llevar un pastón por tener aquí a la niña. Pareces tonta, hija.

—El hospital ha hecho mucho por el señor Garcés. Ha podido tener una hija, que ha sido muy difícil. El señor Garcés puede sentirse muy contento.

—¿Tú lo conoces?

—Sí, un poco… No es muy viejo, aunque tengo entendido que está muy cascado. Muy enfermo. Vamos a dejar de molestar al señor Garcés, ¿vale?

—¿Por qué, Mercedes?

—Porque la clínica es muy política. Hay una organización muy…bueno, muy radical… son super de derecha, ¿comprendes?

—No.

—Que el señor Garcés es de los jefes. Nuestra directora lo trataba… No te lo puedes ni figurar. Como a un dios.

En Montepríncipe, el teniente salió al jardín por la parte trasera y llamó con el móvil a su antiguo sargento de la sección, Julito Vega, que regentaba una empresa de seguridad en Algeciras.

Una voz preguntó:

—Seguritex, dígame.

—¿Eres Julito Vega?

—Sí, con él está hablando.

—Soy el teniente Servando Castillo. ¿Te acuerdas de mí, Julito?

—A sus órdenes, mi teniente, dígame.

—Vaya, Julito, ¿cómo te encuentras?

—Bien, mi teniente, siempre a sus órdenes.

—¿Sigues teniendo esa empresita de seguridad?

Julio le contestó que sí, pero que ahora la tenía con un socio que se llamaba Iñaki Urbiza, muy buena persona. Además, había cambiado de nombre la empresa. Ahora se llamaba Seguritex. Les iba muy bien.

—¿En serio? ¿No me digas?

—Sí, mi teniente. Aunque ahora somos dos, para usted, le va a costar como si fuésemos uno.

—Bueno, muy bien, ahora escucha…

—¿Qué necesita, mi teniente? ¿Protegerle de algo o de alguien?

El teniente le explicó que tenía que proteger la casa de un ricachón de Madrid que vivía en Montepríncipe. Un tal Salvador Álvarez, un tío muy viejo y muy rico que iba a celebrar su cumpleaños el sábado próximo, dentro de tres días.

—¿Cuántos años tiene?

—Noventa y cuatro tacos. Va a cumplir noventa y cinco el viernes. La fiesta va a ser el sábado. Me corre prisa.

—Sí, entiendo. Un viejo que cumplirá noventa y cinco años el viernes pero que lo va a celebrar el sábado. Y tiene mucha pasta. ¿Y qué más, mi teniente?

—Tu empresa, Seguritex, se debe dedicar a cuidar la casa mientras se celebra el cumpleaños. ¿Qué dices a eso?

—¿Ha dicho antes que es un asunto de mucho dinero, mi teniente?

—Sí, eso he dicho.

—Me gusta escuchar eso, mi teniente. Cuando hay dinero de por medio me vuelvo más eficiente. ¿Me comprende?

—Sí, te entiendo de maravilla. ¿Te sacaste por fin el carné de detective?

—Sí, mi teniente. Y con licencia de armas.

Julio se encontraba en el comedor de su casa, un adosado a las afueras de Algeciras, mientras su socio y amigo Iñaki Urbiza, a unos veinte metros, levantaba un pedrusco de ciento ochenta kilos de peso, se lo echaba a la espalda, lo giraba alrededor del cuello y lo dejaba caer al suelo. La piedra cayó produciendo un ruido sordo. Luego hizo lo mismo con otra

piedra de las mismas características. Iñaki era un *harrijasotzaile,* un levantador de piedras, un euskaldún que se entrenaba para una competición a cinco continuos, sobre todo contra su principal oponente, Bertín Arzuaga, campeón de Zarauz. En el salón de su casa había colocado un suelo especial de caucho prensado, fabricado para los *harrijasotzailes.*

Mientras levantaba las piedras, escuchaba a ese teniente y a su marido, que continuaba al teléfono sin parar de hablar. En ese momento, Julio le estaba preguntando al teniente:

—¿Cuánta pasta se le puede pedir a ese viejo? Tengo tres tarifas, la primera, la segunda y la especial *luxe.* ¿Cuál quiere? Yo me inclino por la especial *luxe.* Tiene más empaque.

Julito continuó hablando mientras Iñaki escuchaba atento, al tiempo que se secaba con una toalla el sudor que le brotaba a chorros por todo el cuerpo.

—… bueno, mi teniente, es un total de ocho mil euros, ¿vale?

Iñaki Urbiza aguardó expectante y escuchó: «Sí, vale». Aunque más tarde, su marido añadió:

—¿No dice nada, mi teniente? En ese caso iré preparando el contrato. Un momento, ¿cómo de grande es la casa? ¿Es una mansión normal de ricos? ¿Tiene más de doscientos cincuenta metros o es más grande todavía? ¿No lo sabe? ¿Es un palacio con sótanos y azoteas? Vale, oído. ¿Y está en el mismo Montepríncipe? ¿Más arriba? Vale, nosotros estamos cerca, bueno, relativamente cerca, en Algeciras. Un paseo en coche, como aquel que dice. ¿Con terrazas y sótanos tiene más de cuatrocientos metros? Vale, oído… ¿Y buhardillas? De acuerdo. ¿Cuántos invitados van a venir?… ¿Ciento doce? Joder, ¿y cuántos se van a quedar a dormir? Seis… ¿En tres dormitorios, aparte del servicio? Vale. ¿Cuántos son los del servicio? Tres, más un refuerzo de otros dos…, un total de cinco, vale. ¿Hay que aparcar coches y recoger a gente en la estación? Calculo que esos serán los refuerzos…, de acuerdo. ¿Ha tenido en cuenta que antes hay que estudiar el terreno y la lista de invitados? Pues muy bien, sí…, un día antes y otro después. Y se celebra el cumpleaños el sábado, claro. En total, tres o cuatro días como mínimo… ¿Y quiere un diez por ciento

para usted? De acuerdo, mi teniente. Le mando por móvil los contratos. Y añada su comisión. ¿Dónde nos alojaremos en la casa? Pues muy bien, sin ningún problema, hasta pronto.

Julito colgó el teléfono. Iñaki lo observaba con expectación. Continuaba con el cuerpo completamente cubierto de sudor. Esos asuntos de dinero le producían una gran excitación. Además del levantamiento de piedras, eso era lo que más le ponía.

Respiró hondo y escuchó a Julio, que continuaba pensativo:

—¿Lo has oído bien, cariño?

—Sí, lo he oído. Tenemos trabajo, pero yo tengo que decirte algo, Julio.

—¿Qué, corazón?

—El campeonato Ruiz Moncayo es dentro de un mes. Y tengo que entrenarme muchísimo, ya sabes. Ya he llegado a los ciento noventa, y dos veces… Verás, me hace falta un poco más para hacer las presas con comodidad y no desgarrarme la espalda. No sé si me comprendes.

Julio se acercó despacio.

—Chico Perurena se entrena para sobrepasar los doscientos cincuenta kilos. ¿Es lo que querías decirme, Iñaki?

—Cariño, Chico Perurena me importa un pimiento. Yo creo que estoy entre los cinco posibles ganadores, ¿sabes, Julio? Y estoy muy cerca de ganar la competición, no puedo distraerme. De verdad, no puedo. Chico Perurena no es lo peor de todas las cosas. Y acuérdate, Julio, el galardón es de cien mil euracos.

—Sabía que ibas a decirme eso. Te conozco, Iñaki.

—Amor, eso es lo más importante. ¿Sabes que en varias ocasiones he pasado los doscientos? Doscientos veinticinco, para ser más exacto. Mi amor, lo único que quiero es… Te quiero, Julio. Ya lo sabes. Eres mi amor bonito, te quiero mucho.

Julio se aproximó más aún.

—Bésame, cariño.

Adelantó los brazos, Julio se refugió en ellos y apoyó la cabeza en su pecho.

—No te muevas, Julio, por favor. Quiero quedarme así un rato más. Cariño, sudo mucho, no quisiera que te ensuciaras.

Ya sabes cómo me pongo después de mis entrenamientos.

—Corazón, no hables, quédate sin moverte, así. Solo un ratito más, por favor. Deja que te acaricie, me encanta toquetearte por arriba y por abajo.

Iñaki emitió un gemido.

—… te desabrocho un poco, nada más. Un poquito…, venga.

—¿Ahora, amor? ¿Aquí?

—Deja que antes te toquetee, cariñito mío. Es que ya no puedo más, ponte así y deja que te empuje un poco más fuerte.

—Sí, más fuerte, por favor, empuja, venga.

—¿Más? Ya no puedo más, mi amor.

Sonó el teléfono de la mesa.

—Cariño…

—Qué, amor. ¿Lo cojo yo?

—No, es mi antiguo teniente. Me llama por el fijo, no se fía de los teléfonos móviles, cuando son asuntos importantes. Déjame cogerlo, por favor, luego seguimos.

Julito Vega se despegó y cogió el teléfono. Acompasó la respiración un momento y preguntó:

—¿Mi teniente? Dígame, ¿qué pasa ahora?

Iñaki se aproximó a la mesita del teléfono. Julio le cubrió la boca con la mano y le murmuró al oído:

—No te lo puedes ni imaginar. Por favor…, no sigas. Me estoy excitando a tope. No quiero ni pronunciarlo.

Julio apartó la mano de Iñaki y se acercó al auricular.

—Mi teniente, ¿me escucha? ¿Sí? Vale, estoy de acuerdo con lo que me dice, haremos como otras veces, ¿no? Y después, rápido y preciso: lo he entendido.

Iñaki le preguntó:

—No comprendo, Julio. ¿Qué le estás diciendo al teniente?

Iñaki entendió: «¿Matarile?».

Julio elevó la voz:

—¡Mi teniente, le contesto dentro de un rato! ¡Tengo que consultar con mi socio!

Y añadió en voz baja:

—Luego le llamo, mi teniente, ¿vale?

Iñaki lo suponía. Lo había escuchado perfectamente. El

teniente había dicho: «Hay que darle matarile».

Después volvieron a tumbarse. Julio apoyó otra vez la cabeza en el enorme pecho de Iñaki, que habló por fin:

—Julio, ¿tú crees que…? Verás, te quiero decir que eso no es lo nuestro. Debemos salir de este lío. ¿Eres muy amigo de ese teniente?

—¿El teniente Castillo? Es un pájaro de cuidado. Siempre con la grifa dale que te pego y luego, bueno, con sus cosas… Las manías del teniente con los niños, Iñaki. Un montón de niños. Es un hijo de puta, pero a mí eso no me va. Aunque tengo varias ideas para el teniente. Luego te las contaré. Antes tengo que hablar más con él.

—No me ha gustado eso de «darle matarile», Julio. ¿Te ha dicho algo de cuánto nos vamos a llevar nosotros?

—Todavía no. Vamos a ver cuánto dice.

—¿A ti te gustaría que yo te acompañara, Julito?

Julio Vega se incorporó.

—¿Tú?… No, Iñaki, no. Yo no podría soportar que te perdieras otra competición, no hay derecho a eso, de verdad.

Iñaki suspiró.

—Dejar pasar esos cien mil euros sería una putada, ¿no?

—Yo tampoco quiero perderte, Julito mío. Los jueces quieren que sea un «hombre binomio».

—¿Qué es un hombre binomio, Iñaki?

—¿Un hombre binomio? Pues no lo sé. Alguien que vale por dos, debe de ser…

Iñaki se levantó y se fue a la puerta de la habitación.

—Habla tranquilo con tu amigo, Julito. No te voy a molestar. Yo a mi entrenamiento.

—Tú nunca me vas a molestar, de verdad. Luego te cuento todo, son cosas del negocio. A ti no te gustan esas cosas.

Julito contempló cómo Iñaki se marchaba y abría y cerraba la puerta del dormitorio. Entonces volvió a hablar por teléfono.

—¿Ha dicho en serio eso de darle matarile, mi teniente?

—El menda ya está medio muerto, sargento. Está chupado darle matarile. Un accidente, un descuido… y ya está. Yo le pongo inyecciones todos los días. Me aprovecho del cursillo ese que hice. ¿Qué te parecería una inyección definitiva?

—Sería solamente un empujoncito en realidad.

El teniente contestó:

—Sí. Cargarse a ese viejo está chupado, joder, y podemos llevarnos unos cuantos kilos que tiene en la casa y yo sé dónde están. Eso para empezar, y luego… ¿Te das cuenta? Ni siquiera nos vamos a cansar.

—¿Dónde está esa pasta escondida?

—En la casa, en una caja de caudales. Podemos hacerlo, en serio. Tengo la combinación de la caja y sé dónde está.

La puerta de la habitación se abrió de golpe. Iñaki se asomó.

—¡Julio, júrame por lo más sagrado del mundo que nunca te has ido con niños!

—¡Qué!

—¡Jura por tu madre querida que nunca lo has hecho con niños! ¡Júralo!

—¡Pero qué tonterías dices, Iñaki!

—No puedo ni imaginar lo que hacíais juntos.

—Mi teniente, luego le llamo.

Colgó. Julito se volvió a Iñaki:

—Mi capitán se lo dejaba hacer, y te juro por lo más sagrado que nunca lo he hecho con niños.

—Bésame despacio. Espera, ahora como tú sabes.

Iñaki se puso a emitir gemidos y dar grititos.

—¡No has colgado bien el teléfono! ¡Se la está machacando!

20

Toni caminaba junto a María, que ayudaba a Adela en una panfletada por el centro de Madrid. Iban dando papeles de colores, tamaño cuartilla, a los peatones. Algunos peatones los arrugaban y tiraban al suelo, pero la mayor parte de los viandantes los cogían.

Protestaban por una subida abusiva del precio de los autobuses. A pesar de las negativas de María y Adela, que opinaban que no hacía falta que Toni las acompañara, se empeñó.

Sonó el teléfono de Toni.

—¿Dígame?

—Hola, soy Mateo Lacrampe, perdona, apenas si te oigo. ¿Dónde estás? ¿En medio de la calle?

—Sí, estoy acompañando a una amiga. Oye, ¿oíste mi mensaje? Me ha hablado de ti Caravantes.

—Sí, tenemos que hablar. Además, da la casualidad de que estoy quedando con tu hijo Silverio para lo de su tesis, no sé si sabías que mi padre fue uno de los organizadores de nuestro sindicato de policía. Además… tenemos que hablar sobre lo que le has dicho a Caravantes.

Los dos dijeron a la vez:

—¡No somos esbirros fascistas, somos defensores del Estado!

Rompieron a reír.

—Chao, Toni. Hablamos y nos vemos.

—De acuerdo, adiós.

Sabina tenía un sombrero de paja nuevo con una cinta roja. Se lo puso, cogió una cartera escolar y salió de Villa Arlequín, dirigiéndose a la parada del autobús. Miró su reloj de pulsera, eran las cinco de la tarde. Esperaba estar de vuelta sobre las nueve, antes de que Salvador se acostase.

Se bajó en la plaza de España, cerca de la Torre de Madrid.

Fue hacia allí cuidando de cruzar los semáforos en verde y no tropezar con nada ni con nadie. Iba sin gafas por pura coquetería. Arrugaba los ojos para ver mejor. Allí, en la esquina, la esperaba su Isabelita, ¡vaya pedazo de chica guapa! Parecía una artista de cine, sí, señor, delgada como una cerbatana y con un estilo. ¡Qué primor de hija!

—Hola, mamá.

—Buenas tardes, hija. ¿Has subido ya al despacho del notario?

—No, mamá. Subiremos a las siete, dentro de una hora. ¿Quieres merendar algo?

—No, hija, vamos primero a ver al señor notario. Hemos quedado a las siete, ¿no? Ahora son las seis y diez. ¿Subimos ya? Luego podemos ir a merendar.

—Espera, mamá, tenemos tiempo. Podemos sentarnos ahora y tomar algo. Aquí hay muchas cafeterías. Mira la Torre de Madrid, en su tiempo era uno de los edificios más alto de la ciudad.

—Sí, hija, es altísimo. ¿Por qué no entramos ya? El señor notario debe de estar esperándonos.

—¿Esperándonos? No, mamá, falta una hora todavía.

—Bueno, hija, tú sabes más que yo de estas cosas. ¿Te acuerdas de lo que nos ha dicho Salvador?

—Sí, ya sé lo que nos ha dicho el viejo.

—No lo llames así, es tu padre.

—Bueno, yo creo que además de mi padre ha sido también muchas más cosas, ¿no, mamá? A ti te ha tenido como una jodida y puta esclava toda la vida. Dime que no es verdad, anda.

—¡Qué lengua! Al final ha sido bueno con nosotras, hija. Piensa en todo lo que nos ha dado: la casa de Montepríncipe, el campo, tu educación, el dinero de todos los meses…

—Teníamos derecho a ese dinero, madre, y dejemos eso. Vamos a merendar, que vamos a ser ricas, mamá.

—¡Ay, cómo eres! No me voy a acostumbrar a ser tan rica, Isabelita, que lo sepas. ¿Entramos en esa cafetería?

—Vale… Es que Salvador se va a morir y quiere ir al cielo, mamá. ¿No te das cuenta? Se está dando prisa para redimirse.

—No te burles de tu padre, hija.

—Vale… Vamos a hablar de otra cosa.

—Hija, ¿sabes que hoy he quedado con el Pepín? Sobre las siete y media de la tarde.

Isabelita la miró.

—¿Sí? ¿Y qué quiere ese tío?

—Hija, por Dios, es tu hermano. ¿Es que no te das cuenta?

—Claro que me doy cuenta, mamá. Puedo tener cara de tonta, pero no soy tonta. Y es mi medio hermano.

—Hija, claro que no eres tonta. ¿Es que no puedo quedar con el Pepín?

Isabel la observó. Su madre no era la madre del Pepín. Ella solo era su hermana de padre, solo eso. Pero su madre no sospechaba las cosas que le había hecho.

Entraron a la cafetería. Había música suave y rumor de voces. Los camareros iban de un lado a otro. Se sentaron a una mesa.

—¡Ay, hija, qué sitio más bonito y qué elegante!, ¿verdad?

—Sí, mamá, es muy bonito. ¿Has quedado aquí con el Pepín?

—Hija, ¿qué tiene de malo? Me llamó los otros días y me dijo que quería hablar conmigo. No es mi hijo, Isabel, mi hija eres tú, pero lo conozco de siempre.

—Sí, mamá, con el Pepín… Bueno, un día tengo que hablar con él de muchas cosas. En serio.

Sabina contempló a su hija un buen rato. Isabelita le aguantó la mirada.

Sabina, muy tiesa, dejó el bolso sobre sus rodillas y le preguntó:

—¿Tienes algo contra ese chico, hija?

Acudió un camarero. Isabelita pidió un rioja para ella y una Coca para su madre.

—Mamá, ese chico, como tú lo llamas, tiene más de cincuenta años.

—Bueno, ¿y qué?

—Cuando le dije que somos hermanos de padre no se lo creía. Se lo consultó a Salvador, ya ves.

—Mira que le dije a Salvador que se aclarara con su hijo. Se

lo tenía que haber dicho hace un montón de tiempo.

Isabel contestó:

—Hace quince años, fíjate tú. Hace quince años que se lo dijo.

El camarero depositó en la mesa el pedido y dos platitos con almendritas y otro con patatas fritas. Brindaron.

—Por nosotras, mamá.

—Sí, hija. Por nosotras.

Sabina insistió:

—Cuando Pepín vino el otro día a ver a su padre, se fue muy enfadado. Parece que no consiguió dinero. Debe de estar arruinado, pobre chico. Me parece que quiere que yo le preste algo de dinero.

—Sí, eso parece. Y no me extrañaría. Todavía no has cobrado nada y ya te está pidiendo dinero. Llevas toda la vida de esclava de ese señor feudal y ahora su hijo quiere pedirte pasta.

Su madre la observaba en silencio. Isabelita continuó:

—Llevas en esa casa desde los catorce años, mamá. Y ahora ese cabrón quiere pedirte pasta. No seas tonta. Te lo digo de verdad. Todo lo que nos den te lo mereces, y más todavía, mamá. Ni se te ocurra darle ni un duro al parásito de Pepín.

—¡No digas palabrotas, hija! ¡Y dale!

—Vale, vale. ¿Pedimos unos sándwiches de jamón y queso?

—Deja eso, no merece la pena, ni el jamón ni el queso serán como los de casa.

—Eso por supuesto, mamá.

—¿Qué le habrá ocurrido a Pepín? Cuando era un niño me llamaba para pedirme dinerillo para chucherías… ¿Qué le pasará a ese hombre?

—Nada, que está arruinado. Debe dinero a todo Dios y está jodido. ¡Qué cara dura tiene ese tipejo!

—Hija…

—Tú no sabes nada, mamá. Ni siquiera sospechas las putadas que me ha hecho el Pepín… Las veces que venía borracho, el cobarde…, el cerdo cobarde…

—¡Hija!

—Es un cerdo, mamá…, un asqueroso. No sabes lo que…

Bueno, vamos a dejarlo, hoy es un día feliz, ¿no crees? Tienes que volver a la casa antes de la cena, ¿no, mamá?

—Sí, hija. ¿Es que no me vas a acompañar al notario?

—Mamá, solo tienes que subir al piso veintitrés, allí está el despacho de nuestra abogada, Carmela Muñoz…, acuérdate. Ella te dirá lo que tienes que hacer y te acompañará al notario. Deja que yo hable con Pepín. ¿Me comprendes?

—¡No me trates como a una tonta!

—Vete ya, mamá. Si me da tiempo iré a verte. No te preocupes.

Sabina se mantuvo un rato en silencio. Luego se puso en pie.

—Bueno, hija… ¿Te espero entonces luego?

—Sí, no tardaré nada. Charlaré un ratito con Pepín. No más de veinte minutos. Adiós, mamá.

Sabina se quedó inmóvil.

—¿Qué le vas a decir a ese chico, Isabelita? ¿No ves que es un desgraciado? He hablado con su padre, hija. No lo va a desheredar del todo. Va a impedir que lo metan en la cárcel, eso sí. Y esa arpía que tiene como mujer le pone los cuernos. Ten lástima de él, hija.

—Anda, vete, mamá. Y no te preocupes, de verdad. Él también le pone los cuernos.

—Mujer, no es lo mismo. Y debes preocuparte de ese chico.

—¿Por qué habría de preocuparme, madre? Vuelve a casa en taxi, por favor. Vamos a tener dinero.

—Sí, hija, sí.

Pepín se mostró sorprendido al ver a Isabelita recostada en un sillón de la cafetería Dólar.

—Vaya, ¿qué haces tú aquí, Isabel?

Isabel sonrió. Parecía contenta, sentada ante una mesa con una copa de vino.

—Esperándote, hermanito.

—Por favor, no me llames «hermanito».

—¿Te jode que te llame «hermanito»? Eres mi hermano de padre, ¿no?

—Perdona, he quedado con tu madre, con Sabina. ¿No ha podido venir?

—Prefiero hablar contigo yo, Pepín. ¿Puedo preguntarte qué quieres?

—Hemos quedado a las siete y media tu madre y yo. Perdona, me he retrasado un poco. Pero ¿qué ocurre? ¿Sabina no va a poder venir?

Isabel lo miró fijamente.

—Se ha tenido que marchar. ¿No te valgo yo?

—No fastidies, Isabel. Necesito hablar con tu madre.

—¿Puedo preguntarte algo, Pepín? ¿Tienes buena memoria?

La miró en silencio.

—¿A qué viene esto, Isabel?

—Muy fácil… A que yo sí tengo mucha memoria. Me acuerdo de todo, ya ves, de todo. Especialmente de mi catorce cumpleaños…, cuando te invité a ti y a tus amigos a mi cumple… ¿Cuántos vinisteis?

Pepín se quedó callado. Bajó la cabeza unos instantes.

—No…, no fui yo, Isabel… Fueron los otros, yo no tuve nada que ver…, incluso…

—¿Incluso qué?

—Ha pasado mucho tiempo, a mí casi se me ha olvidado, Isabel.

—¿Te lo recuerdo? Yo cumplo años en junio, el 12, eran ya las vacaciones. Y a mí no se me ha olvidado. Al revés, cada vez me acuerdo más y mejor. Nunca me han humillado de esa manera… ¿Qué digo de esa manera? Yo tenía trece años y acababa de saber que éramos hermanos de padre.

—Es mejor que olvidemos eso tan desgraciado, Isabel. No conduce a nada… Además, no fui yo…

—No, tú mirabas y te reías… No digas que no…, parecía muy divertido, muy alegre. Te gustaba mirar. ¿No te acuerdas?

Acudió un camarero.

—¿Qué tomará el señor?

Pepín levantó la cabeza.

—No…, no me apetece nada, lo… siento, gracias.

Isabel intervino:

—Venga, hombre, tómate un whisky como hacéis los hombres, venga. Un whisky con agua y unas almendritas. Eh, venga, tráigalo, yo invito.

El camarero se marchó.

—Bueno, hombre, bueno… Así que tienes problemas, ¿eh? El hombre de negocios, que va a misa y da donativos a instituciones religiosas, tiene problemas. ¡Vaya por Dios! ¿No te puede ayudar nadie? ¿Estás solito en el mundo?

Isabel bebió un trago de vino, continuó:

—¿Y qué vas a hacer? ¿Le has pedido ya dinero a tu papaíto?

Isabel se quedó de pronto en silencio. El camero se aproximó con el servicio, lo puso sobre la mesa y se marchó.

—Al principio, cuando mi madre me contó la historia de nuestra familia, la de tu madre, tan católica ella, y la de tu padre, el fascista, con sus negocios sucios y sus crímenes en la conciencia. Todavía no se lo he contado a nadie, sabes. Tampoco le he contado a nadie la tarde de mi catorce cumpleaños. Me echasteis tierra en…, ¿no te acuerdas? Y me tocasteis a la fuerza, venga a tocarme y yo sin bragas y luchaba, me revolvía llorando, ¿verdad? ¡Qué risa! ¡Cosas de chicos! Y venga a meterme tierra en el culo, el culo de una niña de trece años que se había pasado la noche anterior soñando con los chicos que iban a venir a su cumpleaños. Una noche entera soñando con esos chicos… «¿Te lo has pasando bien, bonita?», me preguntó mi madre luego, sin saber el daño que me habíais hecho.

Pepín mantenía la cabeza baja.

—Mi madre nunca lo ha sabido, Pepín. Ella creyó que os habíais portado muy bien, como unos caballeritos. Nunca le dije nada.

Observó a Pepín, que parecía dormido, con la cabeza baja. Apretaba los ojos.

Isabel se levantó de su asiento y se dirigió a la calle. Dejó que él pagara la cuenta. Ella se alejó por la acera.

21

En el portal de su casa, Alicia no paraba de llorar. Su marido la observaba en silencio. Habían discutido por una tontería. Gerardo, el hermano de Alicia, la había acompañado a su casa y había visto a Mateo Lacrampe entrar.

Entonces le preguntó a Alicia:

—¿Qué hace ese cerdo comunista en tu casa?

El problema era que Silverio había bajado al portal y lo había escuchado todo. Gerardo había seguido su camino y Alicia y Silverio se pusieron a discutir en medio de la calle. La discusión subió de tono. Alicia se arrepintió.

—¿Me vas a perdonar, Silverio? Por… por favor, perdóname, dime que me perdonas, por favor te lo pido.

—No tengo nada que perdonarte. En serio, Alicia. Hablar con tu hermano Gerardo no es un delito, de verdad. Ni sus opiniones tampoco. También son legales, aunque sea un fascista. Pero que mi mujer esté de acuerdo con ese fascista no es de recibo, aunque sea su hermano.

Alicia balbuceó:

—Pero yo no te he engañado, Silverio. Es mi hermano, aunque piensa diferente a nosotros, ¡qué voy a hacer!

—Ese facha quiere joderme, Alicia. Me da largas en la devolución de mi dinero. ¿Es que no te das cuenta?

—Yo no pienso como mi hermano, lo quiero, pero tú eres mi marido y el amor de mi vida. Mi hermano es…, es mi hermano. Nada más que eso.

Alicia lloraba mientras Silverio la escuchaba.

—Lo peor es que estás de acuerdo con él, Alicia. Tu hermano siempre ha querido hacerme la puñeta, me debe un dineral, ¿te enteras? Tu hermano es así, para eso habéis tenido un padre autoritario que os ha moldeado el carácter hasta extremos inimaginables. ¿Qué te pasa ahora?

—Que no te metas con mi padre.

—Espera un momento. ¿Alguna vez te he dicho algo sobre tu padre? Bueno, a la mierda, querida. Nunca te he contado que era un corrupto, además de un policía deleznable.

—También tenía cosas buenas, como todos. Tampoco tienes que ser tan, no sé, tan puro, tan… Todos tenemos defectos, tú y yo, y mi padre, como los demás, también tenía sus defectos.

—Una cosa son defectos y otra inmoralidades notorias y ser un corrupto servicial, aliado de una dictadura cruel e inmoral. Vuestro padre no solo fue corrupto, sino aliado de un régimen sanguinario y corrupto.

Alicia se alejó llorando. Silverio la observó doblar la esquina y perderse en la calle de San Bernardo. Luego subió hasta la glorieta de San Bernardo, se detuvo y llamó a Gerardo por el móvil.

Gritó:

—¡Gerardo, tengo que verte ahora mismo! ¿Me has oído?

Nadie contestó.

—Me debes ciento treinta y dos mil euros. Te doy de plazo un día. Si no me pagas mañana, iré a tu casa y te romperé la cara. ¿Me has oído bien? Además, le contaré a Hacienda tus trapicheos con los impuestos. Tengo pruebas. Bueno, mañana después de comer. Que no se te olvide.

Colgó el teléfono y se quedó pensativo. Llamó a Alicia, que cogió el teléfono. Se dio cuenta de que había estado llorando. Le habló despacio.

—Alicia…

Nadie contestó. Pero su mujer estaba al otro lado.

—Tú no eres tu hermano Gerardo, tú eres mi Alicia, mi amor bonito, ¿sabes? Vuelve a casa, te espero. Venga, mi amor, vente ya. Tu hermanito es un canalla, pero tú eres mi corazón.

Silverio escuchó en voz baja:

—Silver, mi Silver. Te quiero, sabes. No te enfades conmigo, mi amor bonito. Te quiero, ¿sabes?

María llamó al piso de Toni y le dijo:

—Hemos quedado con las chicas de la Clínica a las ocho en La Adrada.

—Pasa…, es una buena señal. Quieren rebajarte.

—Eso me ha dicho Paulina, que Mercedes está dispuesta a negociar.

María pasó dentro. Toni cerró la puerta, y ella le dijo:

—Le he dicho que si no me venden a mi niña, soy capaz de matarla.

—¿Le has dicho eso?

—Por favor, Toni, hazme el amor, te lo ruego. Y bésame despacio, ya no puedo más.

—Antes deja que yo te bese. Ven para acá, anda.

María arrojó el bolso al suelo.

María y Toni fueron al encuentro de Paulina y Mercedes. Iban a tomar un autobús para ir a verlas. Se habían ido a vivir a un pueblo llamado La Adrada, a unos cuantos kilómetros de Madrid por la autovía de los Pantanos.

Le habían preguntado por teléfono:

—¿A qué hora te parece que quedemos?

—A última hora de la tarde, sobre las ocho.

—Bien, allí estaremos.

Pepín permanecía sentado en un sillón en el despacho de su abogado, Julián Pérez-Zúñiga. Este había dejado su lugar tras la mesa de su despacho y paseaba por la habitación. A pesar de las malas noticias, Pepín sonreía.

Julián le estaba diciendo:

—Tienes que vender la casa de veraneo de Galicia, eso para empezar, y luego…

—Ya está vendida, Julián, parte de ese dinero lo he metido en mi cuenta de los gastos de la casa… Este mes no he podido pagarte.

El abogado siguió paseando por el despacho, pero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—… la última inversión en Arabia Saudí ha sido catastrófica. El sueldo que tenías en Filesa te lo han confiscado. ¿Has podido vender las acciones que te dije?

—Si las vendo, pierdo dinero. La empresa va mal, ya no puedo vender.

—¿Eres el accionista mayoritario?

—No, pero me da lo mismo. No puedo vender. Si vendo, pierdo.

—¿Sabes lo que debes exactamente?

—Toda la inversión a los sauditas, a los ingleses de Leyland, a los sevillanos…

—Si te declaras en bancarrota, tu padre te podría ayudar. No debe gustarle que su hijo sufra la vergüenza pública de los acreedores… ¿Has pensado en esa posibilidad?

—Puedo parar la bancarrota, yo creo, con cinco millones. Y pongo como garantía mi casa de Madrid y el garaje del centro. Es posible que eso los pare.

—Habla con tu mujer. ¿Tu casa no es de los dos?

—Mi mujer no me va a ayudar, Julián. Hace tiempo que no utiliza mis fondos, su padre le paga sus gastos. Al principio dijo que era un favor para mí.

—Tus principales acreedores son…

—… las empresas que me prestaron para el asunto saudí… Unas cuarenta y seis. Y aparte, formé una sociedad con Gerardo Draper… Pero la negativa absoluta de esos moros saudíes y sus socios ingleses me han jodido. Gerardo ha podido salir. Me ha dejado en la estacada.

—Declárate insolvente, te escapas a las Bahamas y sanseacabó.

—No digas tonterías, por favor, Julián.

—Vale, pero lo más peligroso para ti son los préstamos personales y es lo que más te ha endeudado. No se te ocurra pedir más préstamos.

—Estás aquí para buscarme soluciones, Julián. No para joderme.

—Ya te he dicho que te declares en bancarrota y te las pires fuera de España, es mejor en un país sin acuerdo de extradición.

22

Muy temprano, Julio Vega se subió en Algeciras a un autobús que lo condujo en ocho horas y media a la Estación de Autobuses de Madrid. Luego cogió un taxi y le dio la dirección que le había dado el teniente: un hostal de carretera llamado Casa Mariano. Habitaciones selectas, próximo a Montepríncipe, a unos dos o tres kilómetros de la urbanización.

Julito Vega sabía ya que Casa Mariano tenía una especie de aparcamiento delantero con algunas mesas, pero que estaba bien, no era caro y además estaba cerca de Montepríncipe.

El teniente lo esperaría dentro del bar, en el mostrador, alrededor de las cinco de la tarde. Si no estaba él, o sea, el teniente, Julio debía preguntarle al dueño, que se llamaba Mariano y estaba al loro.

Se lo había explicado por teléfono: «Yo tengo que comprarle unas medicinas a don Salvador… Estaré por allí, en el patio delantero de Casa Mariano, sobre las cinco de la tarde poco más o menos. Ya no me acuerdo de si eres o no puntual. De todas maneras, es mejor que tú me esperes a que yo lo haga. Venga, buena suerte y nos veremos en ese sitio sobre las cinco».

El taxi lo dejó en la puerta del bar a las cinco y media. Le pidió el tique al taxista y entró al bar. El teniente se apalancaba en el mostrador. No había nadie más. Julito dejó la maleta a su lado.

Un hombre gordo y sin afeitar iba depositando cascos de botellines de cerveza en el cubo de la basura a su lado.

Julito Vega le pidió un café cortado. El gordo se acercó a la máquina del café y lo preparó. No abrió la boca. El teniente se aproximó a Julito y le preguntó:

—¿Has hecho buen viaje? Me han dicho que los autobuses de tu pueblo son una puta mierda.

—Cojonudo. ¿Y qué tal por aquí, mi teniente?

—¿Qué quieres que te diga? Esto es normal. Pero si me preguntas cómo estoy, eso es otra cosa. Estoy nervioso y con buenas noticias.

—Ya, ¿entonces?

El gordo le puso el café delante y un azucarero de plástico. Julio echó dos sobrecitos de azúcar y removió su café. Sin decir palabra se lo bebió de un trago, cogió la maleta y salió al patio.

El teniente fue detrás. En el patio se sentaron a una mesita polvorienta. Julito Vega le preguntó:

—Bueno, mi teniente, ¿de qué va la cosa?

—Sargento, qué alegría verte, joder. Mira, te he buscado alojamiento aquí mismo para esta noche, pero mañana te subiré a la casa y te presentaré a don Salvador. Allí estarás en una habitación con baño. ¿Has venido solo?

—A Iñaki no le van estas cosas.

—Vale, ¿vas a estar todo el día con esa ropa?

Julio se observó.

—¿Qué le pasa a esta ropa?

—Dentro de dos días es la fiesta de cumpleaños del viejo, el sábado. Mañana te lo presentaré. Y es necesario que vayas bien vestido, con un buen traje, como Dios manda. Estás currando y eres un detective serio. ¿Tienes cartera de mano?

—No me has dicho nada de llevar cartera. ¿Para qué coño necesito yo una puta cartera, mi teniente?

—Eres detective privado, ¿no? Y vas a vigilar la casa de un viejo superrico por su cumpleaños, ¿no es así? Entonces necesitas una cartera.

—¿Adónde quieres llegar?

—Un detective privado que se precie debe llevar una cartera o porta documentos. Da más prestigio, no sé. Como más importancia. Bueno, mañana te traeré una cartera.

—Yo no necesito cartera, ni más prestigio. Me basta con mi carné de detective privado y ya está.

—¿Pistola?

—Una Astra de reglamento del Ejército. ¿Y usted, mi teniente?

—La de siempre, la Bauer. Pero no vamos a necesitar

ninguna pistola, aunque no está de más ir preparados por la vida. Mañana te señalaré tu alojamiento. Vendré sobre las nueve y media de la mañana. ¿Estás de acuerdo?

—Vale, pero esta noche me contarás lo que vamos a hacer, ¿no?

—Sí, esta noche.

—¿Y el viejo? ¿Es muy viejo?

—Noventa y cinco tacos. Pero tuvo un ictus el verano pasado y se quedó paralítico.

—¿Todavía aguanta?

—Ya lo verás, tío. Va en silla de ruedas, pero es un menda muy enérgico, no sé, todavía me acojona.

Julio se lo quedó mirando.

—Vale, ¿cuándo me va a explicar el plan, mi teniente? Necesito los planos de la casa y la lista de invitados.

—Mañana por la mañana te daré todo: los planos y la lista de los invitados.

Julio Vega se puso en pie y cogió su maleta. El teniente lo miró marcharse hacia el bar. Lo llamó:

—¡Sargento!

Se volvió. El teniente le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Julio?

—Nada, voy a mi habitación a descansar un poco. ¿No me ha contado ya todo, mi teniente?

—Casi todo. Mañana te traeré un maletín. Y recuerda que tenemos que hablar.

—Vale.

Julio Vega aguardó. El teniente lo pensó y luego le dijo:

—Sobre las ocho vengo a buscarte. ¿Te parece?

—Venga, sobre las ocho.

—Chao, sargento, que descanse.

Julito se arrojó sobre la cama de la habitación. Desde allí llamó a Iñaki, que cogió el teléfono enseguida. Primero le preguntó cómo estaba y si el viaje había sido bueno. Después le dijo que ya lo echaba de menos.

—¿Y tú, mi vida? ¿Te encuentras bien?

—En la habitación hay una tele bastante grande, Iñaki, creo

voy a pasar la noche viendo la tele. ¿Y tú, corazón?

—Echándote de menos, ya ves.

—¿Qué peso has alcanzado hoy, cariño?

—¡Si supieras!

—Anda, dímelo, tonto. ¿Los doscientos? ¿O los has pasado?

—No, Julito, no te lo vas a creer. Hoy…, bueno, hoy no he podido ni agarrar las mancuernas, fíjate tú.

Iñaki se quedó en silencio. Pero Julito Vega respondió:

—Bueno, por un día no pasa nada, pero… tienes que prometerme que vas a volver a entrenarte. Por favor, prométemelo. Mira que te conozco.

Hubo otro silencio en la línea.

—Sabes que me muero por ti, lo sabes de memoria, ¿verdad? Quiero que me jures por lo más sagrado que…

—¿Qué, Iñaki?

—Nada, mi amor…, que pienses en mí, solo eso. No te pido nada más. Piensa en mí, por favor.

—Solo pienso en ti, mi amor. Y no llores, por favor te lo pido, Iñaki, en serio.

—No, no…, ya no estoy llorando, te lo prometo. Que tengas suerte, mi amor querido. Que consigas mucha pasta y que todo salga bien. ¿Has conocido ya al viejo?

—No, todavía no. Mañana lo conoceré, el teniente me ha dicho que mañana lo conoceré.

—¿Vas a pensar en mí?

—Lo hago constantemente, amor. Voy a…, bueno, voy a traer la cena a la habitación. Y tú vas a ser campeón, mi amor.

Iñaki suspiró.

—Sueña conmigo, amor, hasta mañana.

—Hasta mañana, cariño.

Julito Vega volvió a tumbarse en la cama. Más tarde miró su reloj de pulsera: eran más de las siete y media. Sonó su móvil y respiró hondo. Alguien carraspeaba. Era el carraspeo del teniente, estaba seguro.

Se incorporó en la cama… Vaya tonto de los cojones, el tío, no sabía qué se había creído. Estúpido de mierda. Bueno, si todo salía bien y se encargaban de la seguridad de ese cumpleaños, se embolsarían él y su levantador de piedras un

montón de pasta. Vale, había que aguantar.

Abrió la ventana y se asomó. Ahí estaba el teniente, abajo, entre el polvo.

—Tengo un taxi, Julito. ¿Nos vamos?

El hotel no era lujoso, más bien normal. Bueno, o lo que entendía él como un hotel normal. El caso es que haciendo el amor con el teniente de pronto Julio Vega se sintió mal. Como si hubiera entrado en el cuarto del hotel un mal aire. Un viento nocivo. Eso le recordaba a Julito Vega algo que había visto en una película.

El teniente se molestó:

—¿Qué te pasa, Julio? ¿Por qué te paras? ¿Es que te pasa algo?

Lo negó moviendo la cabeza.

—Nada, no me pasa nada. Ha debido de darme un aire, no sé.

—¿Es el estómago?

—No, qué coño va a ser del estómago. Me ha dado un aire. Eso decía mi madre. Que a mí me daba un aire de vez en cuando. Fíjese, me entraba un aire por la cabeza y era como si, bueno, como si me volviera loco. Me daba como una ventolera y… me ponía a liquidar a la gente, ya ves. Me daba una rabia que…

Siguió moviéndose. Pero se detuvo otra vez. Como si estuviera dándole vueltas a algo en la cabeza. El teniente se enfadó:

—¡Sigue moviéndote, Julito, joder, no te vayas a quedar quieto ahora, hostias!

—No sé, no sé lo que me pasa, joder.

—No seas gilipollas, venga, muévete de una puta vez, Julito, coño. ¿Por qué te has parado, gilitonto?

Julito Vega se separó con brusquedad. El teniente giró la cabeza y lo observó, asombrado.

—Coño, pero ¿qué haces, gilipollas? Vuelve a metérmela.

—¿Y si le meto otra cosa? Me tiene harto, mi teniente, estoy hasta las narices de ustedes. Sí, de ustedes, tontos de baba…

—¿Nosotros? ¿Y quiénes somos «nosotros»?

Y se lo preguntaba, era la leche. ¡Cómo se atrevía!

Julio le agarró la cabeza como si fuera a besarlo. Incluso lo miró con arrobo. Pero el teniente no llegó a pensar en lo que intentaba hacer. Ni lo sabría nunca. Hizo un giro brusco y el cuello emitió un crujido. El caso es que el teniente se quedó rígido, con el cuello roto en una extraña postura. Parecía que se había desinflado con la cabeza torcida.

Le había dislocado el cuello, no, dislocado, no. Se lo había roto, le colgaba. Lo miraba fijamente con una mirada hueca.

Julito Vega arregló la habitación del hotel por encima. Y antes de que amaneciera pilló el primer autobús para Algeciras.

Cuando sacó el billete del autobús fue al bar de la estación y desayunó café con leche y churros.

En el autobús se puso a pensar en Iñaki. Lo que más le gustaba era la sorpresa que le iba a dar. Cuando supiera que iba a dejar el rollo ese de la protección de una casa, se daría cuenta, por fin, de la inmensidad de su amor. Sí, de su amor sin límites.

Se retrepó en el asiento del autobús para dormir un poco. Pero de pronto se puso rígido. ¡El llavero! ¿Dónde estaba el puto llavero? Se puso en pie. ¡Un momento! ¿Dónde estaba su llavero con la bandera del regimiento y la llave de su casa?

¿Dónde lo había olvidado? ¿En el hotel? ¡Me cago cien veces en la puta leche! Pero no, se le había olvidado en su casa, sí, estaba en la mesita de noche, claro, allí estaba, por supuesto. Ahí estaba la jodida llave. Suspiró tranquilo.

Volvió a sentarse. Nunca lo iban a descubrir. Había sido una jornada muy activa. Dos minutos después ya estaba roncando.

Durmió todo el trayecto hasta Algeciras.

23

Silverio vivía en un piso en la calle de la Palma, 60, en pleno barrio de Malasaña. Toni le dio una botella de Viña Egea. Silverio se lo agradeció. Luego, Toni le preguntó cómo llevaba su tesis.

—Creo que muy bien. Mateo Lacrampe me está contando muchas cosas de la etapa franquista y de la lucha sindical de la policía. Es increíble lo que sabe ese hombre. Llevamos cuatro sesiones y estoy aprendiendo mucho. Su verdadera profesión es analista de sistemas. Bueno, pasa dentro, te voy a presentar a Mateo. Aún es policía en activo.

Entraron al salón. Un hombre delgado con una chaqueta blazer azul, sin corbata, aguardaba sentado ante una mesa. Se puso en pie cuando entró Toni. Silverio lo presentó como el hijo del principal creador del Sindicato de la Policía, el difunto Ricardo Lacrampe. Se dieron la mano.

—Mateo, este es Toni, mi padre. Habéis sido compañeros, aunque en épocas distintas. Mi padre fue policía durante el franquismo y tú, con la democracia.

Mateo Lacrampe mantenía una sonrisa abierta y cordial y tenía una copa mediada de vino en la mano. Se sentaron.

Silverio le preguntó a su padre:

—Toni, ¿te traigo algo? ¿Un vino?

—No, gracias, Silverio. Tráeme un vaso de agua, si eres tan amable. Quería saber cómo te va con tu tesis y hablar un momento sobre mi tema, el robo de niños.

—Aquí Mateo me está desasnando sobre un tema de gran importancia: la policía antifranquista y su lucha por sus derechos.

Toni le sonrió y preguntó:

—¿A partir de la Unión Militar Democrática?

El policía soltó una carcajada. Y añadió:

—Sí, la UMD de 1974, formada por tres comandantes y

nueve capitanes, que a raíz de la Revolución de los Claveles en Portugal intentaron la democratización del Ejército Español. Fue prohibida por la autoridad militar. Para mí fue el comienzo imparable de un viento democrático que pronto fue un vendaval y que dura hasta hoy. Fue más fuerte en la policía que en el estamento militar.

Silverio añadió:

—En 1976, en la plaza de Oriente de Madrid, un año después de la muerte de Franco se montó una asamblea de doscientas personas que marcharon hasta la Puerta del Sol para entregar un escrito que ponía que la policía debía ser tratada como guardianes del orden y no como «esbirros del sistema».

Toni sonrió al oír «esbirros del sistema» y aclaró:

—Fueron los primeros policías disidentes. En mi comisaría había algunos, no muchos. Draper, el comisario, no lo era, por supuesto. Aunque no sancionó a nadie por ser sindicalista.

El invitado de Silverio dijo:

—Mi padre también se acordaba de eso. Del 18 al 22 de diciembre de aquel año fueron detenidas sesenta personas entre guardias civiles y policías y cien fueron expedientadas por no aceptar determinadas ordenes antidemocráticas. Y otros fueron obligados a pedir la baja.

Silverio añadió a lo que había dicho Lacrampe:

—Forma parte de la historia de la democracia española. Por esos años aparecieron las primeras organizaciones clandestinas de la policía.

—Mi padre, Ricardo Lacrampe, me contaba que en esa época se difundió por las comisarías un colectivo llamado Nueva Policía que pedía con firmeza la disolución de la Brigada Político-Social, exigía la sindicación y denunciaba la situación de privilegio de los antiguos mandos policiales.

—Ah, mira, eso no lo sabía.

Mateo continuó:

—A finales de los setenta, apareció una nueva policía que luchaba por sus derechos, con el apoyo de UGT y Comisiones Obreras.

Silverio dijo:

—Nunca olvidaré lo que les contabas a Catalina y a mi

madre cuando era un niño, eso de «policías luchando contra policías».

Toni sonrió y Silverio añadió:

—Toni, recuerdo lo que nos contaste de la caída del comisario de Alcobendas, Jesús Merino, que fue muy sonada, al que se le abrió un expediente por una carta en la que se criticaba la actitud golpista del general Milans del Bosch.

Mateo Lacrampe intervino:

—Finalmente, Jesús Merino fue expulsado de la policía. Y a mi padre. Le obligaron a pedir el retiro. En fin, eso o el Tribunal de Orden Público.

Silverio preguntó:

—¿Se hubieran atrevido a eso?

Mateo Lacrampe sonrío:

—Hay una historia que me conmocionó. Me la contó una anciana de ciento dos años, muy lúcida. La historia de su hermano, un policía de Franco que denunció a un ejecutor, un tío que mataba gente, previamente elegida por la cúspide de cierta policía llamada «justiciera». Bueno, se hacían llamar así, los Justicieros. Eran fascistas redomados.

Hubo un silencio.

—Yo creo que si se llegara a saber más de este asunto, se modificarían bastantes esquemas del franquismo y del posfranquismo, creo yo. Afortunadamente, alguien prohibió esa organización partidaria del asesinato puro y simple.

—Bueno, el caso es que mucha gente está deseando contar lo que sabe sobre los servicios policiales y represivos del franquismo. La documentación me está costando mucho trabajo conseguirla. Las leyes franquistas de la Transición siguen obstaculizando que se conozca y se aclare la represión policial de épocas tan cercanas como 1975, cuando falleció de muerte natural el dictador.

Silverio dijo:

—¿Sabes que Mateo pertenece ahora a la Dirección General de Tráfico? Lo destinaron a ese puesto al denunciar las artimañas, trampas y corruptelas de un gran empresario relacionado con la pesca a gran escala. El empresario no fue a la cárcel y aquí a Mateo lo destinaron al control de carreteras.

Mateo intervino otra vez, sin dejar de observar a su amigo.

—Sin embargo, los casos más notables de corrupción policial se produjeron en Valencia, Madrid y Sevilla. En Valencia, entre 1974 y 1987, operó una red policial relacionada con un agente de la Brigada de Estupefacientes que estaba en contacto con determinados traficantes de drogas a quienes se les protegía a cambio de suculentas sumas de dinero. El agente Antonio López Santisteban fue condenado a cuatro años de cárcel.

Silverio afirmó que durante la Transición hubo bastantes casos de corrupción policial. Denunciados en una prensa libre y combativa. Lacrampe intervino:

—Sobre todo está el caso del Nani y de otros delincuentes comunes, acusados de robar joyerías en complot con policías. En este caso fueron trasladados a la Dirección General de Seguridad, donde se les aplicó la Ley Antiterrorista. Fueron torturados para arrancarles una confesión y recuperar el botín.

Silverio dijo:

—Nunca se supo la suerte del Nani. Aunque se sabe que una parte del Grupo Antiatracos colaboraba con una empresa de seguros de las joyerías robadas y aseguradas para quedarse con el botín.

Silverio dijo:

—Entre 1983 y 1987 operaron los GAL, los Grupos Antiterroristas de Liberación, financiados y creados por el Estado, integrados por guardias civiles, policías y gente vinculada con actividades delictivas de la extrema derecha. Se les atribuyeron veintisiete víctimas, diez de las cuales no tenían relación con el terrorismo.

—También practicaron secuestros y robos. En 1983 secuestraron a José Antonio Lasa y José Ignacio Zabala, dos ciudadanos vascos, torturados hasta la muerte. Encontraron sus restos en 1985. ¿Sabéis lo del caso de Segundo Marey?

Mateo Lacrampe añadió:

—Secuestraron a ese señor, un empresario vasco, confundido con un militante de ETA. Eso constituyó un escándalo internacional mayúsculo.

Silverio siguió contando:

—El subcomisario, José Amedo, fue acusado de contratar mercenarios para sus propósitos, con permiso de las autoridades. En 1991 fue condenado a ciento ocho años de cárcel por seis delitos de asesinato, lesiones, asociación ilícita y falsedad documental.

—¿Vas a hablar en tu tesis de Luis Roldán, director de la Guardia Civil?

—Sí, claro que sí. Entre 1986 y 1993, Luis Roldán se apropió de cuatrocientos treinta y cinco millones de fondos reservados y mil ochocientos millones en comisiones de los programas de modernización de las casas cuartel de la Guardia Civil, que se sepa. El juez Baltasar Garzón fue el que llevó la causa en su detención y posterior condena. Murió con setenta y ocho años en 2022. Fue condenado a veintiocho años de cárcel. Nunca devolvió el dinero al Estado.

Lacrampe continuó:

—Fueron condenados por el caso Marey el exministro del Interior José Barrionuevo y Rafael Vera, secretario de Estado para la Seguridad, a diez años de prisión. El Gobierno de Aznar los sacó de la cárcel.

—En 1986, la Brigada Político-Social fue sustituida por la Brigada Central de Información, encargada de la captación, recepción y tratamiento de todos los referentes para la seguridad del Estado y el Orden Público.

—¿Y del caso de José Manuel Villarejo y la Policía patriótica? ¿Vais a hablar algo o no entra en tu tesis?

Silverio opinó que habría que hablar de ellos si se quería hacer una tesis doctoral sobre cierta policía, cercana al ministro del Interior Jorge Fernández Díaz.

De pronto, Silverio se dirigió a su padre:

—¿Tú no estás buscando datos de un robo de una recién nacida?

—Sí, hijo. Pero eso es otra cosa.

—Cuando Mateo estuvo en Asuntos Internos desmantelaron una organización vinculada con eso. Bueno, mi padre se dedica en estos momentos a desentrañar la desaparición de una niña en una conocida clínica muy vinculada a la derecha más reaccionaria.

Toni negó moviendo la cabeza.

—Solo quiero resolver el robo de un bebé concreto. Tengo un encargo de detective privado, que es lo que soy ahora. ¿Charlamos luego un poco, Mateo?

—Claro, por supuesto. Luego charlamos.

Silverio continuaba hablando:

—Tendría que nombrar a Villarejo, que fue miembro de la Brigada Social desde 1972. Parece que hoy, siguiendo directrices de sus jefes, ha participado en escuchas ilegales a la oposición de izquierdas. Desde luego es un típico agente de los servicios, no un policía normal. Querían acabar de todas las formas posibles con Podemos, ¿no, padre?

Toni lo miró con cierta sorna.

—¿Qué pasa, padre?

Toni se quedó en silencio, observándolo.

—Dímelo otra vez.

—¿El qué, Toni?

—Lo de padre. Tengo la impresión de que no te lo he oído nunca.

—No fastidies. ¿Hablas en serio?

Toni asintió moviendo la cabeza.

—Bueno, pues lo siento. Te llamaré *padre* más veces. Te quiero decir que no será una tesis sobre los servicios de inteligencia, sino sobre la policía corriente. Esos que buscan delincuentes y los meten en el trullo. ¿Me explico?

Silverio observó a su padre. Le daba la impresión de que lo miraba con una extraña sonrisa.

—Mi mujer no está y yo tengo la comida preparada… En un momento os la sirvo. ¿Os apetece que comamos ya, padre?

Toni sonrió, no pudo evitarlo.

Fueron al comedor, que estaba cerca. Mateo le dijo a Toni:

—La clínica donde nació esa niña, según me ha comentado tu hijo, es una institución privada. No es pública, lo que quiere decir que tiene sus propias leyes y su organización.

—Estoy de acuerdo contigo. Mi cliente y yo vamos a acceder a unas enfermeras que pueden contarnos cosas.

Mateo sonrió.

—Si sé algo, te llamo. ¿De acuerdo?

La sobremesa se hizo eterna. Mateo pidió que lo dejaran fregar los platos.

Alicia no estaba. Silverio se puso en pie.

—Voy a preparar café y unos chupitos, ¿vale?

Mateo dijo:

—Por mí, no. Ya he tenido bastante con el vino.

—Yo tampoco beberé, hijo.

Silverio soltó una carcajada.

—Entonces yo tampoco bebo. En realidad, lo hacía por vosotros.

Alguien trasteó en la cerradura. Elena y Catalina entraron en el piso de Silverio como una tromba. Las dos eran guapas y sus ojos brillaban.

Elena besó a Toni en los labios y le pellizcó el carrillo.

—Perdido, que eres un perdido. ¿A qué te dedicas ahora? ¿Has dejado ya ese puto casino? Anda, dime la verdad y no me mientas. —Se volvió a Catalina—. ¿No lo ves más delgado, Cata?

—Está hecho un fideo.

Silverio desenvolvió la tarta de zanahoria y la puso sobre la mesa. Elena le tomó la mano a Toni.

—¿Qué tal estás? ¿Tienes trabajo? Silver me ha contado que te ha entrado algo: buscar a una niña robada. ¿Es verdad?

—Sí, Elena. ¿Y tú, te defiendes?

—Nos defendemos, Toni, nos defendemos muy bien. No te preocupes. ¿Has conseguido algo con esa niña que buscas?

—Todavía no, pero seguimos buscando. María, su tía, trabaja junto a mí. Vamos, que trabajamos juntos.

—Vaya, qué bien. Hace bastante tiempo que no te entraba nada, ¿verdad, Toni?

Toni sonrió.

—Ha sido un enchufe de Juan Delforo, que me recomendó a María Sacedón, la tía de la niña. Los dos son vecinos en Salobreña, un pueblo de la provincia de Granada.

—Vaya, mira qué bien.

Silverio dijo:

—¿Alguien quiere más tarta? Os ha salido buenísima, de

verdad.

24

Al día siguiente, Toni y María habían quedado en un quiosco de bebidas del Parque del Retiro, frente al estanque. Lacrampe apareció con tres minutos de retraso. Se sentaron al fondo de la terraza. Toni le presentó a María. Lo primero que hizo Mateo fue preguntarle a María:

—¿La niña robada es tu hija?

—No, era la hija de mi hermana, que se suicidó. Soy su tía. Su madre se llamaba Margarita Sacedón.

Lacrampe asintió con un gesto de cabeza. Pidieron sus consumiciones al camarero. Toni y Lacrampe hablaron en voz baja y despacio. A veces escribían palabras en un papel que observaban. María no abrió la boca.

En ese momento, Mateo estaba diciendo:

—… tengo entendido que ese hombre cayó en desgracia y fue despedido y sancionado con una acusación de robo o apropiación indebida. Si es correcto lo que digo, debe estar fuera del servicio. Tiene ya la edad de jubilación, no sé los años, pero está fuera de circulación. Ayer salió de Venezuela. No sé a dónde. Quizás a España. Por lo que sé tiene su residencia en algún lugar de Sudamérica.

Toni añadió:

—Todavía debe de tener poder, ¿no?

—Eso no se pierde nunca, Toni. Tiene poder, amigos, favores que le deben, dinero no declarado… No es un buen enemigo, debe de ser correoso y muy escurridizo. No tengo noticias de que fuera un violador de su propia hija…, eso se lleva en secreto. Bueno, suponiendo que sea una violación.

—Es una violación, Mateo. He hablado con una psicóloga de la policía y se lo he contado a María. Garcés es un violador. Creo que el tema es más complejo de lo que parece. María ya lo sabe… Bueno, vamos a decirlo así, su motivo quizás no fue el robo de una niña… Digamos que es una persona orgullosa

de lo que hace… En resumen, es un psicópata, un enfermo. El mundo está lleno de personas así, que no lo saben y ni siquiera lo sospechan.

Mateo observó a María.

—Sí, estoy de acuerdo con Toni. Román Garcés es un psicópata, un enfermo, que debería estar en la cárcel o en un manicomio.

A María le brillaban los ojos y respiraba con agitación. Lacrampe continuó:

—Se mueve muy sigiloso, sin dejar rastro. Puede cambiar de carné de identidad y tener varios pasaportes y varias tapaderas y contactos con cualquier autoridad española o extrajera, cambiar de nombre, de nacionalidad y de apellidos. Lo siento, pero pescarlo va a ser muy difícil.

Se levantó y le dio la mano a María.

—Encantado de conocerla, hasta la vista. Que tenga suerte.

María tenía el rostro descompuesto. Balbuceó:

—No voy a ver más a mi sobrina, Toni. Lo sé. No sabía que los agentes secretos tuvieran tanto poder. Voy a perder a mi niña.

Toni sabía que María lloraba en silencio. Le acarició el rostro y María apoyó la cabeza en su hombro.

—Me pareció que tu amigo Carlos Durán te aprecia mucho. Podemos pedirle que nos ayude.

—Hazlo tú, si quieres. He aprendido siendo poli que al delincuente tienes que conocerle cada vez más y mejor. Y eso es lo que estamos haciendo con Román.

—Es mi sobrinita.

—Sí, es tu sobrina. Oye, ¿por qué no hablas con Maruja?

María sacó su móvil y marcó su teléfono.

—¿Maruja? Hola, mujer, soy yo, María. ¿Tienes tiempo? Quiero preguntarte algo, algo muy importante…

Avanzada la tarde, Pepín se apoyó en la puerta abierta del cuarto de baño mientras su mujer se pintaba el rostro ante el espejo. Sonaba música suave. Pepín se asomó. Mariló permanecía en ropa interior mientras se pintaba los ojos atenta al espejo.

Pepín le preguntó:

—¿Sabes dónde está la niña?

Su mujer no se movió.

—No sé. Seguro que estará con sus amigas, ya sabes. Estefanía es muy independiente, muy suya. Creo que tiene que volver a casa para arreglarse. Hoy saldrá, desde luego.

—¿Y tú?

—Yo ¿qué?

—Que adónde vas.

—¿Te importa? Creo que iremos a un espectáculo en el Junco Chino, supongo. He quedado allí con unas amigas. Bueno, creo que vendrá más gente.

Pepín se quedó en silencio. Luego le dijo:

—Tenemos que hablar.

—¿Sí? Bueno, vale, habla cuanto quieras. ¿Te ocurre algo?

—No, nada, que ya no hablamos, ¿verdad? Digo últimamente.

—Mañana hablamos lo que tú quieras. ¿Te pasa algo, Pepín?

—¿A mí? No. Entonces ¿vas a salir esta noche?

—Es viernes, ¿no?

Su mujer lo observó en el espejo. Luego volvió a lo suyo, retocándose los ojos.

—¿Tú no sales hoy, Pepín? —Mariló se volvió—. ¿Te ocurre algo? Te noto extraño.

—No sé… ¿Vas a ver a Gerardo esta noche?

—¿Te refieres a si esta noche voy a salir con él? Bueno, es posible, a lo mejor se apunta al grupo. No lo sé. ¿Quieres que le diga algo?

—¿Desde cuándo sois…? Quiero decir, ¿desde cuándo sois amantes?

—¿Amantes? ¿Me preguntas desde cuándo somos amantes? Yo te cuento todo lo que quieras sobre Gerardo, no tengo problema. Pero mañana, esta noche no tengo ganas de hablar de eso. No voy a tener tiempo. Gerardo no es importante para mí. Nunca lo fue, Pepín. Es un tío como casi todos, un imbécil y un creído. Ya ni siquiera me hace reír, antes sí. Ahora está imposible, se ha creído no sé qué de importante. Me aburre.

Bueno, me aburrís todos los tíos. Dime, ¿te pasa algo?

—¿Qué tal te llevas con tu hermana y tu padre?

—¿Con ellos? Tengo mi propio dinero, ya lo sabes. Tú estás más seco que la mojama, cariño. ¿Por qué me preguntas eso? Ni mi padre ni mi hermana quieren saber de ti. Y de esto hace un montón de años. ¿Habías pensado pedirles pasta?

—¿Yo? No, no… Tendríamos que haber hablado más, ¿no te parece?

—Sí, de acuerdo. Si tú me cuentas, yo te cuento. Un toma y daca. ¿Estás de acuerdo?

—Bueno, no sé. Que te lo pases bien, Mariló.

—¿Vas a salir?

—¿Hoy? Creo que no, me quedaré en casa. Así esperaré a la niña.

—No la llames *niña,* no le gusta. Oye, el otro día me dijo Gerardo que estabas un poco raro. ¿Son negocios?

—¿Ya te vas?

—Sí, me las piro. Bueno, dame un beso, anda.

Un poco después, Pepín llamó a la puerta del cuarto de su hija Estefanía, a la que llamaban Fanny. Eran las ocho, probablemente muy tarde. Abrió la puerta del cuarto de la niña y entró. La luz de la mesita de noche permanecía encendida y su hija hablaba por el móvil gesticulando mucho.

Pepín la observó: tenía catorce años.

—¿Vas a salir, Fanny?

La chica se volvió y tapó el móvil. Chilló:

—¿Qué haces aquí, papá? ¿Para qué entras? ¿No ves que estoy hablando con mis amigas? ¡No molestes, joder! ¡Y es viernes por la tarde, coño! ¡Que no te enteras!

—¿No vas mañana al colegio? Quería saber si…, bueno, se me ha olvidado que mañana es sábado y no hay colegio. ¿Qué tal estás?

—Vete ya de aquí, joder, ¿no ves que tengo que hablar?

—Vale…, no pasa nada, es que me gustaría hablar contigo. ¿Cómo vas en el colegio?

—¿Qué cómo voy en el colegio? Pero ¿tú estás bien de la cabeza, papá? ¿Me preguntas eso ahora? ¡Espera que termine de hablar, joder, ahora estoy hablando, vete ya, coño, papá!

—Bueno, hija, tu madre ha salido y tú parece que…, ¿a qué hora has salido del colegio?

—Hoy a las seis, ¿vale? Después he estado con los amigos. Chao, papá, tengo que arreglarme.

—Bueno, voy a cenar temprano…, te espero si quieres.

—¡No me esperes, joder!

Pepín se sentó a la mesa del comedor y le preguntó a la chica de servicio:

—Perdona, tú eres Lucía, ¿no? Es que tengo muy mala memoria.

—Herminia, señor. Para servirle. ¿Qué desea tomar?

—No, nada. ¿Eres… peruana?

—No, señor, de El Salvador. Para servirle. Llevo dos semanas en la casa, señor.

—¿De El Salvador? Bien, bien. Pero me gustaría desayunar, aunque sea la hora de cenar. Te parecerá raro, pero tráeme café con leche… ¿Hay pan tostado?

—Se lo puedo hacer, señor.

—Eso es, café con leche, pan tostado con mantequilla salada. Es lo que más me gusta. Desde que era un niño, es lo que más me gusta, el pan con mantequilla salada y carne de membrillo.

—Lo que usted ordene, señor. Iré a comprar si no hay en casa.

—¿Vas a salir hoy? ¿No? Es viernes, ¿no?

La muchacha movió la cabeza, negando.

—La señorita Estefanía sale los viernes, señor. Yo salí ayer jueves.

El hotel se llamaba Hotel Astoria y estaba en una calle de Malasaña. Lo regentaba un jubilado que había sido sereno del barrio y que, en nombre de la dueña, actuaba de vigilante. Lo despertaron de madrugada y luego llamaron a la policía. Habían encontrado un cadáver en la cama de la habitación 116.

El antiguo sereno cuidaba las relaciones del hotel con la comisaría de Leganitos. El cadáver, según el forense, había estado en la habitación un día entero sin que se enteraran. El

policía de servicio dio una orden tajante.

—Sacad de las habitaciones a toda la gente. Venga, coño, que esto no es el cine, me voy a cagar en mi pena negra. Poned a un tío en la puerta de la habitación del cadáver y que no pase nadie. ¿Cómo lo tengo que decir? ¡Me cago en la hostia ya, joder! ¡A ver si me voy a tener que cabrear, hostia!

Las habitaciones se quedaron vacías. El forense se puso en pie. Había estado bajo la cama buscando algo. Sostenía en la mano una especie de llavero cubierto por la bandera de España.

Lo agitó por encima.

—Se lo han cargado a golpes, Venancio, le han roto las vértebras del cuello y la tráquea y tiene perforados los pulmones. Hay restos de semen en el ano y desperdigados por el cuerpo. Se lo ha debido de cargar un tío muy fuerte. Hay que preguntarle al portero.

Respiró hondo. Y continuó:

—Un tío fuerte, muy fuerte. Se le ha debido de olvidar esto… Es el llavero de un regimiento.

El otro policía acercó el rostro y observó el llavero, metido en una bolsita de plástico.

—Vale, mira qué bien.

25

Con la llegada de la noche, Pepín ya no podía caminar, se tambaleaba. Tenía que agarrarse a los respaldos de los sillones y a los muebles. Ya estaba sintiendo el mareo y la pérdida de equilibrio y como un vacío, un hueco, que se le iba formando en el pecho y en la cabeza. Le faltaba el aire. No podía respirar. Se vio forzado a pararse y sentarse en el borde de un sillón. No podría alcanzar el dormitorio y luego la cama y acostarse como había pensado.

Quería que su mujer le viera así, tumbado y descansando de una vez. Mierda, ¿por qué no se tomó las pastillas una vez tumbado? No iba a llegar a la cama, ni a acostarse.

En su dormitorio se estaba bien. Eladia, ¿era Eladia? Le dijo una vez… ¿pero era Eladia? No se acuerda, quizás se llamara Joaquina. No, no, Joaquina era la chica aquella de cuando era niño… ¡Qué buena era su Joaquinita! ¿Cuántos años tendría ella? ¿Catorce, dieciséis, diecisiete?

¿Y él? ¿Seis? «Yo quiero que seas mi madre, Joaquinita». «¡Ay qué niño más bonitiño!». Su madre estaba siempre en la cama dormida o rezando. Se acuerda de la noche aquella en que su madre aullaba como una bestia del monte, lo mismo que una loba. ¿Cómo era Juaquinita? Como mismamente una loba montuna.

Su madre se quitó la vida, se suicidó como él quería hacer ahora. Vio a su madre de refilón y no se le olvida. La vio desde la mano de Sabina, que lo llevaba a su cuarto. Su madre estaba en la cama rodeada de mucha gente. Sabina se detuvo y se puso a rezar. Y él lloró porque estaba muy nervioso con tanto trasiego en su casa. Gente arriba, gente abajo y los curas y los gritos de su madre, que se moría a gritos. ¡Qué angustia!

¿Y esa mujer? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué le decía? Movía la boca sin parar, muy rápido, pero él no podía oírla. Eran dos…, dos mujeres y un… un hombre que le estaba poniendo un…

Eran aullidos de bestia del campo, mismamente. Qué miedo cogió Pepín. Sabina rezaba con los ojos en blanco y él asustado, orinándose en los pantalones. ¿Qué le pasaba a su mamaíta?

Pepín apoyó los brazos en algo y cerró los ojos. Los volvió a abrir. Se dio cuenta de que todo se había detenido y que miraba un mundo que ya no existía.

Sabina entró a la habitación de las enfermeras que comunicaba con el dormitorio de Salvador. Distinguió a Casilda, a quien había contratado por ser de confianza, pues había sido en su tiempo su compañera del colegio, y a su hija Manoli, esperando. Se pusieron en pie.

—Buenos días, Casilda. Ven, por favor.

Era una anciana de pelo blanco derecha como una espingarda. Había sido practicante de profesión. Se acercó a su lado y la escuchó con atención.

—Aquí no puede entrar nadie que no sea yo. ¿Estamos, Casilda?

—Estamos, Sabina.

—Manoli…

—Mande usted.

—Arregla al señor y lo vistes con la ropa que te voy a dar. Y aquí que tampoco entre nadie que yo no haya mandado. ¿Está claro?

—Lo que mande usted, doña Sabina.

Sabina abrió el dormitorio, pasó dentro y se aproximó a la cama de Salvador, que aún no se había levantado. Estaba en su cama grande. Olía mal. Apestaba. Había vuelto a defecar, siempre le pasaba lo mismo desde el mes pasado. Casilda abrió la ventana de par en par.

Permanecía ante la ventana abierta esperando a que Salvador se despertara. Se acercó y le movió el hombro varias veces. Cada vez tardaba más en despertarse. El mal olor que subía desde la cama era muy intenso. Un olor a podrido. Sabina sabía de sobra que Salvador dormía con somníferos.

Antes de que despertara del todo, lo observó. Al fin, Salvador abrió sus grandes y soñadores ojos. Todavía tenía esa

mirada perdida al despertar. La que dejó paralizada de amor a Sabina, sesenta años atrás, cuando su madre se la presentó a don Salvador para que fuera su criada.

Sabina le dijo en gallego:

—Tengo que contarte algo del rapaz. Una desgracia muy grande.

Salvador intentó mirarla fijo. No abrió la boca. Pero intentó incorporarse. Tampoco pudo, lo volvió a intentar. Balbuceó:

—¿Qué es?

—El Pepín se quitó la vida la noche pasada. Me lo ha dicho su mujer. Lo encontraron en el suelo de su dormitorio, tendido. No llegó a la cama. Ha sido como su madre.

—¿Cómo fue?

—Su madre se cortó las venas. Te tienes que acordar. Pepín lo hizo con pastillas. Más rápido y sin dolor. Su mujer llegó a casa bastante tarde, a las tres de la madrugada. Me despertó.

Salvador no se movió. Sabina le puso un cojín y lo recolocó. Se miraron un rato.

Sabina siguió diciéndole:

—Hay otra muerte. Han matado al teniente. Fue en un hotel de esos, un hotel de hombres. Lo mataron a palos. Una pelea de maricones. Vino un policía a anunciarlo y le dije que no te molestara. Se fue.

Hubo un silencio. Salvador dijo por fin:

—No quiero ver a nadie, a nadie. Suspende el puto cumpleaños de mierda.

Sabina se puso en pie.

—¿Y a la mujer de tu hijo? ¿La vas a ver?

—Trátala tú y dile a tu Isabelita que repase el dinero de las herencias. Que quede todo claro. Ella sabe. A esa zorra de Mariló no hay que dejarle nada de nada. Que ni siquiera venga a verme, ni se te ocurra traerla.

—Vamos a pensar en otra cosa mejor. ¿Bajas a desayunar, Salvador? Yo te ayudo, venga.

Salvador apartó la sábana, pero la enfermera se adelantó y lo sentó en la silla con bastante trabajo, cogiéndolo en brazos. Sabina le ordenó a la enfermera:

—Báñalo. Luego lo vistes bien. Va a venir a verlo y a darle

el pésame mucha gente. ¿Lo entiendes? Tendrás que afeitarle.

—No quiero ver a nadie, Sabina.

—Tú te callas. Venga, te espero para que desayunes. Y ponle un traje, el mejor, yo te lo daré, seguro que van a venir las autoridades, mucha gente. Quiero que esté bien guapo, con camisa y corbata. Lo afeitas y le pones loción para después del afeitado. ¿Te enteraste?

—Sí, señora, me enteré.

—Entonces ya está todo dicho. También vendrán la viuda y la niña de Pepín, que no se te olvide. Ya te diré yo lo que hay que hacer. Pero nada de comida. Hay que preparar café y té. Y nada de pastas, ni bocadillos.

—Sabina…

—Te callas, Salvador. Bueno, os espero en la cocina. El pésame será en un rincón tranquilo del jardín. Le diré al jardinero que lo vaya preparando.

—Sabina, mujer…

—Cállate un ratito, anda. Y tú, tarda lo que sea, pero que don Salvador quede presentable. ¿Entendiste?

—Sí, señora, no se me va a olvidar.

26

Román Garcés, mientras conducía, observó a la niña, que pataleaba y movía los bracitos mientras lloraba. Iba a toda velocidad, al máximo que permitía el coche y se dirigía al Hotel Gran Palace, en Valencia, donde lo esperaba Berna para preparar su estancia de tres días en Barcelona, como le había prometido.

Luego volverían a Costa Rica, a su hacienda de Monte Paraíso, donde criarían a la niña en medio de una vegetación lujuriosa y en la que no le faltaría de nada. Ese era su plan.

Después la enviaría a los Estados Unidos, a un colegió de lujo en Miami, por ejemplo, y más tarde la matricularía en una prestigiosa universidad, Princeton, por ejemplo, o Yale…, qué más daba eso. Buscaría la mejor universidad americana que hubiese en aquel momento.

Eso es. Su hija, faltaría más, se matricularía allí. Daba igual el dinero que costase. Tenía que buscar una universidad prestigiosa, la mejor o entre las mejores, y matricularla ya. Que no hubiera problemas cuando cumpliera diecisiete años, bueno, o dieciocho, la edad mínima para matricularse en uno de esos lugares.

Lo que no había hecho él, que apenas había tenido estudios, aunque no le habían hecho falta. De niño pobre a hombre importante y luego a hombre rico. Esa era su trayectoria. Lo que uno, ya se sabe, se propone, si se empeña y tiene cataplines, claro, lo consigue. Para eso era el mejor.

Joder, conseguía todo lo que se proponía. Y de bien chico… Primero el club de su madre, los negocios, je, je, je, y más tarde eso, nos ha jodido, lo que más pasta daba, o sea, ya sabes, tío…, bueno, juntarse con la gente con la que tenía que juntarse. Y despacio, nada de prisas, las prisas para los bobos, a él no le iban las prisas. Él, despacio, con calma, apuntando bien, soltando el tiro cuando lo tenía que soltar.

Ahí estaba el premio, no había que precipitarse… ¿Que hay que vender el club? Se vende. ¿Que hay que replegar velas? Se repliegan. ¿Que hay que ir más despacio? Se va. ¿Y ahora?

Ahora nada. ¿Qué estaba pasando? Bueno, un ahogo de esos, lo típico, ya estaba un poco cascado. Pero tenía que aguantar, no había sido culpa suya, era un impaciente y se ponía nervioso, eso le pasaba. Mejor dicho, le había pasado, joder, pero qué…

Frenó en medio de… Pero ¿cómo se había hecho ciento cincuenta kilómetros en una hora. ¿Ciento cincuenta kilómetros en una hora? Tenía que parar en un puto sitio de estos. Parar y descansar un rato. Ya no era un chaval, la hostia.

¿Cómo coño se llamaba este puto…? Joder, a ver si se pasaba de Valencia y se perdía. Cerró los ojos… un minuto, la hostia.

Descansaría unos minutillos allí mismo. ¡Qué bien le vendría un sueñecito aquí! Eso es que…, y la jodida niña se ha puesto a berrear ahora.

Le dio tiempo de mirar su reloj de pulsera: las doce y media del mediodía. Tuvo un pensamiento fugaz para Marga, también su hija, que le decía algo…, ¿el qué? Él era un hombre importante, sus dos hijas estaban con él. Si Marga no hubiera sido tan estúpida. ¿Qué le estaba pasando? Tenía que respirar, salir de esto.

Qué mareo más grande, la niña tenía que callarse de una puta vez…

Lo último que vio fue a un… ¿era un empleado de gasolinera lo que veía? Venía hacia él corriendo. Cerró los ojos y no le dio tiempo a pensar que se le estaba yendo la vida.

El empleado de la gasolinera se asomó a la ventanilla del coche y luego cogió a la niña que seguía gritando. Esos gritos fue lo último que escuchó.

El hombre de la gasolinera corrió por el campo hasta la estación de servicio. Su hija le salió al paso y cogió a la niña, que seguía llorando.

—¿Estás bien, papá?

—Yo sí, pero mírala y que deje de llorar, yo voy a volver a

por el conductor. Parece que no se mueve.

Bajó la cuesta y se fijó mejor. El conductor del coche no se movía, tenía la boca abierta y torcida. Llamó enseguida a la policía.

—Oiga, ¿quiere ponerme con la policía de Tráfico, por favor?… Quiero denunciar… Sí, un accidente… Bueno, un caballero ha muerto de infarto mientras se detenía…, vamos, creo yo. No soy médico, pero mi impresión es que… El señor muerto es un tal…, vamos a ver, es un tal Román Garcés Viñales. Ha ocurrido sobre las doce, doce y media… ¡Qué!… No, nada, digo que llevaba una niña en una cestita… No ha muerto, no, lloraba mucho, pero mi hija, que es puericultora la ha calmado. He encontrado unos papeles de una clínica de Madrid… No, ni un papel que diga nada… El coche está a nombre de don Román Garcés Viñales y aquí pone como profesión, espere…, empresario, natural de Barcelona, España, y residente en…, en Caracas, Venezuela. Yo llamo desde la gasolinera de Cofrentes, sí, Cofrentes de los Álamos, a la entrada de Valencia. No tiene pérdida. Tienen que venir a llevarse el cuerpo de este señor, el coche y la niñita que está durmiendo…

»¿Ustedes se encargan de todo? Vale, aquí estoy, los espero. ¿Me dice su nombre? ¿Cómo? ¿Mateo Lacrampe? Vale, lo espero para entregarles el cadáver del caballero y a la niñita que ya no llora, mi hija la está cuidando.

Al día siguiente, por la noche, Mateo Lacrampe llamó a Toni y le contó que había recogido a una niñita con una extraña muesca en la axila derecha.

—Toni, tienes que venir mañana a por la niña, por favor. Aquí la están cuidando todas las chicas de Jefatura, me están volviendo loco. Díselo a María y que venga ella a llevársela, pero pronto, te lo ruego. Un beso, compañero. ¿Dime cuándo vas a venir?

—Mateo, tengo que avisar a María, que se ha ido a su pueblo… Pero espera, mejor me acerco yo a Salobreña con la niña. ¿Me la puedes dar ahora mismo? Creo que podré llegar cuando amanezca. Será una sorpresa.

FIN

Esta novela se terminó de escribir a las doce y media de la mañana del martes 25 de julio de 2023. Me ayudó en tareas de corrección Rosa Moreno Azcoita.

Edición en formato digital: 2024

Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-690-3